

EDWIN LUGO

LA TARDE EN SORDINA

(NOVELA)

Abrasadora pasión
de saberla en lejanía,
más que a la rosa en botón
amé a la que se moría
ella ha dejado un crespón
¡Qué bellos ojos tenía!

Juán Guzmán Cruchaga (chileno)

Bialistock es una población de la República de Polonia distante doscientos sesenta y tres kilómetros de Warszawa (Varsovia) la capital del país, y comunicada por el ferrocarril que se detiene puntualmente a las ocho de la mañana todos los días frente a la viaje estación.

La pequeña ciudad es muy antigua ya que fue fundada en el siglo XVI y en la que inicialmente se establecieron: bielorusos, alemanes y judíos, predominando los polacos en considerable mayoría; población que fue gravemente diezmada primero por la ocupación de los rusos y después durante la segunda guerra mundial por los nazis que no sólo asesinaron a cientos de sus habitantes sino que además destruyeron: calles, plazas, edificios y puentes exterminando totalmente el gueto judío en 1943. De tan ensañada barbarie se salvó milagrosamente el edificio triangular del ayuntamiento, la plaza Kosciuski, o Kósciuszko y el museo en el que se pueden admirar piezas de etnología y arqueología, así como pinturas renacentistas debidas a los pinceles de los grandes maestros; en dicha villa nació Ludwik Zamenhoff, creador del esperanto, cuyo renombre alcanzó fama universal. También logró conservarse en Blacowieza, aldea vecina que pertenece al distrito, la iglesia ortodoxa de San Nicolás en estilo neo-clásico construida en 1840 que contiene frescos que fueron realizados en 1910 y pinturas que son copias exactas de obras que se encuentran en la catedral de Kiev así como algunos parques que fueron sucesivamente en la antigüedad cotos de caza de los reyes polacos y hasta de algunos zares rusos. Lamentablemente el palacio Branicki construido en el siglo XV fue derribado y sus escombros se amontonan al lado de los jardines estilo inglés y francés que también fueron eliminados por los alemanes. Por suerte de tan terrible destrucción sobrevive la iglesia de San Roque la cual tiene una hermosa cúpula.

De Blacowieza se puede ir a visitar los hermosos parques: Bialowieski, Biebrzański y Eigierski y conocer las aldeas de origen tártaro y musulmán Kruszyniany y Bhoniki, y alguna otra, como la que sirve de escenario a este relato habitada por obreros que trabajan en las industrias de algodón y lana y viven en humildes casas de madera, si bien el grueso de los trabajadores se dedica a la agricultura sembrando preferentemente: trigo, cebada, maíz y patatas, aunque no desdeñan el cultivo de las hortalizas, la plantación de árboles frutales y además todas las posibilidades de explotación de una granja incluyendo la ganadería y la cría de cerdos, gallinas y conejos a los que puede añadirse la pesca en los ríos y pequeños lagos cercanos y la caza por más que cada vez es más limitada.

En el campestre entorno no falta el jinete quién monta un caballo de buena traza y por supuesto la insubstituible carreta que con paso lento arrastra un par de mulas, una blanca con manchas negras y otra de color rojizo conducidas por un anciano en el pescante, que transporta a dos jóvenes aldeanas que gastan el tiempo en referirse historias y sucesidos, repitiéndose las crónicas de los pocos acontecimientos del lugar y que casi siempre terminan con ruidosas carcajadas, produciendo esa sana alegría que se difunde como una promesa de vida capaz de romper el silencioso mutismo del lugar, como hace el cantarino sonido de una cascada medio oculta en el fondo de un barranco cuyas aguas brotan a la mitad de la llanura.

Ahora es otoño y las hojas de los árboles han ido adquiriendo tonalidades rojizas y amarillas, y sólo los que visten las montañas que se hunden en el lejano horizonte persisten en sus colores, que de lejos son azul y gris, y conforme se observan más de cerca se van volviendo verdes

En los llanos y laderas proliferan los plantíos de la alfalfa y de la avena.

Por suerte han quedado muy atrás las épocas feudales en las que unos cuantos terratenientes acaparaban las tierras, en el régimen actual, la mayor parte de los campesinos trabajan para ellos mismos, convertidos en pequeños propietarios (gospodorz), aunque todavía quedan una buena parte de hombres rezagados que continúan siendo jornaleros (parobetz) y aunque su trabajo se ha vuelto mucho menos fatigoso pues muchos cuentan con tractores, todavía persisten las yuntas tiradas por bueyes, los pequeños carros que jalan las mulas y por lo consiguiente los jinetes que montados en caballos de labor continúan desempeñando sus labores por métodos ancestrales, incluyendo al indispensable lechero que sigue llevando en sus botes sujetos al lomo de un sufrido asno, el blanquísimo líquido que reparte entre aquellos que no han podido adquirir una vaca que los provea de crema y mantequilla.

El llano exhala una gama de aromas que se meten por los poros de la nariz y que además llenan los pulmones de aire puro, las pequeñas granjas se suceden interminables y las cercas de alambres o de troncos delimitan su extensión y sólo después de caminar un buen trecho, es posible adentrarse en una docena de callecitas, una que otra empedrada y otras con el piso de tierra medianamente aplanado; pues solamente en la explanada frente a la alcaldía hay una o dos pavimentadas.

Muchas casas ostentan chimeneas llenas de hollín y tienen fachadas leprosas pero otras en cambio lucen bien pintadas; la mayoría tiene techos de dos aguas cubiertos con tejas rojas, y ventanillos que exhiben cortinillas sucias y puertas casi siempre cerradas, muchas de estas viviendas están construidas en mitad de jardincillos anémicos, otras en cambio están rodeadas de césped recién regado y lucen flores y macetas; y sólo las que disponen de un terreno más amplio alojan pequeños huertos en los que se han plantado algunos árboles frutales, hogar de cientos de pajarillos y hasta palomas, incluyendo además un multicolor surtido de mariposas; cuyos frutos llegan a colgar de las ramas en la buena estación proveyendo peras jugosas y ciruelas dulces,

No faltan en la aldea: la indispensable escuela rural, una casa de comidas, un cuartel con unos cuantos soldados soñolientos que muestran en sus rostros un crónico enfado y una taberna, que en algunas ocasiones hace las veces de posada y en la que se sirve a toda hora un trago de schñaps, un ríspido aguardiente que estropea los estómagos y calienta las gargantas, pero que resulta mucho más barato que el vodka y es posible adquirirlo por unos cuantos zlotys.

No obstante su apacible tranquilidad, en el poblado se trabaja a toda hora, pues ya un grupo de aldeanos acomoda en un cobertizo fanegas de trigo o gavillas de heno, o una aldeana recoge afanosa huevos tibios de pato o de gallina, mientras otra lanza al gallinero puñados de maíz; no faltan los hombres que limpian la piara, los que amontonan estiércol o alfalfa y los que en un rustico y ruidoso molino llenan costales de harina o desgranar mazorca de maíz, mientras en la calle un viejo comerciante despacha con una medida de metal cuartos de lentejas y una niña provista de una cesta de minbre vende quesos, mientras su madre se apura ofreciendo pescado fresco.

Caminando unos pasos más se topa con la iglesia de San Roque cuya puerta perennemente abierta exhibe un interior oscuro. El templo posee un elevado campanario y al igual que muchos otros diseminados por toda la cristiandad en medio mundo, ofrece en su fachada sus exuberancias churriguerescas, donde no faltan nichos que alojan esculturas escarapeladas de santos ennegrecidas por los años, las nevadas y las lluvias,

las cuales representan a los atletas de la fe, tonsurados, graves y hieráticos, pertrechados con sus báculos, rosarios, libros y cordones; algunos llevan las cabezas cubiertas metidas en las capuchas, o portan tiaras o capas arzobispales o pontificias.

La iglesia tiene la frescura de una bodega que ha permanecido cerrada por mucho tiempo y a mano derecha puede observarse una enorme pila bautismal, cuya cantera evoca las sagradas peñas del río Jordán en cuyas aguas, dando ejemplo de humildad, se hizo bautizar por Juan el Bautista el Salvador del mundo; la inmersión en las aguas inscribe a un cristiano más que habrá de disfrutar los tesoros de la divina gracia indispensable para afrontar las vicisitudes del agreste camino de la vida.

El piso exhibe las losas gastadas por el ir y venir de los fieles eternamente necesitados de algún socorro; y el techo alto es sostenido por gruesas columnas erigidas a derecha e izquierda y cuya fortaleza no se ha disminuido con el paso del tiempo, en tanto que los gruesos muros sostienen una enorme cúpula que ostenta ventanales por donde penetra la luz, y la cual está rodeada de un barandal de cantera. Los altos ventanales tienen vitrales de colores que representan escenas del antiguo testamento los cuales alternan con pinturas que ostentan escenas de la vida de Jesús; hay también un Vía-Crucis cuyas figuras de bulto narran la cruenta pasión del Señor.

Sobre las paredes de ambos lados se han instalado altares que contienen nichos donde se muestran estatuas de santos con estatura humana hechos de yeso o de madera y vestidos con ornamentos gastados cuyas telas han perdido su brillo y su color, si bien alguna vez fueron doradas casullas o hábitos de las diferentes órdenes monacales, allí, apenas alumbrados por algunas veladoras o cirios delgados que chisporrotean están los monjes ascéticos en perpetuo éxtasis, los mártires mansos cuyos rostros pálidos y doloridos retratan las crueles angustias de los tormentos, los confesores de ceño adusto que acusa su implacable severidad, las vírgenes laceradas guardianas de los misterios de la clausura cuyos lívidos rostros proclaman la dureza de la castidad, el hambre aplacada por los ayunos, las rodillas torturadas en los reclinatorios, los cuerpos macerados en la penitencia y maltratados por los fríos lechos de madera, los estragos de la celda aislada, y los terrores de la soledad; sus burdas vestimentas huelen a humo, a sangre coagulada y a cilicio y luego como remate de ese museo de dolor y de tristeza las figuras de los prelados cuyas penetrantes miradas de sus ojos de vidrio advierten los castigos decretados a los pecadores, a los blasfemos y apasionados, y a aquellos que han abrazado las herejías o renegado de la fe; y como tremenda apoteosis las bocas abiertas de los profetas anunciando desastres y catástrofes: guerras, peste, hambre, miseria y orfandad. A la diáfana luz de la mañana los santos parecen cansados de escuchar las mismas rogaciones por la salud, las buenas cosechas, el amor que no se logra o el dinero que nunca llega suficiente; pedidos acompañados de flores campestres, de cirios y veladoras, de promesas de oraciones y de misas, de enmiendas y arrepentimientos, de triduos, novenarios, y procesiones; las mudas esculturas escuchan en silencio: quejas y pedidos, que solamente Santa Teresita o San Antonio de Padua parecen acoger con benévolas sonrisas, manifestando así que la santidad no tiene porque ser austera, y que más bien debe revestirse de alegría, la inmensa alegría de ser hijos de Dios.

El altar mayor se levanta al fondo del presbiterio y ostenta en lo alto un dramático crucifijo y más abajo la figura de San Roque con su perro al lado, a derecha e izquierda hay candelabros con sus largas velas, de los cuales dos se encienden en la misa que se reza diario a las siete de la mañana, por más que en el invierno prevalece a esa hora una absoluta oscuridad y un frío inclemente penetra hasta los huesos; sobre el tabernáculo se ha erigido una vitrina donde se coloca la custodia que guarda al Santísimo cuando se expone a la adoración de los fieles. A cada lado reposan las imágenes de San José con su varita de nardo símbolo de la castidad y de Santa Faustina,

monja polaca a quién el Señor Jesús se apareció en repetidas ocasiones. Aunque más pequeña hay una estatua de San Agustín con su libro bajo el brazo, en tanto que a los lados postrados de rodillas en devota adoración permanecen dos arcángeles, acompañados de una pléyade de caras de querubines con los cabellos rubios cayéndoles en graciosos rizos sobre la frente, juguetones y gordezuelos muestran las mejillas y labios sonrosados y los ojos ligeramente estrábicos que parecen perdidos en la contemplación de lo divino.

Complementando la decoración una alfombra roja ha sido extendida sobre los tres escalones del altar que para ofrecer una nota de belleza se adorna con flores del campo; mientras un comulgatorio de mármol invita al pueblo a arrodillarse en demanda de la sagrada hostia.

Pero San Roque guarda más sorpresas: son las capillas distribuidas a uno y otro lado. La consagrada a la Virgen proclama la sublime dulzura de la madre y es símbolo de amor y de perdón en todas sus advocaciones, en el altar principal la hermosa imagen vestida con una túnica blanca y un velo azul aplasta con sus divinas plantas un horrible demonio, que al fin es vencido y aniquilado; en otra imagen es la dolorosa enlutada y doliente, cuya tez tiene la blancura de un lirio que contrasta con el azulado color de las ojeras inundadas de lágrimas y que con los dedos cruzados contempla la cruel agonía del Hijo bárbaramente martirizado, mientras ella al pie de la cruz padece con los siete puñales que se han hundido en su corazón de madre, sin que salga de sus labios el más mínimo reproche por la crueldad humana. Una tercera advocación representa a la Virgen de Czestochowa cuya bendita imagen fue brutalmente herida en el rostro por el alfanje de un salvaje criminal tan cobarde que cuando vio que de aquella herida brotaba sangre huyó aterrorizado. En tanto que en otro cuadro se representa a la Virgen del Carmen investida de su hábito y escapulario color café oscuro, rescatando con sus manos piadosas a una de las ánimas del purgatorio. La capilla exhala las suaves fragancias de las flores blancas: alcatraces y crisantemos, algunas frescas y otras a punto de marchitarse y que adornan el altar pulcramente cubierto con un mantel bordado que denota la paciente labor de las devotas.

En otra de las capillas se levanta de un altar austero el símbolo de la redención: una cruz áspera, cómo la rama gruesa de un árbol donde ha sido clavado de pies y manos el Maestro de todos los maestros. La dramática imagen realmente conmovedora representa al Cristo doliente en cuyo cuerpo se pueden contar todos los huesos, del que parece haberse extraído hasta la última gota de sangre, y quién en medio de su agonía clama a su padre azul en su postrera plegaria que es también interrogación ¡Padre! ¿Por qué me has abandonado? Aquel Cristo amarillento símbolo de la infinita misericordia es la síntesis de la conciliación, el puente que une a Dios y a los hombres mediante el único medio posible: ¡El amor! El altar de fondo de la capilla con sus dorados desteñidos y polvorientos tiene en sus costados las efigies de los cuatro evangelistas que inscriben con sus delicadas plumas de ave las enseñanzas enunciadas por Aquel que proclamó: ¡Yo soy el camino, la verdad y la vida! Sobre la vieja madera del altar en cuyo tabernáculo se guarda al Santísimo se han colocado una docena de candelabros que hace más de una centuria lucieron los dorados del latón y que coronan cirios crepitantes que alumbran el santo recinto con su luz exangüe la cual alterna con la luz roja y perenne que alumbrando los pies del Cristo doliente, anuncia la presencia de Dios Sacramentado. Dos o tres reclinatorios invitan a la oración a los fieles que suelen arrodillarse plenos de confianza, dando gracias por favores recibidos: la salud recobrada, la buena cosecha que previene el hambre, el amor correspondido, la leva y la guerra conjuradas, o el fin de la soledad fría como el invierno con el retorno del ser amado que por fin ha regresado. El milagroso Cristo oye y acoge todas las peticiones:

bendice, perdona y concede, Él quien ha experimentado todos los dolores y conoce todas las angustias infunde consuelo y esperanza a sus hijos menesterosos. Un olor a incienso se ha impregnado y sobre el terciopelo gastado de los reclinatorios se ha derretido la cera de muchos cirios, sobre ellos se han debido haber secado muchas lágrimas; y sin embargo aquella imagen que tiene los ojos entrecerrados ¡Cuántas lágrimas ha detenido, cuántas súplicas se han vuelto agradecimientos, cuántos dolores se han extinguido, y cuantos imposibles se han vuelto prodigios!

En San Roque no sólo se pueden visitar esas capillas, porque hay otra mucho más pequeña que cobija una gruta que aunque fabricada es una perfecta imitación de la naturaleza, la cual es presidida por la Virgen de Lourdes cuyo rostro en lugar de parecer trémulo y grave luce tan sereno que parece sonreír invitando a conversar con ella, trocando el misticismo en un gozo que inunda de optimismo a las almas sedientas de los favores celestes. Allí rezan las aldeanas a quienes ilusiona el amor y el matrimonio y que van a depositar a los pies de la sagrada imagen pequeños ramilletes de flores olorosas, mientras otras encienden parpadeantes veladoras por el regreso del novio olvidadizo o el incumplidor marido, sin faltar quien pretende curar con las aguas estancadas la fiebre que no se va, el dolor que no cede, la herida que no cierra o las piernas que ya no obedecen. Las aguas curan el cuerpo y el espíritu. Entonces no es extraño escuchar a la madre agradecida por el niño que se salvó milagrosamente, o por el infeliz albañil que se cayó de un andamio alto y no obstante quedó ileso

El templo guarda también algunos retablos cuya policromía pone una nota de animación en los muros y algunos bellos azulejos que se ubican sobre una pared y media docena de candiles de cristal cuyas luces suelen encenderse en las grandes celebraciones. En lo alto del presbiterio se divisa un balcón enrejado, que en los tiempos en que existió algún convento sirvió para que las monjas celosamente guardadas se acercaran a una tabla taladrada como panal a escuchar misa, sin que les fuera permitido ni a ellas ni a los fieles romper el voto de clausura ni siquiera con una furtiva mirada.

En el costado derecho se levanta un púlpito de madera sobre la que se han esculpido escenas de la predicación de Jesús, obra de arte que desmiente que sólo en las grandes capitales hay templos que atesoran valiosas obras de arte, y al fin escapándose de los dorados desteñidos se visita la sencilla sacristía amueblada con una cómoda larga en cuyos cajones alguna vez se depositaron suntuosos ornamentos sacerdotales, y que ahora en cambio solo guarda casullas desteñidas, sobrepellices hechos tiras, cíngulos y estolas casi inservibles y libros medio deshojados que se han abierto en los matrimonios, funerales, fiestas religiosas, procesiones y visitas episcopales.

En un rincón se han apilado los grandes candelabros y la alta cruz con el Cristo de metal que suelen emplearse en los entierros y procesiones, mientras que en un pequeño cuarto contiguo se han ido apilando las viejísimas esculturas de santos fuera de culto, apolilladas, descoloridas y llenas de polvo y polilla, y cuyas vestimentas son harapos que se deshacen con sólo tocarles

La sacristía tiene una enorme ventana por donde penetra la luz del sol y una puerta que va a desembocar a un patio en el que la anémica hermana surtida de ayunos y penitencias que sirve y acompaña al párroco, único oficiante de San Roque, ha plantado en una docena de macetas plantas raquílicas, flores sencillas y que no obstante en la primavera suele ser visitado por algunas parvadas de pájaros que en el otoño huyen a quien sabe dónde.

El penúltimo reducto de la iglesia es el coro, provisto de un barandal de hierro forjado, y que aloja un órgano vetusto que muestra una extensa serie de tubos, seguramente algunos inservibles. El instrumento es alumbrado por un par de lámparas raquílicas que vierten su luz amarillenta sobre el teclado que se asemeja a un enorme

dominó. Un banco brillante, seguramente por el frecuente contacto del organista, y una docena de sillas de tijera al fondo con sus respectivos atriles delatan la presencia de un coro que ha dejado con cuidadoso empeño sus partituras muy bien ordenadas.

-3-

El músico se llama Jerzy (Jorge) y no obstante que predomina en su personalidad cierta timidez y cortedad impropias de su juventud y el no ser precisamente un muchacho dotado de una guapura excepcional, su natural amable y cortés, su franqueza y sencillez y sobre todo una sonrisa que acude pronto a su rostro siempre bien afeitado lo vuelven atractivo y a poco de cruzar algunas palabras con él, de apreciar el brillo de sus ojos claros atentos a sus interlocutores a cuyas palabras presta señalada atención, feligreses y visitantes, conocidos y extraños, ancianos y jóvenes, señoras de cabellos blancos y aldeanas guapas en edad de gustar, se sienten inmediatamente atraídos por su trato y seguramente hasta deseosos de su amistad. El joven es blanco, de estatura mediana, su cabello castaño y aunque lacio muestra un mechón que le cae con frecuencia sobre la frente y le llega hasta las pestañas largas ligeramente rizadas obligándolo a levantárselo cuando invade los ojos. Bien podría pasar por delgado, aunque sus bíceps no disimulan la fuerza de sus músculos cuya energía emplea para los fortísimos del órgano que en algunas ocasiones lo hace sonar con la majestuosa intensidad de esos imponentes instrumentos que guardan algunas catedrales suntuosas cuyos sonidos semejan estruendos o tempestades y cuya solemnidad quiere imitar las briosas marchas celestiales. Otras ocasiones sus manos finas, manos al fin de artista, con los dedos largos y esbeltos y las uñas cuidadosamente recortadas, son capaces de producir melodías suaves, candidas, lentas en su ritmo y delicadas en el tono que incitando a la meditación suelen conmover y hasta arrancar suspiros. Entonces el organista recuerda los balbuceos de las oraciones olvidadas, de los rezos que retiene su memoria y que se quedaron en los años de la niñez, o que, aún mejor, pronunció la voz de la madre en su afán de dormir a su pequeño vástago.

El organista acompaña misas, rosarios y responsos y contesta al cura en sus latines; y lo mismo lee las partituras de los autores italianos, franceses o flamencos que improvisa melodías con tan sorprendente facilidad que arranca elogios al padre Tadeusz, quién con los ojos entrecerrados se concentra en las plegarias, mientras un ligero temblor se aloja en sus labios. El joven sabe ser oportuno, pues en ocasiones renuncia a la monotonía de las viejas obras y pone música de fondo a la hora de la bendición con el Santísimo alojado en la custodia de oro, único lujo de San Roque, otras, improvisa en el supremo instante de la elevación y en ocasiones, rubrica con solemnidad un elocuente sermón en el que el modesto sacerdote se transforma en un consumado orador sagrado; otro tanto hace en las procesiones donde acompaña al coro destemplado de las feligresas que entonan las estrofas con sus voces chillonas; pero donde realmente derrocha inspiración es en la festividad del patrón, cuya existencia y milagros narra en el universal idioma del sonido, entonces el compositor consigue evadirse del ambiente sombrío y monacal en el que el destino ha decretado que debe pasar sus años mozos y comparte realmente la vida del festejado.

A veces por ganarse un zlotowska (igual a un florín, equivalente a 10 grosz) accede a ir a tocar algunas piezas en algún piano viejo o en un teclado con motivo de algún onomástico, nacimiento o boda y hasta acepta después de probar las viandas que no come todos los días, beber un par de tragos y tocar el acordeón para acompañar las danzas campestres, o mejor aún, para que algunos alegres comensales con sus descuadradas voces roncas entonen alguna copla picante o una canción amorosa dirigida

a alguna de las mozas; luego, feliz con su paga, regresa a su hogar donde su madre lo ha estado esperando sin dormirse, entonces pone el billete sobre la mesa que sirve de escritorio y comedor, y la buena anciana lo toma y le promete guardarlo para cuando su adorado Jerzy decida casarse, él se sonríe y asegura que nunca se habrá de separar de ella, y a poco se queda dormido, ya que deberá levantarse muy temprano para la misa mañanera a la que no debe llegar tarde por temor a una reprimenda, que está muy lejos de que ocurra, ya que el buen cura, que no ha cumplido los cuarenta años, ve en su organista, más que un colaborador un buen amigo.

Los feligreses llevan como antaño a su párroco: huevos, gallinas, trozos de carne de cerdo, verduras, frutas, granos, harina y cuando hay mejor suerte hasta buñuelos que alguna aldeana devota prepara para celebrar su buena cosecha, entonces la generosidad del buen sacerdote se excede con demasía y no sólo comparte el donativo con su organista, sino que se empeña en darle la mayor parte alegando que tiene a una madre que alimentar y que el muchacho recibe muy poco dinero pues las dádivas son muy precarias y muchas ocasiones se reducen a unas monedas de cobre que se destinan para cubrir las necesidades del culto, Jerzy siente pena y se empeña en devolver parte de la despensa, y refiere que en ocasiones, ha abandonado el órgano y se ha bajado para recolectar personalmente los óbolos, por más que en invierno, cuando no hay cosechas que levantar y la comida escasea, resulten casi inútiles sus sonrisas; entonces el padre recuerda que desde hace muchos años se había implantado la costumbre de visitar a los habitantes casa por casa, por lo menos dos veces al año con el fin de solicitarles la ayuda para su parroquia, una de las colectas -refiere- se verifica en otoño, cuando se está acarreado la cosecha; y la otra en el tiempo de cuaresma, en la que recíprocamente el párroco va en busca de los más pobres para socorrerlos, entonces el cura que constata la miseria de algunas familia se extralimita tanto en la dádiva que se queda sin un céntimo y debe volver a aplazar la compra de una pieza de paño y de visitar al sastre en el pueblo vecino, y decide que la hermana ponga un remiendo más en su sotana, otro tanto habrá de pasar con Jerzy que deberá aguardar un año más para adquirir un traje nuevo, por más que el que suele llevar, aunque limpio y bien cepillado le viene estrecho, el padre Tadeusz le replica alegremente: -¡Todo sea por Dios! ya vendrán tiempos mejores y tendrás no uno sino muchos tajes nuevos que te harán ver tan guapo, que las muchachas no desdeñarán un baile contigo y hasta te darán un buen rato de cháchara. Jerzy sonríe encantado del liberalismo del presbítero, cuyo buen humor sólo parece evadirse cuando sus feligreses se vuelven superticiosos y mezclan los sagrados misterios de la religión con creencias de magias, brujerías, aparecidos y hasta de los poderes de cualquier dudosa reliquia que juran que es auténtica, entonces el vicario en todos sus sermones y explicaciones intenta desterrarlas, instándoles a respetar los asuntos de Dios y de la fe. Para concluir la charla entre sacerdote y organista, éste lo convida a saborear juntos una buena taza de té acompañada de rosquillas y de vez en cuando, con gran disgusto de la hermana, de una copita de vodka que el religioso saca de un aparador que con la mesa de pino y seis sillas, llama su refectorio.

Jerzy se retira a su casa donde su madre le aguarda impaciente recalentándole muchas veces la cena, casi siempre a base de patatas, y alguna legumbre, en el camino a casa va meditando que el ascetismo es triste porque conlleva una renunciación a la vida, y que él, pese a vivir dentro de la iglesia, no ha sentido nunca la vocación por el sacerdocio, aunque a su modo intenta servir a Dios; y hasta piensa que es hora que la religión se ponga a tono con la época, actualizando su ceremonial y permitiendo que los pobres curas solitarios puedan casarse y salir de su dura soledad, de esa soledad que él también comparte, acaso entonces la gente de la ciudad se volverá a reintegrar a la fe y retornará a los templos que se han ido quedando vacíos.

Otras veces sus pensamientos suelen ser mucho más optimistas cuando transita por una calzada sombreada a derecha e izquierda por árboles de vasto follaje y ramajes muy altos que va a parar a un caserío en cuyas viviendas habitan familias que tienen graciosas muchachas, alegres y conversadoras algunas, aunque otras serias y recatadas que al tratarlas se vuelven dulces y sensibles ¡Son como el postre que se deja al final de una buena comida! –reconoce- y recuerda que el miércoles habrán de llegar puntualmente a la iglesia, con sus risas y grititos, sus bromas ingenuas y su olor a flores del campo, cuando acaben de sonar las siete de la noche, para ensayar el coro que él dirige y acompaña. Muchas chicas llegan bien maquilladas y con modernos peinados, otras vienen fatigadas pues para llegar deben haber caminado algunas millas (cada milla tiene siete verstas que equivalen a un poco más de siete kilómetros) y que gracias a que su entusiasmo por la música no cesa, las recorren ligeras, aunque luego los pies se les llenan de ampollas, entonces Jerzy puede contemplar a sus anchas a Zoska (Sofía) que gusta adornar sus largas trenzas con listones de colores, y quién aparte de ser bonita - ¡La más bonita de todas!- tiene buena voz y es musical y disciplinada. Su gracia y su juventud lo han deslumbrado siempre, desde que era casi una niña cuando la conoció, y estaba recién llegada a la aldea, con su hermana y sus padres; entonces ella le miraba y le saludaba sonriéndole y Jerzy sentía que con sólo verla se le huían, igual que ahora, enojos, tristezas y melancolía.

El músico recibe al bullicioso séquito cuando la luz de la tarde se va volviendo azulina, lo que obliga a que en invierno, cuando la oscuridad llega mucho más temprano, el ensayo comience a las cinco, hora más propicia para que las señoritas puedan regresar temprano a sus hogares; en esa época el joven se encanta de ver como el aliento de su discípula forma nubes, entonces se pone a pensar que no daría por poder besar aquellos labios de pétalos de rosa, aunque conformándose se contentaría con poner el mismo beso sobre sus manos que lejos de ser unas manos de campesina son suaves y blancas, ¡Ah! Que diera por verla todos los días aunque fuera por un momento, entonces descubriría el encanto de sus ojos azules que son como pedazos del cielo primaveral, y se recrearía admirando sus cabellos rubios como el trigo dorado y no cesaría de admirar su cuello blanco como de cisne; pero no hay que hacerse ilusiones, - reconoce- y debe resignarse a verla un par de horas cada semana entre el grupo de jóvenes cantadoras, esperando que al terminar el ensayo Zoska se acerque para regalarle unos minutos de conversación y una cautivadora sonrisa.

-4-

Jerzy no podrá olvidarse nunca de aquella dichosa mañana, la última de otoño, en la que como solía suceder con frecuencia, se había quedado improvisando en el órgano después de la misa el esbozo de un tema que apenas despuntaba se le huía inmediatamente y que él luchaba en vano por retener; pareciéndole que era la imprecisa expresión de un ideal tan lejano, que el incipiente compositor no lograba todavía esclarecer, pero que sin duda alguna era la fuente de donde manaba la inspiración, si bien algo le anunciaba que no tenía que ver nada con el misticismo religioso.

La luz del sol penetraba aún en los altos ventanales del templo, volviendo más blanco el vestido de la Virgen y el almidonado mantel que cubría el altar mayor; y cuando el artista estaba a punto de rendirse y olvidar aquella inquietud seguramente inmadura, se acordó de pronto que había leído en alguno de los libros que solía absorber con la vehemencia de un licor embriagante, una frase elocuente de su paisano Frederyk Chopin, el cual afirmaba “que la cima de la belleza será siempre la sencillez”, lo cual le indicaba que si el tema estaba dado todo consistía en desarrollarlo y rubricarlo con una frase aguda y sin demasiados adornos que lejos de embellecerlo lo complicarían. Estaba

a punto de levantarse y partir a su casa a desayunar, cuando en el último intento de solucionarlo se quedó absorto sobre el teclado, entonces escuchó una voz conocida, plena de deliciosas inflexiones, la cual lo sacó como por encanto de sus cavilaciones.

-¡Maestro!- saludó quién era nada menos que Zoska.

Al escucharla el músico sintió que una descarga eléctrica circulaba por todo su cuerpo y se volvió inmediatamente levantándose del banco.

-Señorita Zoska –respondió respetuoso-

La joven le sonrió abiertamente.

-¡Jesús que formal! – respondió tendiéndole la mano- perdona si te interrumpo.

-Ningún interrumpirme. ¡Qué agradable sorpresa! –respondió el muchacho más repuesto.

-Escuché que estabas tocando...

-¡Oh! Solamente los acordes de una composición que no me sale.

-A mí me pareció que era una pieza muy hermosa.

-Cuando esté totalmente terminada la volveré a tocar para que tú la escuches.

-Lo que haré con mucho gusto. Pero ahora he venido por otro motivo.

-Tú dirás...

-Es algo muy simple. Solamente vengo a invitarte a tomar el té el próximo sábado. Nos reunimos algunos familiares y vecinos; y pasamos la velada charlando y escuchando música... y en ocasiones hasta jugando a las cartas, apostando algunos zlotys.

Jerzy creyó que el cielo se le abría y una sonrisa se le amplió en el rostro.

-Iré con mucho gusto –respondió-- y te agradezco que me hayas hecho el favor de venir a invitarme

Zoska le devolvió la sonrisa.

-Entonces te estaremos esperando, a mamá le dará mucho gusto que pases por casa.

-Y a mí me encantará volver a saludarla.

-Entonces hasta el sábado –insistió Zoska- después de las siete de la noche a la hora que quieras venir...

-Seré puntual –prometió él, estrechando la mano que ella le había tendido- y nuevamente muchas gracias a ti y a la señora Urzula.

Zoska le hizo una breve reverencia y él la acompañó hasta la escalera de caracol.

-Por favor –advirtió- ten mucho cuidado al bajar.

Zoska volvió a sonreír y declaró:

-Seguro que no me pasará nada, estoy acostumbrada a escalar árboles. ¿Ya no te acuerdas de nuestras correrías de chamacos?

-¿Cómo habría de olvidarlas? Te gustaba trepar como cualquier chico...

Jerzy regresó a su órgano, presintiendo que pronto iba a conseguir terminar la pieza fácilmente, mientras identificaba que el caudal de la motivación procedía de aquella dulce joven que representaba una catarata de vida y de alegría; reconociendo que ya no era la niña que había conocido sino una mujercita hecha y derecha cuya belleza despertaba las miradas de todo el pueblo, por lo consiguiente su pieza que concluiría con un emotivo rubato no tendría nada que ver nada con aquella languidez propensa a la melancolía con la que solía envolver toda la música que componía, y que más bien iba a ser una expresión de lirismo como un madrigal, sólo que en lugar de palabras, escribiría notas. -¿Cómo es que no lo supe desde el principio? –se preguntó-- ¿O es que no quería admitirlo? Y se sintió trastornado por haberlo descubierto. Si conozco a Zoska hace más de diez años, desde que vino a establecerse con su familia acompañada de su hermana mayor Hanka (Ana) entonces era una niña muy agraciada y solíamos jugar juntos y hablarnos de tú... en cambio ahora ¡Es toda una mujer! ¡Una hermosa mujer! De pronto se sintió inundado de una inquietud desbordante como un cráter que de pronto hace

ebullición. La inesperada visita de la joven le había sustraído de aquella languidez que parecía embargarle la vida despertándole con una euforia inhabitual; y salió apresuradamente a la calle, buscando el cielo, el sol, el campo, la mañana que avanzaba lentamente en la llanura, en los collados, en los sembradíos y empezó a andar con pasos largos aunque sin rumbo fijo, pero inconscientemente buscando la soledad para ordenar sus pensamientos y aplacar los acelerados latidos de su corazón. Una nueva y cálida sonrisa se plasmó en su rostro que aunque amable retornaba pronto a la seriedad, pero que al saber que iba a ver a Zoska el próximo sábado se llenó de pronto de un entusiasmo que se desconocía; entonces se puso a contar los días que aún faltaban para verla, y le dio gusto el reconocer que ella había venido a buscarle... ¡Ah! ¡No cabía duda que era un día afortunado! La muchacha más bonita de la aldea se había tomado la molestia de venir muy de mañana a invitarlo. Deambuló toda la mañana hasta que su estómago empezó a demandar el almuerzo, entonces reparó que había salido tan precipitadamente de la iglesia que ni siquiera le había dado los buenos días al padre Thadeusz, y se auto disculpó admitiendo que estaba atolondrado y acelerando los pasos se encaminó a su casa.

-5-

-¡Hijo, te estaba esperando! –dijo la señora Marysia (María) levantándose de su sillita baja con mucha agilidad a pesar de sus sesenta años cumplidos; y vino a abrazarlo como si tuviera mucho tiempo de no verlo, en lugar de unas pocas horas.

-Me he retrasado paseando un poco por el campo –minimizó Jerzy

-¡Bendito sea Dios que llegaste, porque he recalentado dos veces tu té y tu comida!

-Gracias por molestarte tanto mamá, pero bien sabes que no soy delicado y no me importa comerla fría o caliente, porque sé que tú la has preparado y siempre me sabe sabrosa.

-¡Mi hijito adorado, siempre tan amable! Cuando me muera seguramente que no harás sufrir a tu mujercita con demasiadas exigencias -advierte la viuda mientras le sirve a su hijo un plato de sopa que él se dispone a degustar apenas se ha secado las manos-

-Mamá, los pobres no debemos ser demasiado exigentes; y más bien conformarnos con lo que Dios nos da.

-Eso es hablar como un buen cristiano –contesta la viuda, mientras corta una gruesa rebanada de pan negro que coloca sobre un platito que ha acercado a su mimado comensal.

-Sólo Dios que conoce nuestras verdaderas necesidades y aspiraciones es capaz de concedernos lo que nos falta.

-Por más que no sólo precisamos de pan, que hoy al menos aunque modesto y poco, nunca hemos carecido totalmente de el... sino también de la compañía, del amor, de dar a otro ser nuestro cariño y de recibir a la vez el apoyo y el afecto de nuestros seres queridos.

-Tienes razón madrecita santa –respondió el muchacho- y no dejo de comprender tu inmenso dolor por la falta de mi padre.

-¡Era un buen hombre! ¡Tan bueno como tú! –declara Marysia llevándose a la boca una cucharada de sopa- En nuestros quince años de matrimonio jamás le oí levantar la voz, ni reclamar por nada, pese a que era soldado y algunos tienen fama de violentos y mal hablados; me quería tanto que jamás se quejaba de su trabajo o del trato de los oficiales superiores quienes terminaron por apreciar al teniente que obedecía puntualmente sus órdenes, pero no sólo era un oficial que cumplía con su obligación sino que además sabía hacerse obedecer y estimar por los subordinados que tenía bajo su mando, quienes a su vez lo seguían ciegamente y hasta hubieran arriesgado sus mismas vidas por salvarlo.

-Lo que significa que si mi padre viviera, a estas alturas ya sería capitán –opinó Jerzy-
-¡Tú lo has dicho! Si hubieras visto la tristeza que invadió al regimiento al momento de serle notificada su muerte; cuando se comentaron los pormenores ponderando no sólo su valor y su disciplina sino su trato con todos, superiores y tropa, no pude contener el llanto y no recuerdo bien si les agradecí debidamente sus atenciones, en esos días estaba tan angustiada, que ni siquiera podía abandonarme completamente a mi aflicción, porque tenía una enorme responsabilidad.

-¿Una responsabilidad?

-¡Tú!

-¡Cuántos años debí haber contado?

-No más de cinco, pero fueron suficientes para que lloraras a tu padre, cuando comprendiste que ya no volverías a verlo nunca; y que yo te había estado engañando diciéndote que se encontraba lejos...

-Terminé por descubrirlo cuando te vi de luto, por más que me decías que papá había sido enviado a una misión, lo cual quería significar a la guerrilla, única alternativa para combatir a los invasores que habían derrotado a nuestro ejército que había enfrentado con bravura la caballería a los poderosos tanques alemanes.

-Fue entonces cuando invadieron Varsovia con espantosa brutalidad, quemando, destruyendo, saqueando, cometiendo todos los abusos y horrores imaginables incluso con mujeres y niños inocentes que no tenían otro delito que haber nacido aquí. En esos días aciagos el sólo verte tan tierno me infundió el valor para sobrevivir, si me muriera ahora sería diferente...

-¡Por qué hablas de morirte madrecita mía? Si estás llena de vida –exclamó el muchacho tomándola en sus brazos- y además tienes a tu hijo que te necesita tanto y a quién siempre le harás mucha falta, ¿Ya ves porqué debes vivir muchos años y llegar a los cien?

-No hijo mío ¡Eso sería muy largo! Y además ya no serviría para nada y hasta me convertiría en una penosa carga para ti.

-No se te ocurra volver a decir eso. Jamás serás una carga sino una bendición; y cuando ya no pudieras cocinar, pues yo tendría que aprender y guisaría para los dos, aunque presiento que nunca me saldrían los platos tan buenos como este delicioso pescado ahumado... -comentó el muchacho, sirviéndose además una generosa porción de chokrut.

-Qué bueno que aunque no abunda, al menos no escasea la comida... en aquellos tiempos difíciles, los invasores robaban y confiscaban los alimentos para darles de comer a sus tropas que se fueron adentrando en el país buscando y deteniendo judíos y gentes de otras nacionalidades para hacerlos trabajar hasta morir en los horribles campos de concentración que no eran sino antros de tortura y muerte.

-Mientras las potencias, tibias e indecisas, titubeaban en intervenir. -añadió con tristeza el organista que había leído cuanto encontró sobre la más espantosa hecatombe de la historia-

-Para colmo habíamos quedado en la miseria, pues vivíamos de la paga de tu padre y yo me vi precisada a vender por una bicoca todas nuestras pertenencias: mis alhajas de soltera, los muebles y encerres de nuestra casa que se iba quedando paulatinamente vacía, hasta convertirse en lo que es ahora, una vivienda casi desnuda, que por la gracia de Dios sigue en pie, precisamente cuando las tres cuartas de la aldea no eran sino un montón de escombros... y las que quedaban aún en pie después de los espantosos bombardeos, carecían de agua potable y de luz eléctrica.

-Recuerdo que pasábamos las noches a oscuras alumbrándonos apenas con un quinqué de petróleo que hacía tanto humo que me provocaba tos, impidiéndome dormir.

-Seguramente porque tenías hambre, pues aunque me habían dado una tarjeta de racionamiento era tan difícil obtener algún alimento, que después de permanecer en la fila horas enteras, la tienda se cerraba pues estaban totalmente agotadas sus precarias existencias, entonces para poder comer al menos una vez al día era preciso conseguir comida en el mercado negro cuyos precios eran escandalosamente exorbitantes, sin que hubiera ninguna autoridad ante quién quejarse pues el gobierno había tenido que exiliarse en Londres y las autoridades militares no se hallaban nunca en el mismo lugar, lo que dificultaba más el trámite de la pensión a la que teníamos derecho.

-Sin duda alguna –asintió Jerzy.

-Al fin después de entrevistas, cartas, ruegos, recomendaciones, cuando estaba a punto de caer en la desesperación conseguí que me escucharan... cuando vi llegar el sobre con la respuesta supuse que iba a significar el fin de nuestras angustias, pero al momento de abrirlo comprendí que era tan exigua la cantidad que nos asignaban que apenas iba a aliviar un poco nuestra precaria situación...

-Di más bien nuestra miseria, de la que aún no salimos –se lamentó el muchacho llevándose a la boca el último bocado, en tanto que se disponía a tomar el té que su madre había mantenido bien caliente.

-Yo nunca había tenido necesidad de trabajar la tierra, en la que mi Ambrosy (Ambrosio) quién era un trabajador incansable había sembrado algunas hortalizas que en ocasiones nos ayudaron a distraer el hambre.

-Hasta que compadecidos de nosotros y gracias a la amistad de mi compañero de colegio Jendrzzej (Andrés) su familia que era pudiente y que al menos tenía que comer, nos surtía de harina, que tú, madre mía, horneabas con leña y la convertías en pan crujiente, con el que al menos llenaba mi mochila que llevaba a la escuela, por más que al vérmelo comer solo, Jendrzek me convidaba de su barra de margarina o de la mermelada que guardaba en un frasco que nunca supe de donde le llegaba.

-Y que luego tú te empeñabas en compartir conmigo...

-Unos días la dio por traer queso fresco seguramente preparado con la leche de una vaca que tenían bien escondida y que nunca llegaron a descubrir los alemanes que la habrían confiscado indudablemente,

-Jendrzzej ha sido tu mejor amigo –concedió la anciana.

-Di más bien mi único amigo.

-Si no se hubiera ido...

-Se habría empolvado aquí en la aldea, sin otro recurso que ponerse a cultivar la tierra, pero no, el ha sido siempre muy inquieto y prefirió el progreso, y con gran esfuerzo consiguió salir y conseguir que lo inscribieran en la universidad de Cracovia, hasta convertirse en lo que es: un ingeniero brillante... yo en cambio...

-Tú también eres alguien. Un músico talentoso y respetado. ¡El único del pueblo!

-Porque no hay otro que se quiera morir de hambre –dijo Jerzy con amargura- por más que como dijo el maestro: la música alimenta también el espíritu.

-6-

Inconscientemente Jerzy habías repetido una de las frases favoritas del señor Antek (Antonio) el inolvidable mentor que le había iniciado y formado en la música.

-Tú maestro –repitió la señora Marysia- hizo las veces de un verdadero padre para ti.

-Tú lo has dicho –asintió Jerzy- yo tenía nueve años cumplidos y era un chiquillo huraño con notas bajas en la escuela, lo que me obligaba a pedir a Jendrzzej que me ayudara a resolver los problemas de aritmética o geometría para evitarme las reprimendas y castigos que me solía imponer la maestra Jagna (Inés) quién se desesperaba frecuentemente conmigo.

-Estabas mal alimentado y la debilidad te ocasionaba sueño –reconoció la viuda.

-Pero no era por el alimento insuficiente, sino porque nada conseguía interesarme y menos aún las aburridas lecciones que se nos hacía repetir de memoria, haciendo que las horas de clase se me volvieran tan largas que prefería irme a vagar por el campo, deteniéndome a veces en mirar como trabajaban las mujeres cuyos maridos seguramente estaban en el frente o habían sido reclutados para trabajar para el enemigo y debían con mucho esfuerzo romper los duros terrones de la tierra para luego echar las semillas si las había.

-Dura labor que con frecuencia no tenía compensación, pues si se conseguía a duras penas levantar una cosecha, los alemanes aprovechaban la mayor parte, dejando frustradas a las infelices trabajadoras -cuya rabia se deshacía en llanto- imposibilitadas de hacer el más mínimo reclamo, que podía acarrear desde un culatazo hasta un tiro de los verdugos si la reclamante insistía en que el despojo era injusto...

-¡Era un robo, sin otra razón que la fuerza bruta!

-No obstante siempre se salvaba algo que nos vendían muy caro, para que no muriéramos de inanición, aunque nunca alcanzaba para todos...

-Una vez -refirió Jerzy- pese al duro trabajo oí cantar a un grupo de aldeanas, una canción realmente inolvidable, se llamaba si no mal recuerdo Ej Przelecial Ptaszek, que trata sobre un pájaro que vuela sobre el bosque. La melodía me encantó y yo volví a repetirla tantas veces que Jendrzej me preguntó donde la había escuchado y yo tuve que referirle que en un coro de aldeanas.

-Por fin algo ha conseguido interesarte -me dijo y yo le respondí que las voces se escuchaban hasta muy lejos. Jendrzej convino que aunque los tiempos eran malos, que bueno que hubiera gente que tuviera la ocurrencia de cantar y hasta pensó que debíamos proponer a la maestra que también los niños pudiéramos tener un coro y cantar, pero ella estaba más preocupada en enseñarnos las operaciones con decimales y quebrados

-Cuando finalizó el verano terminaste el cuarto grado con buenas calificaciones. ---- recordó la viuda-

-Creí que ya me olvidado de la canción pero algo vino a recordármela.

-¿Qué fue Jerzy?

-El destino madre. Una tarde me había cansado de andar por el campo y estaba muy acalorado, de pronto vi la iglesia de San Roque abierta, lo que no era muy frecuente por cierto, pues el señor cura Don Tomek (Tomás) tenía miedo de los invasores, pero a mí se me ocurrió ir a sentarme en alguno de los bancos y refrescarme diciendo alguna oración, entonces se hizo el milagro. ¡La más grata sorpresa de mi vida! En la iglesia siempre silenciosa, se escuchaba una música, con la inolvidable canción que había escuchado al coro de aldeanas, sólo que esta vez el órgano la reproducía con una extraordinaria fidelidad. Dios me perdone pero me olvidé de la oración y me puse a escuchar atentamente la melodía, a la que siguieron en una sucesión maravillosa una, otra, y hasta diez obras más, principalmente de música religiosa como era de suponerse; el instrumento vertía una espléndida gama de sonidos que suaves o intensos, graves o agudos encantaron mi oído y me provocaron una emoción tan intensa que aceleró los latidos de mi corazón. No recuerdo cuanto tiempo trascurrió pero yo había quedado con deseos de seguir escuchando así pasaran muchas horas; finalmente el instrumento calló y como yo me quedara aguardando que continuara me planté volviendo los ojos al coro a cada rato, entonces se apagaron las luces y la intuición me dispuso a esperar al ejecutante al pie de la escalera de caracol, que resultó ser un viejecito de no menos de setenta años quién lucía una corona de cabellos casi blancos, con un rostro perfectamente rasurado y que aunque aparecían arrugas en las mejillas y alrededor de los ojos y de la boca, lucía una frente amplia y unos ojos negros, vivos, penetrantes como los de cualquier muchacho joven. Era de estatura mediana y vestía un traje que

aunque limpio estaba muy arrugado y una camisa blanca en cuyo cuello se anudaba una corbata negra muy usada. -¡Señor! Balbucee- el hombre se detuvo al verme -¿Ya no va a tocar más? -_No por ahora me respondió- ¿Y cuándo volverá a tocar? Insistí -Tal vez mañana o cualquier otro día si está la iglesia abierta- Señor, ojalá y sea muy pronto- -¿Porqué?- Me preguntó seguramente picado por la curiosidad. -Porque la música es lo más bello que hay- le aseguré- el hombre me miró seguramente halagado por mis palabras -¿Te gustó?- me preguntó -No hay nada que me guste tanto- afirmé -Entonces prueba en regresar mañana. -¿Y tocará usted “El pájaro volando sobre el bosque”? - entonces él puso su mano sobre mi cabeza y sonriendo me dijo: -¡Lo haré para ti!... y lo vi alejarse mientras yo me quedaba sediento y anhelante, hasta que el sacristán vino a decirme que debía irme porque ya era la hora de cerrar.

-
-
--7-

En efecto, tal y como lo había afirmado la señora Marysia, el maestro Antek (Antonio) se convirtió en el protector de su hijo, motivado por el interés del niño; empezando a tocar para él primero en el órgano de San Roque y después en su casa en el piano vertical que ahora pertenecía a Jerzy y que le había sido donado y heredado por el músico quién antes de morir se lo obsequió. Jerzy mostró cada vez mayor gusto por la música y apenas había cumplido los diez años cuando manifestó al que era ya su buen amigo que su mayor anhelo en su vida era llegar a tocar el piano y el órgano. De pronto el viejo Antek supuso que aquella era sólo la momentánea ilusión de un chiquillo que veía en los instrumentos musicales un medio de divertirse y le respondió que la música era una de las artes más difíciles de dominar y que era mejor que atendiera a sus deberes escolares y renunciara a esa idea, Jerzy palideció al escuchar la negativa concretándose a bajar la cabeza para ocultar las lágrimas que le cosquilleaban en las mejillas, pero siguió tenazmente buscando la compañía del anciano, quién por vivir solo, pues su esposa había muerto hacía más de diez años, encontró en el pequeño un compañero que mitigaba su soledad, quedándose atento cuando él repasaba sus viejas partituras. Niño y anciano se fueron identificando cada vez más, pues apenas el pequeño salía de la escuela, aunque sin poder ocultar su tristeza iba en pos del organista que terminó por aguardarlo con ansiedad; un día Antek preguntó a su amigo que le pasaba y él le respondió que nada, y como el músico insistiera, una mañana de invierno que la nieve empezaba a poner su blanco sudario en los campos, mientras ambos compartían un té bien caliente, Jerzy con lágrimas en el rostro declaró que la causa de su tristeza era por su negativa a enseñarle a tocar el tan amado instrumento, Antek convino en que aquella obstinación era más que un capricho infantil y le hizo ver que a su tierna edad todos los niños se aficionan por algo que más tarde olvidan por completo, Jerzy juró que aquello no era un deseo pasajero sino que él verdaderamente deseaba convertirse en músico cuando creciera; para ello falta mucho tiempo le respondió el anciano y cuando seas mayor y conozcas el mundo te llamarán la atención otras cosas con la vehemencia que hoy te atrae la música, pero Jerzy protestó alegando que él no sería uno de esos chicos volubles que cambian de un día a otro de parecer y que permanecería siempre fiel a lo que más amaba en la vida, Antek quién deseaba seguir contando con la compañía del niño a la que se había acostumbrado decidió consultar con la señora Marysia, a lo que ella le respondió, que conociendo bien el carácter de su hijo, éste estaba bien seguro de lo que pretendía. -¡Ya estudiarás más tarde!- Le dijo a su vástago cuando empieces a trabajar y tengas dinero con que pagar tus clases, ya que como sabes carecemos de medios para cubrir al señor maestro sus honorarios, Jerzy escuchó aquellas palabras con la decepción alojada en el rostro, entonces el maestro tomándole por los hombros le

aseguró que nunca el dinero sería un obstáculo y que él le daría las clases sin solicitar ninguna remuneración, conformándose con la paga de la iglesia que le bastaba para satisfacer sus precarias necesidades, la señora Marysia que conocía los apuros de la miseria intuyó que el infeliz anciano acaso sería más pobre que ella y le dio las gracias conmovida, mientras Jerzy se arrojaba presa de una inmensa alegría y le llenaba las manos de besos, Antek abrazó al pequeño y sintiéndose incapaz de responder dijo solamente: -¡Mañana te espero en casa por la tarde, ven con un cuaderno una regla y un lápiz! Y se despidió de madre e hijo rehusando compartir el plato de comida que la señora Marysia le ofrecía.

Jerzy feliz contó las horas que lo separaban del día siguiente y observando sus dedos pensó que iban a convertirse en la parte más importante de su cuerpo.

Al día siguiente acudió puntual a la cita, imaginando que las lecciones implicarían que empezara a colocar las manos sobre el teclado del viejo piano, pero grande fue su decepción cuando el anciano le requirió el cuaderno, la regla y el lápiz y al haberlos olvidado, se disculpó como pudo, entonces el señor Antek arrancó una hoja de uno de sus libros y se puso a trazar sobre ella las cinco líneas para improvisar lo que dijo llamarse un pentagrama, Jerzy lo miraba atónito y el hombre empezó a dibujar las siete notas que eran el idioma y la clave del lenguaje musical. El discípulo aprendió más aprisa de lo que era de esperarse y cuando supo distinguir las negras de las claras y sus valores, y conoció las claves de Sol y de Fa, pudo poner las manos sobre el piano, cuyas teclas le parecieron casi mágicas.

Aquella disposición sorprendió al buen anciano que convencido de la vocación de su discípulo empezó a enseñarle cuanto sabía, cada vez más asombrado de las facultades e inteligencia del chiquillo, que a los pocos meses ejecutaba con tropiezos pero con una asombrosa intuición sus primeros ejercicios, cuidando cada impulso de sus dedos y captando todas las indicaciones de su amigo a quién empezó a llamar respetuosamente: señor maestro. Encantado de aquel rápido avance el señor Antek le dijo una vez al despedirse:-¡No renuncies nunca a tu vocación por lo bello y por lo noble!- y Jerzy guardó en su mente para siempre aquella recomendación.

-8-

A partir de esos años cambió mi vida –reconoció Jerzy repasando con su madre los acontecimientos que habían contribuido a formarlo hasta convertirlo en lo que era: el organista de San Roque que consumía los días de su juventud soñando despierto con las manos sobre el teclado del viejo órgano o del piano del señor Antek.

Y no era para menos. El joven debió estudiar las tediosas lecciones del Beyer y del Hanon que entrenaron sus dedos, afinaron su oído y consiguieron que sus brazos, manos y dedos obedecieran con precisión lo que el cerebro les ordenaba. Los ejercicios eran rigurosamente custodiados por el metrónomo y repetidos hasta que salieran perfectos, así el devoto discípulo a los quince años emprendió el estudio de la técnica que era muy diferente en uno y otro instrumento, pero procurando siempre la belleza del sonido, la precisión del ritmo, la absoluta obediencia a las indicaciones de las partituras y más tarde al cuidado de la interpretación pues el anciano maestro pretendía hacer de su alumno no solamente un buen músico sino ante todo un artista, capaz de alegrar, conmover e impactar a los rústicos y humildes habitantes de la aldea. Antek le enseñó cuanto sabía sin reservarse nada que no compartiera con él, quién una vez que se había convertido en un buen lector procedió a trabajar en un repertorio cuidadosamente elegido, incluyendo los compositores clásicos y románticos del piano: Liszt, Beethoven, Rachmaninoff, Smetana, Grieg, Rimsky Korsakow y Debussy entre otros; y para el órgano los indispensables autores: Bach, Haydn, Rameau, Mozart, Poulenc y Haendel.

Jerzy demostró ser dueño de una excelente memoria, capaz de retener no sólo las obras más complejas sino las más leves indicaciones de su profesor.

Polonia mientras tanto había conseguido librarse de sus crueles opresores que con la ayuda de los rusos la liberaron; y aunque el país había quedado muy destruido por la guerra, la reconstrucción implicaba un esfuerzo tan descomunal que sólo pudo realizarse con la tutela y ayuda de la poderosa Unión Soviética que no tardó en instaurar una dictadura comunista.

Jerzy como todos los jóvenes debió cumplir con el servicio militar y tuvo que abandonar sus estudios musicales y servir a su patria como buen ciudadano apto, y el señor Antek se volvió a quedar solo extrañando a su querido alumno, que a pesar de encontrarse distante nunca abandonó a su bienhechor y en cuanto lo permitían las circunstancias abandonaba Varsovia o el lugar donde se hallaba para venir apresuradamente a dar un beso a su madre y a abrazar a su maestro, a quién no obstante veía con tristeza cada vez más decrepito y acabado, aunque siempre animoso y optimista. En ese tiempo la señora Marysia estuvo al cuidado del anciano, y ambos se acompañaron en su soledad.

Un invierno particularmente crudo acarreó al organista un fuerte resfriado al que siguió una bronquitis amenazante, Antek presintió que no se salvaría de la tremenda enfermedad y aunque los cuidados del único médico que había en el lugar fueron intensivos y se le suministraron todos los medicamentos que era posible conseguir, el paciente se fue debilitando y como en ese tiempo San Roque estaba dirigido por un nuevo párroco, un clérigo joven y animoso, el padre Tadeusz, antes de morir rogó que el puesto de organista le fuera cedido a su alumno que cuando regresara seguramente habría de desempeñarlo con acierto y dedicación, el cura aunque no dudó en administrarle los sacramentos intentó animar al moribundo aconsejándole que se encomendara a Dios que seguramente accedería a prolongarle la vida y ofreció más de alguna misa para solicitar el favor divino, pero una nueva complicación vino a agravarlo desencadenando una pulmonía que el organismo debilitado del señor Antek no pudo resistir y una mañana en que el invierno se mostraba por cierto menos severo que otros días, expiró con todos los auxilios espirituales y la asistencia de la hermana y de la señora Marysia. Unas horas más tarde, Jerzy avisado por su madre y quién había solicitado un permiso a su comandante que le fue concedido, regresó a toda prisa compungido por la inevitable tardanza del transporte que apenas empezaba a regularizarse y aunque deseaba vivamente acompañar a su maestro en el duro trance de la muerte, no pudo satisfacer su propósito: y en tan aciagos momentos el párroco le informó que había sido nombrado a petición del occiso organista de San Roque.

Al principio Jerzy consiguió atajar la angustia, pese a que su desesperación era superior a sus fuerzas, y la señora Marysia trató por todos los medios de consolarle, sugiriéndole que encomendara el alma de su mentor al Todopoderoso que seguramente habría de recibirlo en su seno pues el músico era un buen hombre incapaz de hacer el menor daño a nadie. Por la noche el difunto fue velado y una docena de feligreses hizo acto de presencia, más tarde se presentó Zoska, que era ya toda una preciosa jovencita acompañada de Hanka (Ana) su hermana mayor y de su madre la señora Urzula (Julisia), quienes después de dar el pésame se quedaron a rezar los rosarios que dirigió la hermana, mientras mamá Marysia repartía café y algunos tragos de vodka entre los concurrentes; Jerzy que había rechazado hasta entonces todo alimento, a pedido de Zoska accedió a beber una taza de té y a mordisquear algún pan. La noche se fue haciendo más fría y los del velatorio tuvieron que envolverse en mantas, abrigos, chales y bufandas que les cubrían hasta las orejas y algunos se quedaron por la mañana en que

se presentó el padre Tadeusz seguido de dos monaguillos para encabezar el cortejo que había de conducir el cadáver al cementerio distante apenas tres o cuatro millas.

Fue entonces cuando se apareció Jendrzej que habiendo sido informado del deceso no tardó en venir a consolar a su amigo al que abrazó después de un año que no se veían pues había sido destinado a un unidad muy diferente; Jerzy agradeció debidamente aquella manifiesta demostración de hermandad y cuando el cadáver descendía al fondo de la tierra pudo al fin soltar el caudal de las lágrimas que se desbordó al grado de que estuvo a punto de desmayarse. Al terminar la triste ceremonia Zoska y Hanka se acercaron para despedirse pues consideraban que Jerzy y su madre eran casi familiares del occiso, él les dio las gracias lo mejor que pudo anunciando que cuando regresara del servicio iba a tomar posesión del empleo de organista de San Roque, lo que le daría oportunidad de saludarlas; al despedirse Zoska le pidió que descansara pues se veía muy pálido y demacrado, él le respondió que intentaría dormir y recuperarse, Zoska le dejó un rato la mano asegurándole que su maestro donde estuviera le estaría deseando lo mejor, Jerzy se mordió los labios y asintió con la cabeza, Hanka lo instó a comer pues seguramente no había probado bocado. Poco a poco los acompañantes se fueron dispersando y al fin quedaron solos la señora Marysia, Jendrzej y el padre Tadeusz quién anunció que oficiaría al día siguiente una misa por el alma del difunto.

Dos días después Jerzy y Jendrzej abordaron juntos en la estación ferroviaria el convoy que los habría de regresar a sus destinos, y los inseparables amigos volvieron a separarse encaminándose a sus diferentes unidades

-9-

Un año después Jerzy retornó a la aldea, venía quemado por el sol, con el cabello recortado y una talla más grueso, después de abrazar a su madre quién estuvo a esperarlo en la estación, se dirigió a la parroquia de San Roque para saludar al padre Tadeusz y comunicarle que estaba pronto a recibir sus órdenes, el buen cura lo recibió con los brazos abiertos y comentó que por fin habría música en los oficios. Jerzy que era la sombra de su maestro conocía los deberes de un organista y hasta se sabía de memoria las respuestas en latín y las letras de los himnos y oraciones, aunque anticipó que seguramente su voz distaría mucho de ser fuerte y agradable, pero el sacerdote le pidió que tuviera confianza y que por su parte estaba seguro de que se llevarían muy bien y que esperaba que fuesen además muy buenos amigos.

-Eres un buen cristiano –declaró el cura- y he pedido mucho a Dios que te enviara la resignación, pues comprendo cuanto te significaba el señor Antek.

-Gracias padre –respondió Jerzy y besó la mano del sacerdote, ofreciéndole que al día siguiente en la misa matinal se escucharían el órgano y su voz

-Será una agradable sorpresa para los fieles –Aseguró el cura complacido dándole unas cariñosas palmadas de bienvenida.

Entonces me encaminé a casa de Zoska -refirió el músico- a quién tenía enormes deseos de saludar, allí fui muy bien recibido; y tanto ella como su hermana Hanka y su madre se alegraron de verme, la señora Urzula me hizo muchas preguntas sobre mi internado y yo le expliqué que me había acostumbrado a la vida del cuartel, con su disciplina, sus horarios, los ejercicios físicos y las labores que me tocó desempeñar en el taller de carpintería, Zoska me preguntó si había tenido oportunidad de tocar el piano y yo le contesté que no lo había, aunque en cambio me había ejercitado en el acordeón propiedad de uno de los oficiales con el que gracias a la música hice tal amistad que en el cumpleaños del coronel fui invitado a amenizar la reunión interpretando algunas piezas, Hanka me advirtió que ahora tendría que concentrarme en la música religiosa,

luego me invitaron a tomar una copa de vodka rojo y aunque yo me rehusé al principio, atendiendo a sus reiterados ruegos tuve que aceptar quedarme a almorzar con la familia que me aseguró repetidas veces que me habían extrañado mucho. Al anochecer me despedí recomendando que por favor saludaran mi nombre a Don Raflow (Rafael) y Sosca me felicitó por mi nuevo empleo prometiéndome que pronto iría a escucharme, lo que cumplió colmándome de felicitaciones.

Habían dado las once de la noche, la conversación entre madre e hijo se había alargado haciendo recuerdos y repasando los años. La viuda empezó a dar señales de sueño y Jerzy a quién el té le había calentado el estómago le dio las buenas noches y se dispuso a dar una vuelta por el pequeño jardín, para recordar con delectación en la amable visita de Zoska aquella mañana; entonces se puso a pensar en aquella noble muchacha dueña de esa rara belleza que ninguna joven del pueblo igualaba y que inclusive resultaba superior a la de las mujeres que había visto en Varsovia, lo que lo motivaba para crear una melodía que consiguiera expresar la intensa emoción que le despertaba aquella expansión contemplativa, imaginando a la sencilla aldeana como a una soberbia princesa eslava, heroína de alguna de las novelas con las que solía distraer su soledad, o mejor aún como una hada poseedora de una mágica sonrisa, cuyos cabellos rubios semejaban hebras de oro donde reía el sol; y mirándola con los ojos interiores se recreó en aquella boca que era cual un botón de rosa té, en aquellos ojos cuyo azul era el de las aguas de un lago muy profundo donde flotaba sereno un misterio, el misterio del eterno femenino alojado en cada mujer; en aquella tez cuya tersura se había trasladado de la casta suavidad de los místicos lirios que ornaban el altar de la virgen y en las armoniosas formas femeninas de aquella diosa de carne que lo volvían a turbar con la implacable obsesión de un pensamiento que luchaba por desprender pero que era tercamente renuente a irse; entonces, como en otras ocasiones intentó aplacar el turbador deseo contemplando el azulado terciopelo de la noche salpicado de astros plateados y cuando se cansó de contar estrellas intentó refugiarse en la lectura de un poemario que había encontrado en la biblioteca municipal del pueblo vecino y que lejos de distraerle acentuó su apasionada obsesión descubriendo en cada línea que la joven era la rima del verso, el rostro que flotaba en la franja perlada del horizonte cuando amanecía, la flor de tonos multicolores, el perfume que despedían los huertos, la divina ilusión, el amor, el bien, la gracia, la vida misma.... Zoska era como otra religión mucho más humana, era el secreto que él se obstinaba en hundir en lo más profundo de su corazón, el pensamiento que trataba en vano de sepultar, el anhelo que se materializaba cuando ella acudía a San Roque para participar en el coro, el día en que él lustraba lo mejor posible sus zapatos y se peinaba con la minuciosidad de un seminarista que se engalana para cantar su primera misa. Y Jerzy volvía a recordar las tardes idas en las que siendo un chiquillo había jugado con la hermosa niña en la granja tapizada de hiedra y que día a día se iba convirtiendo en lo que era ahora: ¡Un ideal maravilloso pero inalcanzable!

Llegó el sábado, como llegan todas las cosas buenas o desagradables que deben suceder. Jerzy había permanecido inquieto, contando no sólo las horas sino hasta los minutos, que le pareció corrían demasiado lentos por más que él se distraía o bien improvisando en el órgano, o deambulando por los campos que habían empezado a amarillear. Aquella nueva inquietud le hormigueaba pareciéndola desconocida. Hace algunos años el vehemente deseo de convertirse en un músico le clavaba en el piano o en el órgano y si bien deseaba disfrutar de la compañía de los demás, su ropa no sólo

modesta sino demasiado usada, ó su timidez de la que no conseguía desprenderse le inducían a dejarlas para otra ocasión y renunciaba a disfrutar las contadas oportunidades de convivir con los aldeanos que lo veían como un personaje retraído y solitario, al que sólo la música le interesaba y lo encerraba en el silencio.

Ahora era diferente, no sólo la belleza de Zoska en toda su adorable plenitud le atraía, sino que tal vez el tiempo que había permanecido en el servicio militar con los camaradas le habían hecho más sociable y aunque sus ropas continuaban ostentando uno que otro remiendo, en general lucía bien planchado y sus zapatos estaban recién embetunados y presentables.

Aquella tarde la última de otoño, el rosario había terminado temprano y la aldea parecía estar envuelta en una azul humareda. De pronto el organista no supo si dirigirse a la cita y llegar demasiado temprano o aguardar una media hora para presentarse con un pequeño retraso; al fin resolvió su indecisión y pensó que lo más apropiado sería presentarse ni muy tarde ni demasiado temprano. El corazón le latía como a una liebre asustada mientras planeaba como debía dirigirse a Zoska a quién después de años de jugar y corretear con ella, el trato muy formal de señorita Zoska resultaba no sólo inadecuado sino hasta ridículo, ya que por otra parte aunque seguían tuteándose ya no era a la niña o a la tierna jovencita a quién se dirigía, sino a una damita que era ya toda una mujer. Y sin conseguir decidirse atravesó los campos y con pasos medidos deteniendo el impulso que casi lo empujaba a correr, se detuvo ante la alambrada de la granja ante cuya puerta jaló el cordoncillo de una campana que avisó su llegada a la que atendió Hanka quien salió a recibirlo muy sonriente introduciéndole a la casa totalmente iluminada.

-Hola Jerzy –le dijo- adelante...

-Buenas noches –saludó el músico- ¿No soy inoportuno?

-De ninguna manera, te estamos esperando, ya casi todos los convidados han llegado y además vienes muy guapo –lisonjeó la joven.

-Nada de eso –respondió modesto y se dirigió a saludar con una breve reverencia a Don Rfalow (Rafael) y a la señora Uzula que se encontraban departiendo alegremente con un grupo de vecinos y propietarios de parcelas.

-¡Ya está aquí el maestro! –anunció el anfitrión- ¡Muchacho hace ya un rato grande que no te veía! ¡Vaya que has crecido! ¡Ya eres un hombre hecho y derecho! Te ves muy alto, al igual que tu padre a quién recuerdo muy bien pues era un militar muy apuesto al que le sentaba muy bien el uniforme. –le dijo, mientras le estrechaba amistosamente la mano.

-Gracias señor –balbució Jerzy con las mejillas cálidas. Doña Urzula intervino replicando a su marido:

-¡Ah! Pues no se iba a quedar como lo conociste...

-Cuando usabas pantalones cortos -añadió sonriente Zoska adelantando la mejilla para que Jerzy le pusiera un beso que le hizo ponerse encarnado, por más que fue breve como un relámpago, entonces la joven agregó- Ahora se ha convertido en todo un maestro que toca muy bien el órgano y el piano.

-Ningún maestro –comentó Jerzy- apenas un mal alumno del señor Antek.

-Nada de eso –corrigió la señora Urzula- tocas estupendamente bien, ya te hemos escuchado en las misas, que no se diga que no tenemos un buen músico en la aldea.

-Cierto -opinó uno de los invitados- aunque somos gente del pueblo, tenemos de qué enorgullecernos...

-Gracias señor –dijo Jerzy- y después de besar la punta de los dedos de la señora Urzula fue a estrechar una por una de las manos de todos los concurrentes, no sin dejar de hacerles un cumplido y una inclinación.

Pronto se presentó un mocito con una bandeja repleta de copas de vodka que fueron tomadas por todos los sonrientes comensales y el señor Rfallow aprovechó para brindar con los numerosos asistentes que rebasaban las dos docenas y que lucían muy endomingados charlando de muchos temas, si bien casi todos relacionados con los asuntos del campo, de los trabajos y de los comunistas soviéticos que imponían sus normas y sus modos de vivir, y que los campesinos hartos de la servidumbre casi feudal aceptaban, pues era mejor trabajar para la colectividad y aún para ellos mismos que ahora eran propietarios de pequeñas parcelas

-¡Aздrowi! (Salud) –exclamó Don Rfallow levantando su copa que luego vació de un solo trago... y añadió gozoso: -¡Y muchas gracias por venir!

-Gracias por invitarnos –respondieron todos.

-Hace falta un poco de descanso y un buen trago –admitió alguno- y todos sentados o de pie siguieron charlando animosamente, mientras el chico de la charola iba y venía trayendo copas y bocadillos.

-Y cuéntame de tu vida en Varsovia –pidió Zoska a Jerzy-

-¡Oh! Pues hay poco de qué hablar –contestó Jerzy- la pasábamos en el cuartel donde nos tenían ocupados todo el día-

-¿Y qué hacían? –preguntó la joven curiosa

-Trabajos, ejercicios, limpiar las armas, dar de comer y estar al cuidado de los caballos y de vez en cuando asistir a simulacros de batallas donde debíamos aplicar lo aprendido.

-Nunca me escribiste –le reprochó Zoska- te olvidaste de mí; y yo en cambio aguardaba siempre alguna noticia tuya, una postal de la ciudad, o unas letras donde me contaras como te iba...

-A decir verdad estuve muchas veces tentado de hacerlo, pero me daba vergüenza molestarte...

-¿Vergüenza? ¿Y por qué? no somos acaso amigos y nadie hubiera visto mal que me escribieras, y yo siempre que veía al cartero me decía: seguramente hoy traerá alguna tarjeta o una carta de Jerzy para mí, pero nunca la hubo y aunque al principio siempre le preguntaba al hombre, cansada después de escuchar su negativa opté mejor por dejarlo pasar...

-¡Oh, qué pena! –lamentó Jerzy- y no es que no me acordara de ti ¿Cómo iba a olvidarte? Pero el temor de pensar que no fuera bien visto y tus papás...

-¿Qué podrían decir mis padres, si te conocieron cuando tenías cinco años y te vieron desde que llegamos aquí?

-Tienes razón –asintió Jerzy- y te ruego perdonarme, después de todo he sido siempre así, apocado, temeroso de no caer bien a las personas...

-Pero al menos ¿Ahora si vendrás a visitarme, verdad?

-Lo haré con muchísimo gusto Zoska, si tú me lo permites...

-¿Y por qué habría de prohibírtelo?... al contrario me dará mucho gusto verte por aquí y serás siempre bien recibido.

Don Rfallow dijo en voz alta:

-Bueno, ¿Qué les parece si vamos a tomar el té y alguna cosilla que mi esposa les ha preparado?... aunque nos hace falta un poco de música, pero después de todo tenemos aquí un magnífico músico, que espero no nos negara algunas piezas...

-¡Claro! ¡Estupenda idea! –aprobaron todos.

-Con mucho gusto –respondió Jerzy a quién se había dirigido la petición y tomó el acordeón que un aldeano le alargó.

-¿Sabrás seguramente muchas melodías bonitas? –le preguntó Zoska- de esas que hablan de amor ...

-Trataré de recordarlas –respondió Jerzy y dio algunos acordes en el instrumento.

Al principio todos lo rodearon para escucharle, pero luego se fueron disgregando y siguieron hablando de lo que les interesaba, y sólo tres o cuatro parejas iniciaron unos pasos de baile.

-Al menos hoy, gracias a Dios, tenemos paz –declaró la señora Urzula. Ya pasamos lo peor en esos horribles días de la ocupación, en que vivíamos sumidos en el miedo y en el terror...

-Dice usted bien –le respondió una vecina- hoy podemos estar tranquilos y hasta divertirnos, por más que la guerra dejó estériles los campos y destruidas las grandes ciudades, y el país quedó despoblado.

-No hay un solo polaco que no haya perdido un familiar o un amigo –se quejó un señor que tenía el pelo entrecano- ¡Somos supervivientes y debemos agradecer a Dios que nos haya conservado el don de la vida! porque vivir es un privilegio ¿No es así?

-La maldita guerra sembró muerte, dolor, odio, luto, desesperación, tristeza, enfermedad y desesperanza –opinó uno de los granjeros.

-¡Eso no! replicó Jerzy, quién a pesar de su cortedad y de estar ocupado tocado el instrumento había seguido el hilo de la conversación y en voz alta añadió: -¡Mientras quede una sola mujer en el mundo habrá felicidad!

Zoska al escucharle se puso seria aunque interiormente halagada y complacida y la señora Urzula anunció:

-¡Tienes razón! Y luego en voz alta agregó: -Pasen por favor a la mesa, el té está servido.

Hanka los fue encaminando tratando de acomodar a todos lo que resultaba imposible pues había más comensales que lugares en la mesa.

Jerzy seguía tocando y cuando terminaba alguna pieza le aplaudían, luego, la mayoría se ocupó de probar los manjares que todos elogiaban.

-¡Señora Urzula, cuanta generosidad! -Decían las dueñas de las pequeñas parcelas.

-No cabe duda de que son ustedes muy amables –opinó uno de los aldeanos a quién Hanka adelantaba un plato con fiambres, queso y rebanadas de carne.

-Nos han sorprendido, pues como nos habían hablado de un té, no nos esperábamos este regio banquete –agregó una señora gruesa mientras se servía ensalada.

-¡Tiene usted un sazón delicioso! –opinó uno de los campesinos más ricos de la región, dirigiéndose a la dueña de la casa.

-Gracias –dijo halagada la señora Urzula- pero es también obra también de mis hijas...

-Ahora seguramente que podremos bailar un poco –dijo una de las amigas de Zoska.

-¡Bailarás conmigo? –le preguntó Zoska al músico.

-De mil amores daría unos pasos, pero entonces ¿Quién toca?

-Allí está Kuba (Santiago) el dueño del acordeón. –señaló Hanka- aunque no es tan diestro como tú...

-No digas que soy diestro –comentó Jerzy- apenas hago lo que puedo.

La reunión se iba animando cada vez más. Las voces y las risas subieron de tono, Zoska que se había alejado unos momentos del músico retornó con un plato rebotante de comida y otro con una porción de buñuelos.

-Deja un momento de tocar y come por favor –pidió a Jerzy

-Pero esto es demasiado –respondió él al ver los platos rebosantes- necesitaría tener muchos estómagos.

-Entonces lo compartiremos tú y yo –dijo Zoska- ¿Te acuerdas cuando nos comíamos la fruta verde?

-¡Claro! –aceptó Jerzy con la más amplia sonrisa- y también de los cólicos que me daban...

-Ahora no te enfermarás porque yo he ayudado a mamá a preparar la comida –y tomando un tenedor puso un trozo de carne en la punta y lo acercó a la boca del músico, Jerzy enrojeció de placer y declaró.

-Entonces, nunca habré probado algo más delicioso.

Eran las doce de la noche y la reunión estaba en su apogeo, Kuba había tomado el instrumento e improvisaba una danza que los jóvenes bailaban entusiasmados.

-Ven a bailar conmigo –invitó Zoska y Jerzy que no sabía dar un paso estuvo a punto de titubear pero comprendió lo inadecuado que hubiera sido negarse y sonriendo respondió a su amiga

-Con gran placer –y luego, como anticipando una disculpa por su torpeza añadió –aunque en verdad no sé bailar.

-Pues aprenderás porque yo te enseñaré. Así estaremos correspondidos, tú me enseñarás a cantar y yo te convertiré en un buen bailarín.

Y Jerzy sonrió entre feliz y avergonzado. Ella le tomó las manos y atrayéndolo lo hizo seguir el ritmo que el músico captó al instante, lo demás consistió en mover los pies e imitar lo que hacía su linda compañera.

Al terminar el baile Valenty (Valentín) un joven aldeano, poseedor de una buena granja que había estado observando la gracia y ligereza de Zoska se acercó para pedirle:

-¿Me permitiría usted un baile señorita?... es decir si no se opone el caballero.

Zoska buscó la mirada de Jerzy como solicitando su parecer antes de responderle y como adivinara en sus ojos la respuesta de su amigo respondió: -con gusto señor pero será uno sólo.

Hanka que había estado observando de lejos la escena aprovechó para acercarse a Jerzy y susurrarle:

-No me has pedido un baile en toda la noche.

-Perdona la descortesía –se disculpó el músico- pero he estado conversando con tu hermana.

-Ya lo sé –dijo ella, Jerzy volvió a excusarse –en realidad como te habrás dado cuenta no sé bailar. –Y la tomó de la mano para iniciar la danza.

Cuando acabó la pieza Kuba puso nuevamente el acordeón en las manos del músico y Jerzy repitió una de las piezas que sabía de memoria mientras Zoska y Valenty bailaban una segunda y tercera melodía, al fin Zoska dio las gracias al granjero y se fue a sentar al lado de Jerzy preguntándole si no deseaba más té o vodka, él lo agradeció añadiendo que había sido la velada más feliz de su vida.

Valenty que tenía fama de fiestero y mujeriego no le quitó los ojos el resto de la noche a Zoska pese a que bailó con todas las muchachas de la aldea, pero ella no le devolvió ni una mirada y continuó charlando con Jerzy haciendo recuerdos y bromeando.

A las tres de la mañana la reunión había concluido y el organista se despidió de los anfitriones dándoles repetidamente las gracias, luego hizo otro tanto con Zoska y puso un beso en la mejilla de cada una de las dos hermanas que salieron a despedirle.

Y cuando salió a la calle le pareció que aquella noche las estrellas se habían acercado a la tierra demasiado.

-II-

Aquella mañana llegó muy temprano a San Roque Agustynka (Agustina) la mujer del boyero Bastek (Batolomé), venía cubierta con un chal intentando ocultar el rostro y acallar los sollozos. Al entrar en la iglesia, hacía un cuarto de hora que había terminado la misa y el padre Tadeusz ya despojado de los ornamentos se hallaba a unos pasos de la puerta conversando animadamente con Jerzy; la mujer se acercó a unos

pasos del sacerdote sin atreverse a hablarle, pero éste alcanzó a percatarse que seguramente pretendía decirle algunas palabras y avanzó unos pasos.

-Buenos días hija –saludó el cura.

Por toda respuesta la mujer empezó a sollozar fuertemente intentando en vano responder al clérigo.

-¿Pasa algo? –preguntó éste al ver que intentaba en vano reprimir el llanto.

-Padre... -balbució la aldeana mientras dos lágrimas se le escapaban y le mojaban el chal.

-¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre?

-Nada... -respondió la mujer.

-¿Por qué ocultas la cara?

-Es que...

-A ver levántate el chal, quiero verte el rostro. Agustynka se levantó un poco la prenda y Jerzy descubrió que traía un ojo medio apagado que estaba sangrante y morado, en tanto que las huellas de varias heridas aparecían esparcidas en la nariz y en los labios que estaban rotos.

-¡Pero qué le ha sucedido? ¿Se ha caído, o la ha golpeado alguien? –preguntó Jerzy asombrado.

-Es que... es que...

-¿Qué te ha ocurrido? –interrogó el cura alarmado- ¡Estás sangrando! Hay que llamar al doctor.

-Es que mi marido... mi marido me ha pegado.

-¿Qué Bastek te ha golpeado? Preguntó Jerzy incrédulo e indignado y exclamó con resolución- Voy a buscar al médico inmediatamente.- Y salió apresurado.

-Espera. Siéntate aquí –intervino el cura muy nervioso- ahora vendrá el doctor pero cálmate, cálmate por favor. Aquí no te pasará nada.

Y fue a llamar presuroso a la hermana que vino a los dos minutos provista de alcohol, algodón, vendas y medicamento, en tanto que el padre Tadeusz traía una humeante taza de té,

-Vamos, bebe esto, te hará bien, ahora mismo te limpiaremos la sangre –agregó mientras empapaba el algodón en alcohol.

-No es uno, sino son muchos golpes que trae –señaló la hermana dirigiéndose al sacerdote.

-Jerzy ha ido por el doctor y no tardarán en venir.

La monja se acercó a limpiarle los labios y pidió a la infeliz que bebiera el líquido que apenas podía pasar, entre el temblor, los sollozos y la tremenda hinchazón de las encías. No obstante al ingerir el líquido pareció tranquilizarse un poco, mientras el sacerdote y la religiosa trataban de serenarla con las mejores palabras.

-Me ha echado de la casa y me amenazó con darme otra golpiza si intento volver –dijo entre un mar de lágrimas..

-¡Cobarde! -dijo el padre Tadeusz colérico y con las mejillas encendidas- ¡Un hombre que golpea a una mujer no merece llamarse tal, ¿Cuándo ha sido esto?

-Esta mañana, Bastek estaba todavía ebrio, apenas había dormido unas horas pues llegó pasada la madrugada y se enfureció porque no le serví el almuerzo con prontitud...

¡Pero no había que darle! No tenía ni siquiera unos pocos zlotys, pues hacia más de una semana que no me dejaba un centavo, pues todo se lo había gastado bebiendo en la taberna de día y de noche.

-¿Cómo es posible? ¿Entonces tú tampoco has comido? –preguntó el cura dirigiéndose con una mirada a la hermana-

-Sólo lo que me dio una vecina y algo que aún me quedaba –refirió la infeliz

En ese momento volvió Jerzy con el médico quién traía la camisa desabrochada, y lucía despeinado y con trazas de haberse levantado hace poco. El galeno examinó rápidamente las heridas y sacó de su maletín una inyección que aplicó en la vena del brazo de la pobre mujer y luego se puso a desinfectar las heridas, entre los quejidos de la víctima que apretaba los dientes para no gritar a causa de los dolores que le producía hasta el más suave roce de los algodones.

-Hay que dar cuenta inmediatamente a la autoridad –urgió el doctor- las heridas no son demasiado profundas pero seguramente dejarán cicatrices.

No, no por Dios –clamó la desdichada- si llegaran a detenerle después me iría peor, pues me tiene amenazada de muerte...

-¡Eso lo veremos! –rugió Jerzy sin poder contener la indignación- Si intenta ponerle un dedo encima se las arreglará conmigo –amenazó en el colmo de la indignación-

A sus gritos acudieron Zoska y Hanka que se habían quedado rezagadas después del oficio.

-¡Si la vuelve a tocar juro por Dios que le haré vomitar los dientes! –dijo el organista.

-No es el caso –opinó el médico- para eso están las autoridades

-No te comprometas. –opinó Zoska-

-Zoska, Hanka ¿Pero estaban ustedes aquí? –preguntó Jerzy sorprendido.

-Venimos de oír misa –respondió Hanka-

-Entonces justificarán mi indignación –advirtió el organista.

-Yo hablaré con Bastek –anunció el padre-

-¡Y yo lo denunciaré! –determinó el galeno indignado.

Tres días después en el sermón de la misa dominical dijo el padre Tadeusz:

“El amor es lo único que salva, lo único que puede vencer el poder de la muerte. El amor sincero y honesto puede construir un puente entre Dios y el hombre, porque sólo amando alcanzaremos el perdón y podremos disfrutar los frutos de la redención. ¡Ay del hombre que se niegue a respetar a una mujer y que olvide que el padre Todopoderoso no hizo a la mujer de su cabeza de manera que pretendiera mandar sobre ella, ni de su pie, de modo que ella se convirtiera en su esclava! Dios, hermanos míos, formó a nuestra madre Eva de la costilla de Adán, para que ella fuera la compañera más próxima y cercana a su corazón...”

Y Jerzy quién había suspendido la música mientras el cura predicaba, empezó a admirar la sencilla sabiduría del padre Tadeusz.

-12-

El otoño estaba concluyendo, no obstante el sol no calentaba y salía tarde, resplandeciendo apenas unas horas por la mañana, las tardes en cambio tenían una espléndida limpidez y las líneas violáceas como esbozos de acuarela se asentaban en el horizonte. Montones de hojas secas caían de los árboles; y en las madrugadas un rocío cristalino empapaba los campos. A la hora del relente soplaba un aire demasiado fresco, que no llegaba a ser absolutamente helado y que acariciando el rostro limpiaba los pulmones.

Poco a poco las aldeanas empezaron a sacar de sus baúles y roperos: chales, bufandas, mascadas y pañuelos que se anudaban en el cuello y les cubrían los hombros, en tanto que los varones se encasquetaban sus gorros de piel de conejo, sus botas altas y sus ropas más gruesas.

El invierno parecía lejano, aunque algunos campesinos con anticipada premura se adentraban en los bosques circundantes en demanda de ramas secas con las que cargaban a sus bestias y venían a almacenarlas a un lado de las estufas y chimeneas de

sus viviendas; los leños significaban calor y una buena provisión garantizaba un hogar cálido oloroso a pino.

Aquellos meses fueron sin duda alguna, el período más feliz en la vida del organista, pues si bien pasaba por las dulces inquietudes de los enamorados, la indescriptible delicia de estar de vez en cuando cerca de la mujer de sus sueños lo llenaba de dicha, por más que no se animaba a hacer sus visitas con demasiada frecuencia, pues temía hostigar a Zoska o molestar a su familia. No obstante sus apariciones en la granja de su amiga constituían los acontecimientos más dichosos de su monótona existencia.

Jerzy era muy bien recibido por la joven y la señora Urzula se detenía un rato para platicar con el músico al que solía preguntarle sobre los acontecimientos de la parroquia. Hanka con disimulo y fingida indiferencia escuchaba a veces las conversaciones de su hermana con el que siendo solamente un amigo tenía todas las trazas de pretendiente, entonces la muchacha que sin ser tan bonita como su hermana menor no desmerecía en simpatía, acercaba comedida una taza de té al visitante, que él agradecía dedicándole una amistosa sonrisa, arrancada de aquel carácter retraído y soñador del artista, cuyas miradas, atenciones y palabras delataban a cada momento al hombre muy enamorado que no disimulaba la adoración que sentía por una criatura tierna y sensible, provista de un alma tan bondadosa que conjugaba con la hermosura física que le valía la admiración de todo el pueblo que la trataba con los miramientos de una princesa. Jerzy que se sentía orgulloso y halagado de ser objeto de la predilección de aquella beldad se mordía las uñas dudando en ser acreedor al privilegio de tratarla tan de cerca, cuando los muchachos de la aldea se perdían por una mirada o su más simple saludo.

Muchas ocasiones mientras Zoska tardaba unos minutos en bajar de su habitación para venir a recibir al que llamaba su mejor amigo, el muchacho se quedaba contemplando en la estancia los retratos de sus antepasados, algunos cuadros lucían escarapelados y hasta manchados con excrementos de mosca, sin que pudiera hallar en aquellos personajes graves, serios, vestidos a la usanza de otra época, el más remoto parecido con su amada.

Pero no todo resultaba tan grato, pues la pobreza de Jerzy era demasiado manifiesta, y en ocasiones llegaba trayendo lo único que podía ofrecer y que significaba su agradecimiento por gozar el privilegio de ser recibido en aquella casa y atendido por aquel ángel sin alas, que era la Zoska de sus ensueños: y le entregaba un ramillete de flores, cuidadosamente elegidas y enlazadas con un trozo de listón; la joven tomaba el ramo agradeciendo halagada el obsequio y corría a buscar un florero, prometiendo que las pondría en su tocador para perfumar su alcoba. Jerzy tímidamente le respondía que ella era mucho más preciosa que todas aquellas flores y que envidiaba la suerte del ramillete que iba a languidecer y aún a morir cerca de ella.

Una ocasión entre la plática, Jerzy le dijo que el amor era la más elevada medida de todas las cosas, pero no se atrevió a declararle que la amaba, por más que sus miradas delataban ese sentimiento que no precisaba de las palabras para manifestarse, y es que su silencio no era sólo motivado por su cortedad, sino porque no encontraba los vocablos para expresarle los sentimientos que guardaba en su corazón y bullían en su mente, luego, más tarde, pensaba que las notas confesarían mejor lo que las palabras no sabían decir, y después de aquellas entrevistas, donde menudeaban sonrisas, miradas, bromas, horas que le parecían breves y fugaces, el músico volvía al siguiente día a su órgano y pasada la hora de la misa, en la que sus dedos recreaban a Bach, insistía en embellecer la melodía que iba a convertirse en el leit-motiv de una sonata que anhelaba poder llegar a ofrecerle a la sublime musa que la había inspirado y a la que veía como la

síntesis de su juventud, de su ideal, de su única ambición que consistía en estar cerca de ella, en beber cada una de sus palabras, en grabar en su memoria cada gesto, cada movimiento, cada centímetro de aquel cuerpo amado que era a su vez el estuche de una joya todavía más valiosa que el más deslumbrador de los diamantes: ¡Su alma!

Entonces escribía nuevos compases que repasaba con una persistencia minuciosa y casi desesperada, revisándolos una y otra vez, inconforme con lo que lograba, porque nada le parecía digno de ella, y nada tampoco lo satisfacía y lo desahogaba, luego, después de algunas horas de trabajo Jerzy salía de San Roque y miraba con ojos soñolientos el cielo buscando entre las nubes las notas que parecían deambular en lo alto y que él a pesar de sus esfuerzos no conseguía atrapar, pasados quince minutos llegaba a su casa y sin hacer demasiado caso del almuerzo caliente que la madre devota le había preparado, iba al viejo piano y continuaba esa búsqueda, que muchas veces le llegó a parecer inútil concluyendo que la armónica belleza no se dejaba fácilmente atrapar y que más bien pugnaba por esconderse, entonces la señora Marysia a cuya intuición de madre no podía ocultarse la inquietud de su hijo, procuraba guardar silencio para que pudiera concentrarse en aquella tarea que si lo llenaba de inquietud, lo sumía en la felicidad de pensar en ella, describiéndola en cada compás y que en resumidas cuentas iba a convertirse en la más elocuente confesión brotada de un corazón humano.

Un día el resultado de tan intenso esfuerzo se vio al fin compensando y la obra estuvo concluida, Jerzy se afanó en escribirla dibujando cada nota; y si bien el artista se sintió satisfecho empezó a pensar seriamente cuando tendría la ocasión y por qué motivo la habría de tocar y entregar a su amada.

-14-

¡Ah! La indescriptible delicia del primer amor, el amor que no habrá de olvidarse nunca, porque se quedó incrustado en el alma con esa persistente tenacidad de una ostra pegada a la roca de una playa, insensible al tiempo, arraigándose más cada vez con la obsesión de las cosas que no quieren irse y que aunque aparentemente creemos olvidarlas en realidad se afianzan más, como las raíces de los árboles que no se delatan y que son tan profundas que ningún viento es capaz de arrancarlas.

A esos recuerdos pertenecen las horas que amamos y que hemos sido amados, las horas breves, huidizas, ganadas al dolor de la vida y que han pasado para que recordemos que también hemos sido felices, aunque sea por unos días, o por unas horas; en las que hemos sucumbido al poderoso hechizo del amor, porque amar no es uncir tontamente el corazón, sino por el contrario gozar la más sublime bendición del cielo.

¡Y el prodigio llegó! Porque en aquellos días Zoska fue el bucólico lirio que brota a la mitad de un valle perfumado, o mejor aún, la graciosa figura que resalta entre el paisaje de una acuarela.

Jerzy se llenó los ojos de ella. Pues los ensayos del coro se hicieron más frecuentes ante la proximidad de la época navideña en la que habrían de ser interpretados himnos y villancicos

Una tarde la joven le propuso que la ayudara a recoger manzanas de los árboles plantados en su granja y que ambos recogieron ayudándose con una pértiga; la cosecha resultó abundante y llenaron tres canastos grandes de frutas que indudablemente fueron a parar al horno de carbón para ser asadas o cocidas y convertirse alternativamente en: puré, strudel, mermelada o ensalada.

Otra ocasión mamá Urzula les pidió que recolectaran un poco de heno con el que habría de preparar el humilde lecho del Salvador del mundo que iba a nacer el 24 de

Diciembre. Zosca y Jerzy se adentraron en los bosques vecinos saturados de pinos, sauces y cedros, como dos chiquillos traviesos armados de una pala y un cesto.

Y un día, el más memorable de todos, cuando terminó el ensayo en el coro de la parroquia, Jerzy y Zosca se quedaron charlando, mientras el resto de las muchachas se despedía; entonces el músico pidió a su amiga que escuchara una sonata que había compuesto para ella. Zosca se quedó de pronto muda de asombro sin saber que responder, pero Hanka se dispuso a oírla y tomó a su hermana cariñosamente por los hombros, Jerzy debió explicarles que la obra había sido escrita para piano, y los tres se trasladaron hasta la humilde casa del compositor, con la consiguiente sorpresa de la señora Marysia que recibió con inmensa alegría a las jóvenes.

El músico abrió la partitura todavía con apuntes a lápiz y colocando las manos sobre el teclado inició el primer movimiento de la composición cuya hermosa melodía cautivó a las jóvenes. Cuando terminó la ejecución Zosca tenía los ojos húmedos y se adelantó emocionada para abrazar a Jerzy.

-¿Y esa música tan bella la has inventado sólo para mí? -Preguntó asombrada-

-Para ti Zoska –respondió el artista y luego reafirmó- para ti que estás retratada en ella.

-Pero yo no merezco eso... –balbució ella con las mejillas encendidas y agregó en voz baja- que te hayas molestado tanto, por qué debe ser muy difícil hacerlo ¿Verdad?

-No tanto, porque en estos días tú has estado cerca de mí –aseguró Jerzy- y porque he puesto todo mi empeño en que te agrade...

-¿Y cómo no habría de gustarme?... ¡Si ya me siento orgullosa!

-¿Y cómo la llamarás? –interrogó Hanka que había permanecido muda.

-Simplemente Zoska –contestó Jerzy- y dirigiéndose a ella añadió: -porque mi sonata llevará tu nombre: y cuando termine de escribirla y hacerle unas pequeñas correcciones te entregaré la partitura dedicada de mi puño y letra

-Gracias Jerzy –dijo Zoska incapaz de expresar con otras apalabras su gratitud- ¡Nunca la olvidaré!

Hanka abrazó a su hermana y repitió la misma frase:

-¡Nunca la olvidaremos!

-15-

Llegó Navidad. La noche máxima del año dominó la aldea. Desde la mañana se percibió una animación extraordinaria. Los aldeanos iban o regresaban del pueblo apresuradamente cargando paquetes que seguramente contenían regalos, comestibles y bebidas para la celebración. Todo el mundo estaba de fiesta y sonreía. Los chiquitines corrían inquietos pensando en los juguetes, dulces y pasteles con los que seguramente serán obsequiados esa noche. En algunos hogares se había instalado el tradicional árbol al que le habían colgado todos los adornos imaginables incluyendo tarjetas, listones de colores, golosinas y en derredor del cual se iban acumulando los presentes.

Las muchachas eran las más afanosas alistando sus más vistosos vestidos, planchando sus blusas, acomodando sus moños y alistando sus adornos con los que pretendían realzar sus encantos, algunas ensayaban nuevos peinados con rizos, trenzas y ondas, otras ponían color a sus rostros empleando los femeninos recursos del maquillaje hachos para gustar, encantar y seducir. Los aldeanos solteros a su vez entintaban sus zapatos, cepillaban sus trajes, y hacían almidonar sus camisas y disponer sus gorros y sombreros para que lucieran como nuevos.

Mientras tanto las amas de casa se encargaban de cocer: pavos, patos y gallinas y terneras, y asar conejos y piernas de cerdo, se freían pescados y patatas y con legumbres y hortalizas se preparaban ensaladas y guarniciones. En los hornos se cocían hogazas de pan y se preparaban: pasteles rellenos, crepas, buñuelos y dulces; no había hogar del que

no se expandieran los exquisitos olores de la cocina polaca y de lo alto de las chimeneas escapaban las oleadas de humo que se dispersaba en la distancia.

Como en todas las navidades hacía frío y las nevadas de las noches anteriores habían dejado sus mantos de nieve que se iba endureciendo, pero la actividad, el entusiasmo, la alegría hacían olvidar los rigores de la estación invernal en la que el termómetro solía rebasar los cero grados, entonces seguramente los muchachos jugarían a construir muñecos y lanzarse bolas de nieve con las manos azulosas que no tardarían en entumirse.

Por la tarde se prendieron las luces en las viviendas y San Roque con todas sus lámparas prendidas y decenas de cirios y velas encendidos lucía como un crisol. El padre Tadeusz, la hermana y una docena de devotas feligreses adornaban los altares, ponían flores, limpiaban imágenes y atendían con solicitud especial los detalles del nacimiento en los que iba a lucir la figura del divino niño acostado en su sencillo lecho de heno y calentado por el cálido vaho de los bueyes, ciervos, asnos y borregos y rodeado por su corte de angelitos rubios que no sentirían frío en su desamparada desnudez.

Jerzy por su parte no cabía de gozo y agradecía la generosidad del buen sacerdote que le había mandado confeccionar nada menos que un magnífico traje nuevo, aderezado con una camisa de pechera y una corbata roja de moño, que se anudaba ante el espejo de su modesto hogar mientras la señora Marysia lo contemplaba arrobado, jurando que su hijo era el chico mejor de la aldea. Este por su parte había regalado a su madre un chal nuevo y se afanaba en los últimos detalles de la partitura que puso dentro de una carpeta en cuya pasta había impreso un bonito paisaje; y como esa misma noche había de entregarla a Zoska se afanaba en discurrir bonitas frases para una dedicatoria sin decidirse por ninguna, y optando finalmente por estampar solamente su firma y atravesar el cuaderno con un listón rojo. Madre e hijo habían sido invitados al hogar de su amiga para disfrutar la cena de nochebuena que tendría lugar después del concierto y de la misa de media noche.

A las diez en punto, Jerzy se presentó en San Roque y poco a poco fueron llegando las integrantes del coro femenino al que habrían de unirse las voces de algunos varones. Zoska y Hanka llegaron las últimas, y el músico aunque realmente no tenía ojos sino para Zoska, se portó como un galante caballero y elogió la belleza, el atuendo y los peinados y adornos de las dos hermanas, recibéndolas con un beso en la mejilla.

A las once de la noche la iglesia estaba tan repleta que no cabía un alfiler, entonces el padre Tadeusz sonriente y de buen humor anunció a sus fieles la actuación del coro parroquial, ponderando la creación y el esfuerzo del joven organista de la parroquia que esa noche había de dirigir y acompañar las melodías navideñas que serían el anticipo de la misa de media noche.

Al anuncio del buen sacerdote todos enmudecieron y después de los solemnes acordes del órgano se escucharon las voces sopraniles de las jóvenes que interpretaron las tiernas melodías con las que se arrullaba al hermoso niño que bajaba del cielo para redimir a los hombres y mujeres de todo el mundo; el cura había advertido que era permitido aplaudir dentro del templo y los fieles complacidos ni tardos ni perezosos premiaron entusiasmados cada intervención; y al final unidas las voces de los hombres todos cantaron el “Gloria in excelsis Deo” entre los majestuosos acordes del organista que puso todo su mejor empeño en el lucimiento. La ovación resultó muy nutrida y las coristas felices se abrazaron, felicitándose unos a otros y jurando que aunque tuvieran que estudiar mucho, estaban dispuestos a preparar otro concierto. Jerzy caballeroso repartió felicitaciones y recibió besos de las chicas y apretones de mano de los jóvenes. con los mejores ornamentos dio principio a la misa a la que todos asistieron con sincera

devoción, aunque los chiquillos pensando seguramente en que se acercaba la hora de saborear los dulces y golosinas que los esperaban en casa anhelaban vivamente que la ceremonia concluyera, deseo que se cumplió cuando el clérigo dio la bendición, entonces todos los fieles abandonaron la iglesia y Jerzy y su madre se encontraron y fueron a saludar al sacerdote quién había tenido que acceder a la invitación de una familia; madre e hijo se despidieron no sin que antes el buen cura los bendijera recordando a Jerzy que a la mañana siguiente que habría de celebrarse la misa a las diez de la mañana acudiría el señor obispo, cuya visita sería aprovechada para hacer algunas confirmaciones. Para esa misa, respondió Jerzy, el coro interpretaría un canto religioso que esperaba agradaría al prelado.

Pasada la una de la mañana Jerzy y Marysia se presentaron en la casa de sus anfitriones que los recibieron con los brazos abiertos, si bien Zoska con los puños de las manos en las caderas riñó al músico preguntándole: -¿Por qué llegas tan tarde?- y luego dirigiéndose a ambos recalcó: -¡Los estamos esperando! – el joven se disculpó como pudo y fueron a saludar a Don Ralfow y a la señora Urzula que felicitaron al músico por el bello recital que fue una agradable sorpresa para todo el pueblo, la señora Marysia besó largamente a las niñas, como ella llamaba a Zoska y Hanka elogiando su hermosura y luego fueron a estrechar la mano y a recibir y dar abrazos a los comensales que hablaban, reían y brindaban sin parar.

Jerzy consideró que el momento era propicio para entregar a la señorita Zoska su modesto recuerdo navideño y solicitó la anuencia de sus honorables padres.

Don Ralfow comentó complacido: -Ya me han enterado de que compuso usted una “canción” para nuestra Zoska, lo que viniendo de un joven talentoso como usted no sólo nos agrada a Urzula y a mí, sino que nos honra.

Zoska recibió la carpeta emocionada y orgullosa.

-Es lo único que sé hacer –dijo Jerzy disculpándose... -y agregó- ya encontraremos la ocasión de que la toque para ustedes.

-Le ha encantado a mi hoja –declaró la señora Urzula.

-Y ha sido un buen detalle... -comentó Hanka.

Todos aplaudieron y Don Ralfow brindó con el compositor, mientras la señora Marysia que no acostumbraba el licor bebió un vaso de agua de frutas conversando animadamente con Doña Urzula.

En esos momentos se apareció Valenty repartiendo saludos, abrazos y apretones de mano toda la concurrencia, Jerzy no fue la excepción. El galán se detuvo ante los anfitriones y desparramando simpatía saludó a Hanka y a Zoska que le correspondieron con amables sonrisas.

A veces los hombres al igual que ciertos animales presienten la avalancha del peligro y del dolor, el músico al observarlo sintió que el mundo temblaba tras de él, y no pudo evitar que lo apabullaran su aplomo, su seguridad, su natural altivez, su gesto audaz, es decir las cualidades que concede el dinero; porque no había duda que aquel seductor debía sus éxitos mundanos a su desahogada situación económica, si bien también tenían algo que ver su simpatía y cierto aire de buen muchacho que emanaba de toda su persona.

Entonces sucedió lo inesperado. Valenty sacó del bolsillo de su gabán un estuche que sin más preámbulos y con una amplia sonrisa y escogidas palabras lo ofreció a Zoska:

-Señorita, permítame rogarle que acepte este humilde presente...

-Señor –respondió ella desconcertada- agradezco mucho su atención... pero no puedo...-y consultó con los ojos a sus padres y al propio Jerzy.

-Se trata solamente de un modesto recuerdo por la Navidad –insistió Valenty- una pequeña atención de amigo de esta casa que me honra en recibirme.

La señora Urzula intervino en ayuda de su hija.

-Qué apreciamos mucho señor Valenty, sólo que mi hija no está acostumbrada... ¿Comprende usted? Somos unos granjeros ignorantes que no estamos habituados a las finezas de la gente de la ciudad.

-Yo soy también uno de ustedes –rectificó Valenty- nací aquí y aunque he tenido oportunidades de visitar Varsovia, Praga y otras capitales importantes, soy hijo de esta aldea y por lo mismo respetuoso de sus costumbres, pero la tradición permite en esta fecha recibir y ofrecernos recuerdos de unos con otros.

-Siendo así –terció Don Raflow dirigiéndose a su hija- no veo inconveniente en que lo aceptes.

-Es algo muy sencillo –aclaró nuevamente Valenty- y confío que a la señorita le agrade aunque no sea digno de ella.

Zoska confusa tomó temblorosa el estuche mientras su rostro iba de una extrema palidez a los colores más encendidos

Hanka curiosa al ver que su hermana titubeaba abrió el estuche y no pudo menos que contener la admiración. ¡Era un hermoso collar!

-Pruébeselo usted –insistió Valenty animando a Zoska.

Hanka lo puso en el cuello de su hermana.

En ese momento no podría saberse si el collar realzó la belleza de Zoska, o fue la hermosura de la aldeana la que hizo resaltar al collar.

-

-16-

Jerzy bajó los ojos, sintió que temblaba y que había palidecido. Se mordió brevemente los labios, trató de sonreír aunque la risa resultaba tan convencional que parecía que se le había incrustado indefinidamente en la boca.

Los comensales curiosos se acercaron para ver la joya, elogiando el buen gusto de Valenty, Zoska que ni siquiera le había dado las gracias tratando de evitar portarse grosera murmuró quedamente:

-Señor... aprecio mucho su obsequio- y se desprendió del collar volviéndolo a su estuche.

-¿Señor? ¿Pero qué no nos hablábamos de tú? –preguntó Valenty- nos conocemos hace mucho tiempo.

Zoska lo miró ofuscada.

-No que yo lo recuerde ahora señor Valenty...perdonará pero estoy tan confusa...-

Mientras tanto se habían terminado de poner todos los manjares sobre la mesa y la señora Urzula y su hija mayor Hanka invitaban a los concurrentes a tomar sitio. Zoska tomó el brazo de Jerzy y casi al oído le dijo con dulzura:

-Ven a probar el salmón y el esturión ahumado...

Don Raflow invitó a Valenty.

-Ahora tenga a bien honrarnos –le dijo señalándole un lugar en la mesa.

Valenty sonrió y dio las gracias con una inclinación.

-Siempre es un grato acontecimiento disfrutar el honor de cenar en su casa Don Raflow, en la aldea tiene fama no sólo de ser hospitalario, sino de que su mesa es muy vasta y con platillos muy bien preparados.

-Ese no es mérito mío –contestó Raflow, halagado en su vanidad de pequeño propietario- sino de mi mujer quién es verdaderamente una excelente cocinera.

-He ido aprendiendo –confesó la señora Urzula- cuando me casé no sabía ni freír un huevo.

Don Raflow llenó las copas de vino y las ofreció a sus amigos mientras se dirigía a su esposa muy complacido - Pero ahora eres la mejor cocinera del pueblo... y además cuentas con dos ayudantes muy eficientes –añadió refiriéndose sin duda a sus hijas- que espero saldrán como tú... -y en voz alta dirigiéndose a todos los concurrentes agregó: -Bueno, pero antes de cenar, digamos Azdrow!

–Azdrow! Repitieron todos. Valenty tomó la copa y anticipándose al primer trago la chocó con su anfitriones y como se hallaban cerca con Doña Urzula Hanka, Zoska y Jerzy.

-¡A la salud de todos! ¡Y Feliz Navidad! –Brindó Valenty y los demás siguieron su ejemplo.

El buffet no podía ser mejor. No sólo por la diversidad de platillos, pasteles, dulces y frutas, sino porque todo aparecía estupendamente adornado con flores y motivos navideños.

Zoska tomó un plato y sirvió una porción de todo y luego lo acercó a Jerzy-

Come –le dijo- imagino que después de todo el trabajo que has tenido esta noche estarás hambriento.

-Gracias Zoska- contestó Jerzy tomando el plato.

-Yo te acompañare –dijo la joven y al ver en frente a la señora Marysia añadió: Madrecita querida, tiene que probar de todo...

-Necesitaría tener tres o cuatro estómagos niña Zoska-

Hanka vació vodka en todas las copas y Don Raflow volvió a brindar y a beber una segunda ronda de vodka Valenty alargó su copa a Zoska y brindó sonriente.

-¡Por su felicidad señorita Zoska! ¡Qué sea usted inmensamente dichosa en el año que está tan próximo!

-Gracias –respondió la joven- lo mismo le deseo –y mirando a los ojos a Jerzy agregó: - Porque sigas componiendo música bonita...

Jerzy respondió galante:

-¡Cómo mi musa!

Y los brindis alternaron con los manjares que todos elogiaron y disfrutaron.

Madre e hijo regresaron a su casa casi al amanecer.

-17-

Había caído nieve y la láctea blancura se había apoderado de las calles y los tejados, como la evocación de una tarjeta navideña. La nochebuena había terminado, demasiado feliz para ser cierta; pero para Jerzy esa noche en la que ella se había manifestado más dulce y cariñosa que nunca, esa noche que él le había entregado lo único que poseía: su música, en la que le había hablado con ese lenguaje que no precisa de las palabras para confesar los sentimientos y que a través de las miradas es el más elocuente, el infeliz organista vivía el primer dolor de su vida. Regresó con su madre inmensamente triste y silencioso, si bien cuando llegaron a su humilde morada, la señora Marysia que lo atribuyó al sueño y cansancio de su hijo comentó animosa:

-Gracias hijo mío por haberme llevado disfrutar esa reunión, en la que me he vuelto a sentir muy orgullosa de ti, al constatar cuanto te quieren y con qué placer te reciben. No cabe duda que eres muy estimado por esa familia y por todas sus amistades, que no cesaron de felicitarte por tu labor en San Roque y tu trato gentil, cualidad que heredaste de tu pare, que era simpático y cordial y caía bien a todos.

-Qué bueno que te has divertido un poco madre querida, después de todo, sales tan poco y son tan escasas tus alegrías que al menos una vez has asistido a una velada agradable. Ahora debemos descansar porque dentro de unas horas me llama la obligación, pues el padre Tadeusz oficiará la misa de Navidad a las diez de la mañana.

-A la que concurriré seguramente.

-Entonces duerme aunque sea estas pocas horas. –sugirió el joven poniendo un beso breve sobre la mejilla de la anciana y se alejó con prisa, la inmensa premura de estar solo, es decir con sus pensamientos.

Apenas entró en su cuarto encendió una luz amarillenta, tuberculosa y se dejó caer en el lecho.

-¿Pero es que tengo yo derecho –se preguntó- de sujetar a esa noble muchacha a una vida miserable como la que llevo? ¿Es que sería lícito casarnos para traerla a vivir en este cuchitril sufriendo todo género de privaciones, a mal comer, a mal vivir, a vestirse de andrajos o a vivir a expensas de la benevolencia de su padre? ¿Es que podría llamarse justo, que en nombre de mi amor, de mi inmenso amor, que sería más bien de mi egoísmo, la condenara a vivir en la miseria por más que la quiera, que la ame hasta la adoración y que no viviera más que por y para ella? ¿Sería eso realmente amor? arrebatarse su porvenir, privarla de las comodidades a las que está acostumbrada, y arrastrar a compartir el pedazo de pan que el buen padre Tadeusz pueda darme? ¿Con que recursos podría alimentarla, vestirla, atenderla si se llegara a enfermar, si apenas dispongo de lo más urgente y necesario?... ya padece mi pobre madre bastantes privaciones a las que ha terminado por resignarse, sin atreverse a dirigirme jamás el más mínimo reproche, conformándose con mi mediocridad, pues a no dudarlo seguramente más de alguna vez pensó que su hijo al volverse hombre podría mejorar su situación, su vida de viuda menesterosa, cediéndome muchas veces la poca comida que podemos conseguir... yo al menos, tengo la música, que ha sido toda mi pasión, pero ella... ¡Pobrecita! Hoy ha sido la única vez que ha comido algo mejor, algo que no eran las insípidas verduras u hortalizas, el trozo de carne de discutible calidad, el pan correoso... ¡Nunca nada decente! ni siquiera una cinta para sujetar sus canas... entonces, traer a otro ser para pasar una vida igual, traer a esa dulce joven tan bondadosa y desinteresada, tan leal a mí, pese a que nunca le he dicho una sola palabra de amor, traerla a esta alcoba fría, mal amueblada, sería no sólo monstruoso sino criminal; y aunque adivino que de esa alma noble y elevada nunca saldría un reclamo ¿Me lo perdonaría yo? ¿Podría vivir en paz? ¿Y qué podría hacer, si sólo se tocar el órgano y el piano? y aunque mi patrón pusiera más remiendos a su sotana nada sería suficiente...y entonces ¿Qué dirían sus padres? ¿Me seguirían estimando u optarían por sostenerla o mantenernos a los dos! ¿Y la gente, que pensaría de mí por tener a una mujer la más hermosa de la aldea en la miseria? los que hoy me respetan terminarían por despreciarme... no estoy habituado al trabajo del campo y lo peor, no tenemos tierra, tal vez Jendrzzej pudiera ayudarme, le escribiría, pero no podría pedirle un compromiso... así que no puedo ni pensar siquiera en un noviazgo arriesgando un futuro incierto, aunque la voluntad de ella y la mía fueran dar la cara al infortunio ¡No se puede vencer al destino!...tal vez a ella ahora le parecería fácil, pero ¿Y después? Si llegáramos a tener un hijo ¿Qué sucedería? ¿Con que íbamos a arroparlo, si el único traje decente que poseo lo llevo puesto?... entonces... si verdaderamente la amo y deseo lo mejor para ella y es sincera y honesta mi adoración y son buenos mis sentimientos, antes de que ella se ilusiones debo retirarme... si retirarme antes de que la buena oportunidad de Valenty se evapore...

Al decir esto, le pareció que la luz temblaba, que había llegado la hora de cumplir con uno de los más dolorosos deberes de la vida: ¡La renuncia! Le pareció que Zoska debería irse de sus sueños, aunque espiritualmente continuara más presente que nunca, porque él jamás dejaría de amarla, porque estaba seguro de que siempre la seguiría adorando con fidelidad inquebrantable, entonces descubrió que en el mundo hay seres que han nacido para amar sin aguardar nada, para sufrir, aunque no lo delaten, ocultando como los leprosos del Evangelio la herida que roe secreta y silenciosamente las entrañas, y que él había nacido predestinado para ser uno de ellos.. En cuanto a

Valenty, al rival ¿No era acaso un buen partido? Un hombre joven que aunque no tuviera los intensos sentimientos que él albergaba, podría llegar a enamorarse, si es que seguramente ya lo estaba y hacerse amar de Zoska y al final cuando estuvieran ya casados, hacerla feliz, porque afortunada o desgraciadamente a la dicha no la hacen solamente las intenciones o los sentimientos, los versos o las sonatas apasionadas, sino las buenas cosas de la vida, las que se obtienen con dinero, y que significan bienestar, tranquilidad, el tener hijos sin temor de recibirlos y verlos crecer y educarlos para lograrles una existencia grata... y en cuánto a él ¿Qué podría pretender o esperar? Nada que no fuera la soledad, sólo tener que amortajar sus recuerdos, sepultar las alegrías de esa noche, la noche más feliz de su vida; también tendría que privarse de verla, mucho menos de dejar entrever las razones de su conducta; se conformaría con encontrársela alguna vez, la vería cuando fuera al templo y él alcanzara a mirarla desde su alto sitio, o cuando viniera a ensayar en el coro y él pudiera llenar sus ojos y su corazón con la luz de su presencia, pero aún quedaba una difícil tarea no revelar a nadie, ni aún a su madre su tristeza, el motivo de su determinación, no soltar las lágrimas, no permitir que lo traicionara la angustia, que lo delatara ni tan siquiera una mirada, por más que ello implicaría cuidarse sobre todo de Hanka cuya inteligencia e intuición descomunales podrían descubrir su secreto, que ella, a no dudarlo podría llegar a entenderlo y hasta a perdonarlo, porque Zoska, la mujer de sus sueños que seguramente también lo amaba también sufriría ignorando la verdadera causa de su alejamiento. Pero aún así, por nada debería renunciar a su determinación, porque ello equivaldría a tener que despreciarse.

El organista se levantó de su humilde lecho sin haber dormido ni un minuto, debía prepararse para recibir con música el nacimiento de Cristo. Seguramente se congregaría una nutrida concurrencia como en la noche anterior y el padre Tadeusz pronunciaría un sermón elocuente; y aunque sintió un agudo dolor en el pecho herido por su determinación, las lágrimas no acudieron a sus ojos y el llanto se apagó en lo más recóndito de su alma. ¡Todo pasará como pasan las cosas! –murmuró para sí mientras se disponía a abandonar su vivienda.

A pesar de ser Navidad, el amanecer había traído un alud de oscuros nubarrones, poniendo en la mañana un tono gris. ¡Era la sombría hora en que se despertaban y se liquidaban las ilusiones!

La señora Marysia que se había levantado ya, le detuvo:

-Hijo, bebe una taza de té caliente, te hará bien. Las nubes reventarán en un rato y comenzará a llover –anunció mientras se detenía a mirarlo, entonces descubrió que en los ojos del muchacho se había impreso una dulzura triste, como la reminiscencia de un crepúsculo- ¡Hijo! ¿Qué tienes? ¿No has conseguido siquiera descansar un poco?

-Ya dormiré más tarde madre querida –respondió el joven- dando un sorbo a la humeante taza que la anciana le ofrecía. El trago caliente le calentó el estómago, pero la confesión se coaguló en sus labios, el grito mudo no alcanzó el aire y dándole las gracias emprendió el camino a San Roque, mientras pensaba que a veces debajo del agua mansa fluye la mejor corriente.

-18-

A partir de aquel día en que hubo tomado la más dramática resolución de su vida, al organista de San Roque se le fue imprimiendo en los ojos, en los labios, en las mejillas una honda tristeza, la tristeza de lo irreparable; entonces poniendo a prueba su hombría mordéndose los labios se prohibió llorar, pues sobre todas las cosas temía al ridículo y no deseaba por nada del mundo exhibir su cobardía. Aunque romántico temía a la cursilería sintiendo que aún en medio del dolor era preciso actuar con dignidad, y la dignidad consistía en el silencio, en no disminuir su trato amable y en seguir sonriendo, aunque su risa fuera la forzada mueca de un actor, así continuó su amistad con Zoska

imposibilitado de cortarla o menguarla, por más que detrás de aquella aparente serenidad se debatía un intenso amor frustrado, una ilusión truncada y una vida cercenada hecha pedazos. Jerzy tenía horror de ser descubierto y se había propuesto irse retirando poco a poco de ella, escaseando sus visitas y regateando al coro los ensayos que cancelaba con el pretexto de tener que ir al pueblo. Una vez invento que la razón de suspender la clase era que se sentía mal, pero el remedio resultó peor que la fingida enfermedad, pues no sólo las coristas, sino particularmente Zoska y Hanka al verle tan desmejorado insistieron en que debería acudir al médico, amenazándolo con llevarlo ellas mismas y si no conseguían que fuera a consulta lo obligarían o harían que el propio galeno lo visitara. El organista debió condescender y el doctor diagnosticó con verdadera sabiduría que si bien el físico estaba libre de ninguna enfermedad, no así el espíritu al que roía alguna preocupación, Jerzy impresionado de la sagacidad del doctor aseguró que no le ocurría absolutamente nada, pero resultó tan burdo el engaño que el galeno le aseguró que al final todos los problemas tenían solución, porque nada se quedaba para siempre y que al final todo se resolvía y entonces sin duda se constataba cuan innecesario había sido arruinar la salud con las preocupaciones; Jerzy se guardó de responder y salió del consultorio portando una receta que prescribía un calmante nervioso, asegurando a sus amigas que no le pasaba nada, y si bien consiguió engañar a Zoska, no fue lo mismo con Hanka que todavía no se explicaba la causa de aquella melancolía profunda e insondable, que al menor descuido lo delataba. Mientras tanto la nieve hizo a los caminos fangosos, las azules lejanías de las colinas chaparras se volvieron niebla blanca o casi gris y a finales de Enero llegaron las aguas nieves y las temperaturas por debajo de cero, ello dio pretexto al músico para cancelar los ensayos hasta que mejorara el tiempo, aunque en el fondo lo que buscaba era terminarlos para siempre, evitando así el tener que encontrarse con Zoska pues temía que al acostumbrarse demasiado a su compañía, cuando llegara el momento de la separación definitiva los recuerdos acumulados lo harían sufrir lo indecible, y el sólo pensarlo lo atormentaba anticipadamente a tal grado que abandonaba con frecuencia su rincón en San Roque y pese al frío y hasta la ventisca, se iba a deambular entre la niebla. Entonces concluía que en la vida al final todo termina siempre arruinándose y muriendo, todo menos el verdadero amor para el que el tiempo no contaba y que en lugar de extinguirse con la ausencia de la amada, parecía retoñar cada día. Al volver de sus recorridos en que veía caer la nieve sobre los tejados se auto consolaba con la certeza de que al menos la seguiría amando durante toda su vida, es decir mientras conservara aquella sombría existencia a la que había de llamar de alguna manera.. Con las botas sucias por el lodo y la humedad y las hojas secas pegadas al borde de los pantalones, regresaba paso a paso a su casa presa del más agudo de los dolores: el de la soledad. En la humilde morada al menos había calor y la señora Marysia lo aguardaba pacientemente hurgando entre los tupidos velos de niebla la llegada del hijo adorado, dando a Dios gracias cuando al fin se aparecía, entonces le anunciaba el almuerzo caliente preparado con los ingredientes de los que él solía gustar, por más que el infeliz muchacho que había perdido el apetito, saboreaba un gusto amargo en la lengua y en el paladar. A veces cuando no tenía que regresar a San Roque el hijo cariñoso daba las buenas noches a su madre, que extrañaba su plática y su compañía, mientras que él silencioso se metía en su cuarto para pasar despierto las largas noches invernales con sus silencios y melancolías mientras degustaba la agridulce voluptuosidad de la tristeza que sólo alteraba el ladrido de un perro que olfateaba la proximidad de algún lobo demasiado atrevido, o el paso de un carro arrastrado penosamente sobre la nieve blanda que al día siguiente se volvería fango y que cruzaba, lo que propiamente no podía llamarse calle, sino un camino de tierra y de hielo. Otras veces oía el silbato del tren que se le figuraba como un aullido

desesperado. Una noche se abandonó a la avasallante necesidad física de verla, de recibir la ternura que había en sus miradas y seguro de que su madre dormía, y era imposible satisfacer su anhelo, cedió a la tentación consoladora de las lágrimas, pero luego, de pronto se sintió cobarde y llevándose al dorso de la mano a los ojos se despreció a sí mismo. El llanto no era de hombres, por más que aquel desahogo de estudiante, aunque le trajo una mayor confusión espiritual lo hizo sentirse mejor y un sollozo largo fue interrumpido por el crujido de algún mueble, o el gemir de la persiana de la ventana que salía sin ningún motivo, hasta que la raya de luz debajo de la puerta anunció la mañana y el deber. Al presentir el día sintió vergüenza, tal si la física luz secara con reproches su primer llanto de amor. Llegó a San Roque temeroso de que los pocos aldeanos madrugadores que asistían a la misa mañanera descubrieran que había llorado e intentando evadirlos corrió hasta la escalera que conducía al órgano, la cual se lo tragó. Arriba al menos se sentía menos vulnerable, aunque en alguna ocasión lejos de tocar durante el oficio las partituras religiosas plenas de exquisiteces lánguidas que hablaban el lenguaje místico de Dios, desparramaba los torrentes de su inspiración donde el amor imposible se expresaba en lastimeros acordes que no velaban las tormentas de su alma y que a no dudarlo ahuyentaban horrorizados a los ángeles que recurrían a sus alas de polluelo a medio emplumar para huir lejos de aquellas mundanas melodías que hablaban de la pasión humana en lugar de exaltar la gloria de Dios, aquellas músicas no eran las plegarias humildes, que como inquietos pajarillos que mendigan las migajas de las huesudas manos de un anciano, sino el irrespetuoso reclamo a la divinidad, por haberlo traído al mundo poseído de esa naturaleza enfermiza tan susceptible a la pasión y al sufrimiento, a la soledad y al infortunio.

Una vez la perspicacia del psicólogo intuitivo que poseía el padre Tadeusz pareció despertarse, pero adivinando el sufrimiento de su colaborador, aunque ignorante de la causa, lejos de dirigirle el menor reproche intentó ahondar en su alma y descubrir la causa de su desesperación y como Jerzy reincidiera en otras ocasiones, el sacerdote incapaz de preguntarle la causa que le abrumaba se concretó a seguir tratándolo con su habitual benevolencia, esperando que algún día terminara por confesarle el motivo de sus inquietudes y pensando en que a lo mejor, aquellas improvisaciones debían tener un valor artístico, le dejó caer en alguna de las breves pláticas que sostenían una frase que se grabó en el alma del organista: “Los hombres mueren, pero si sus obras tienen el sello de la genialidad, siempre continuarán vivas”... Jerzy pensó largamente en ello, mientras deambulaba por la helada vastedad de los campos.

-19-

La nieve había empezado a disolverse y las patas de los caballos se hundían en el lodazal, los amaneceres se habían vuelto grises y en ocasiones las bocanadas de aire helado se estrellaban en las ventanas agitando las cortinas. Zoska y su hermana fueron a visitar aquella helada tarde al organista y envueltas en sus abrigos, chales y mascadas se adentraron en San Roque que lucía sombría, con apenas una lámpara roja encendida a un lado del tabernáculo y una luz que pendía del techo iluminando el presbiterio, haciendo parecer al templo como boca de lobo

-Ya ves? Te lo dije -cuchicheó Hanka a su hermana que se persignó y había avanzado unos pasos. Entonces escucharon, como un tenue murmullo el órgano y volviendo los ojos hacia arriba divisaron un tímido resplandor amarillento proveniente de una pequeña lámpara. Zoska hizo una señal a su hermana y ambas se introdujeron en el hueco de la escalera sin hacer ruido, apenas llegaron arriba encontraron al músico clavado sobre el amarillento teclado del instrumento rosándolo apenas con los dedos, algún pequeño ruido o más bien la intuición de que alguien se acercaba lo hizo volver la cabeza encontrándose con Zoska que le sonreía.

-¡Zoska! –exclamó sorprendido.
-¡Jerzy! –respondió ella.
-Hemos pasado a saludarte –aclaró Hanka.
-¿No te interrumpimos? –preguntó Zoska y sin esperar respuesta agregó:-Perdona si te distraemos pero será sólo por un momento.
-No en absoluto –dijo el muchacho- y gracias por haber venido en esta tarde tan friolenta y se levantó comedido para acercar dos sillas de tijera sobre las que solían sentarse las coristas -¡Qué gusto verlas! pero siéntense por favor.
-Cómo tú ya nunca nos visitas hemos venido a saludarte –aclaró Zoska-
-Perdónenme pero he estado tan ocupado... –respondió retorciéndose las manos.
-Mamá me ha preguntado por ti varias veces y le hemos dicho que casi te obligamos a que fueras a ver al médico ¿Te sientes mejorado? .preguntó Hanka –
Sí y muchas gracias por preocuparse por mí; y por favor llévenle mis saludos a su mamá.
-Lo haremos con mucho gusto –contestó Zoska- ¿Y tu madre? ¿Cómo se encuentra la señora Marysia?
-Bien a Dios gracias, ella también les envía recuerdos –aclarándome- cuando veas a las muchachas... y Don Raflow ¿Cómo está el señor?
- ¿Mi padre? ¡Muy contento! Tú sabes que es muy aficionado a los caballos y Valenty le ha regalado un caballo muy fino de color miel y ahora lo cuida como a la niña de sus ojos y creerás que hasta quisiera tenerlo dentro de la casa, pero ante la oposición de mamá ha debido conformarse con arreglarle un pesebre que es tan blando y cómodo como si se tratara de una de nuestras camas. –refirió Zoska-
-Es un soberbio animal, inteligente y dócil, aunque al principio debió extrañar a su primer amo que según nos ha platicado lo vio nacer y lo crió con todos los miramientos posibles –comentó Zoska
-Pues qué bonito regalo- reconoció el organista.
-Valenty y mi padre sean vuelto muy amigos – y ahora nos visita frecuentemente -refirió Zoska- Por más que sus visitas me aburren mucho
-¿Por qué? –preguntó Jerzy-
-No le dejan tiempo para leer sus novelas –explicó Hanka-
-Las lecturas me trasladan a otros mundos.
-Igual que a mí –reconoció Jerzy- en eso nos parecemos.
-Ahora hemos de pasar la velada con la visita –añadió Hanka-
-¿No es divertido? – interrogó el organista- me pareció que se trataba de una persona agradable-
-¿Te pareció? –preguntó Zoska picada- cuando lo viste por primera vez creí que pensabas todo lo contrario.
-Bueno, en realidad apenas le conozco...es bien difícil definir a una persona cuando ni siquiera se la ha tratado un poco...
-Insiste en un noviazgo conmigo –declaró Zoska en tono de queja, tal si la insistencia del granjero en lugar de halagarla la contrariara.
Jerzy palideció, pero logró contenerse y alcanzó a musitar:
-Supongo qué tiene buena posición y excelentes relaciones.
-¡Y a mí eso que me importa! No me gusta que me acose...
Jerzy había ido demasiado lejos e intentó suavisar sus palabras.
-Bueno, es que eres una joven muy hermosa –dijo suspirando el músico
-Tú me encuentras así...
-Tú lo sabes, y no lo menciono sólo como amigo.
-¿Cómo amigo? –interrogó Zoska-

-Cómo buen amigo –repitió Jerzy- y finalmente un noviazgo no es casarte.
-¡Eso es claro! –convino la joven y titubeando preguntó- ¡Y tú?... si me llegara a casar...
-Te desearía todo lo mejor. Es bueno tener una familia.
-Pero no lo amo.
-Ya lo llegarías a querer. –dijo Jerzy cruelmente- imagino que al vivir con una pareja todo cambia.
Zoska se puso más pálida que aquella desventurada tarde.
-¿Y tú? ¿Nunca has pensado casarte?
-Francamente no. Deseo dedicarme a lo mío y una mujer me distraería.
-Yo creí que sería todo lo contrario si amaras a alguien efectivamente.
-El amor es absorbente. Y yo no deseo comprometerme por ahora –dijo Jerzy a punto de soltar el llanto.
-Pues yo sí lo haré- dijo Zoska enojada, y lo hubiera abofeteado si los ojos del organista no le estuvieran diciendo lo contrario.- pero gracias por el consejo de amigo... ya veo que eso soy para ti: ¡Una amiga!
-Más que eso Zoska, mucho más... ¡Eres una hermana!
-Bueno pues como amiga, o eso que tú dices, ya te hemos quitado el tiempo bastante. --
-No digas eso por Dios, Tú amable visita es para mí lo mejor de este día.
Zoska se levantó intentando disimular su disgusto.
-Bueno, pues te dejamos –intervino Hanka- es hora de regresar y no tardará en nevar.
-Cuidense mucho –encargó Jerzy en todo de súplica y dirigiéndose a Zoska le rogó- No vayas a pescar un resfriado –y le extendió la mano.
Zoska no se atrevió a rechazarla y Jerzy volvió a tener entre las suyas por unos segundos, aquellas manos de duquesa donde se transparentaban las venas.

-20-

Zoska abandonó San Roque entre los vientos de la duda y de los celos. Aunque Jerzy jamás le había hablado de amor, sus miradas, su trato, sus gestos más mínimos denotaban que la amaba y ella había creído en ese amor y a su vez se había enamorado, aguardando que un día el organista se declarara y pidiera su mano y se casaran, porque a decir verdad ella estaba dispuesta a seguirlo y de hecho la bella sonata que le había escrito era un testimonio de sus sentimientos, luego, de pronto, él se había ausentado y sin darle ninguna explicación convincente se escudaba en la amistad, empujándola a que aceptara al que lejos de verlo como a un rival, le alababa su dinero y sus relaciones. Hanka mucho más ecuánime y objetiva tratando de serenar a su hermana que caminaba a su lado le pidió:

-Háblame tal si estuvieras pensando en voz alta.
Zoska bajó los ojos y miró a las puntas de sus zapatos, mientras intentaba romper su silencio preñado de pensamientos en los que alternaban el enojo y la desesperación. --- Seguramente ha encontrado a otra mujer que quizás esté esperando un hijo suyo... - murmuró-aunque ciertamente reconozco que como lo ha dicho, nunca hubo más que una buena amistad entre nosotros, pero sus miradas, su música, su humildad significaban más que amor adoración. ¡Todo era una mentira! ¡La comedia de un hipócrita!... ¡Y yo, yo fui tan ingenua que me ilusioné! Y creí que el amigo de mi infancia iba a ser el hombre de mi vida, dedicado a mí, amándome cada día... y demasiado ingenua ese pensamiento me hacía sentir dichosa, ahora me reprocho el haber caído en el engaño, al que él también ha contribuido y entonces la dicha que soñaba ha huido como el agua de un lago que se filtra por la tierra.
-Pero si Jerzy nunca te había hablado de un noviazgo como tú misma lo reconoces... - objetó Hanka

-No estoy ciega. –protestó Zoska.

-Ciertamente hay algo extraño en su actitud, pero por ahora necesitas más la paz que la verdad.

-Lo que quisiera es embotar mis sentimientos, olvidarme de esta tontería romántica.

-Después de una meditación profunda y serena, decidirás lo que te haga sentir mejor – aconsejó Hanka-

-No me gustan los mentirosos.

-A veces detrás de una envoltura aparente se esconde como un diamante enterrado en la tierra, un alma noble y pura -argumentó Hanka.

Las hermanas llegaron a la granja y como era de suponerse encontraron a Valenty que aparentemente conversaba con animación con Don Raflow a quién el muchacho solía entretener con su plática sobre caballos, campo, cosechas y viajes, aunque lanzaba de vez en cuando una mirada furtiva por si Zoska se aparecía; cuando la vio llegar se levantó inmediatamente como un caballero educado y puso un beso respetuoso en las manos de las dos hermanas. Zoska le alargó la mano y le deslizó una media sonrisa que contrastó con la fría sequedad de otras ocasiones. Las muchachas después de besar las mejillas de su padre se fueron, Hanka a la cocina donde su madre preparaba el té y Zoska que en otras ocasiones casi huía de su pretendiente decidió sentarse en la sala a escuchar lo que su padre y el señor Valenty -como le llamaban- tenían que decirse, fingiendo atención a la plática, recordó que cuando el muchacho se iba, ella se retiraba a su cuarto a pensar en Jerzy intentando traducir las notas de la partitura de la sonata.

Vaenty el buen mozo, de tez quemada por el sol, el pecho ancho, los brazos musculosos y las manos grandes y fuertes, se quedó encantado de percibir aquel cambio increíble y extremó sus atenciones solicitando la opinión de la joven que escuchaba con comedida atención.

Una semana después la joven aceptó el noviazgo propuesto por Valenty que Don Raflow respaldó gustoso, si bien la señora Urzula instó a su hija a que lo meditara un poco más, pero ella le respondió que aún no se comprometía a nada más y que sólo concedía una oportunidad, como una prueba, y aunque en su cuarto a solas lloró lo que casi consideraba una traición del músico, a Valenty le aclaró: que le concedía el noviazgo siempre y cuando se encaminara al matrimonio, respuesta que a Valenty le agradó pues sus intenciones eran sanas y su vanidad de conquistador se reafirmaba.

-21-

Como una turba de pájaros que vuelan cuando presienten la tempestad así huyó la paz en el ánimo del organista. Hasta entonces cierto pudor le había obligado a guardar las apariencias, ahora ya no disimulaba la tristeza, y si bien continuaba cumpliendo con su obligación, se habían vuelto parcas sus palabras, mientras el cuerpo se le iba adelgazando tal si la vida se le escurriera día con día. La señora Marysia a quién a su corazón de madre no podía estar oculto el pesar de su hijo intentó en vano ofrecerle algún consuelo, y al fin desistió de todo empeño y se concretó a respetar su silencio, disimulando su sufrimiento que no deseaba sumar a los pesares de su hijo. No obstante en aquellos últimos meses de invierno Jerzy conservó en medio de la más negra melancolía la vida en sus ojos y en sus manos que todas las tardes pasaban suaves, casi fantasmales, sobre el teclado del órgano, donde el infeliz músico se refugiaba en medio del austero y monacal silencio poblado de los santos que no hablaban y que con la mirada perdida en la delectación mística ignoraban sin duda los estragos de los afectos humanos.

Su pasión era el aniquilador delirio que liquidaba la paz. Agotado por las noches en vela que se le habían vuelto cada vez más largas, el infeliz músico sufría la más cruel de las soledades: ¡La ausencia de la que amaba! Y ahogando la vaciedad de las semanas se clavaba en su instrumento al que arrancaba delicadamente, como en sordina, algunos sonidos que más bien parecían sollozos. Un día el chismorreó de los aldeanos le sopló la noticia de que Zoska ya era la prometida de Valenty y de que se les veía con frecuencia pasearse juntos haciendo indudablemente proyectos para casarse, mientras que en la propiedad de Valenty se realizaban a toda prisa cambios, adaptaciones y hasta la construcción de una morada amplia y confortable, que sin duda despertaba la envidia de los habitantes de la aldea, porque él se llevaba a la más hermosa de las muchachas casaderas y ella se veía colmada de todas las comodidades y tal vez hasta de lujos y caprichos.

Lentamente se inició el deshielo y la primavera se fue expandiendo, el sol empezó a alumbrar los días, se comenzó a calentar la tierra y en el cielo las nubes fueron descubriendo paulatinamente la magnífica gama de azules que eran como una promesa de vida, la hierba fue brotando y los árboles que antes exhibían sus ramajes vacíos, se fueron poblando con las pequeñas hojas que preludiaban inequívocas, las excelencias de un follaje que más tarde serviría como seguro resguardo del calor que proclamaba la benevolencia de Dios. Los cirrus caminaron por el cielo indiferentes y veloces, pero Jerzy atado a su pena continuó clavado en el órgano padeciendo como un Tántalo la inmensa necesidad de verla aunque sólo fuera de lejos y un fugaz instante.

Pero el destino no quiso concedérselo y debió contentarse con algunas visitas de Hanka que subió al coro para saludarlo en dos ocasiones y a la que tímidamente preguntó cómo estaba la familia, y cómo se hallaba Zoska, Hanka le puso la mano en el hombro y le respondió que todos estaban bien prometiéndole dar sus recuerdos a su hermana, luego se despidió, instándole a que se cuidara y que procurara abandonar un poco su trabajo y salir a distraerse un poco.

-Ya se siente la tibieza de la estación –anunció- Deja ese agujero y sal al campo a respirar el aire que llena de oxígeno los pulmones y el espíritu de optimismo.

–Gracias Hanka –le respondió él- prometo seguir tu recomendación, y agradezco mucho tu visita.

Entonces ella sospechando la tremenda soledad del músico agregó al despedirse:

-Y por si te llegaras a sentir solo, recuerda que siempre tendrás en mí una buena amiga...

Jerzy no le respondió, pero tomando su mano puso un beso donde condensó su gratitud.

-22-

La luz precursora del amanecer anunció el nuevo día. Era la primavera que muy de mañana esparcía una tibieza tan agradable que animaba a madrugar. El campo alimentado con la humedad del deshielo era un derroche de verdura adornado de flores, la hierba en algunos lugares rebasaba la cintura y el sol cual un disco dorado nacía en medio de las montañas y llenaba de luz el firmamento que ostentaba los tonos de un enorme lapislázuli; en medio de aquella euforia alimentada por el trino de cientos de pájaros y el arrullar de las palomas se oyó el graznido una oca en mitad de un arroyo, entonces el dolor, el dolor que vence, pareció que se volvía más benigno, o sería que Jerzy había empezado a amarlo dominado por esa voluptuosidad masoquista inmersa en los hondos desfiladeros del alma. ¡Ah si no amara! En medio de su insignificancia, de su miseria podía al menos disfrutar la tranquilidad y quizás hasta ser dichoso. El baño tibio lo había reanimado y el desayuno al que le había añadido fruta de la estación y un par de blanquillos frescos le dieron ánimos para emprender el camino a su trabajo entre

tallos de girasoles y de dalias, porque ahora en lugar de las leprosas paredes los muros cobijaban hermosos parterres, y media docena de patos nadaban en una pequeña laguna luciendo la impecable blancura de sus plumajes y el coral de sus patas.

Jerzy llegó a San Roque a tiempo de acompañar la misa, el padre Tadeusz lo encontró un poco más animado y ambos charlaron un buen rato mientras el vicario se despojaba de los ornamentos. Pronto la hermana le anunció al cura que el chocolate estaba servido sobre la mesa, cuando aparecieron en la puerta de la sacristía Zoska y Valenty que pedían hablar con el cura. Jerzy se puso más blanco que el mantel imaginando a lo que venían. Y no se equivocó. Los novios solicitaban que se cursaran amonestaciones y se fijara la fecha de su boda, el padre accedió gustoso y la hermana anotó en un libro los días en los que se habría de publicar la solicitud de casamiento, El sacerdote ignorante de la pasión que consumía al organista, no percibió la penetrante mirada que Zoska dirigió a su empleado saludándolo con un ¡Hola Jerzy! Que el sintió descender al fondo de su alma. ¡Hola Zoska! Respondió tomando tembloroso la mano que le ofrecía, ¡Era la última vez que estrecharía aquellos dedos con la voluptuosidad devota que se recibe una caricia! En esos momentos Jerzy supo que si él hubiera pronunciado una sola palabra ella hubiera deshecho el compromiso, pero se mantuvo firme, dispuesto a llegar al fin por el bien de su adorada, aunque debiera sufrir por el resto de su vida. La hermana escribió los generales de los solicitantes y el organista se retiró despidiéndose de la pareja. El cura les previno que lo que Dios ataba en la tierra, atado quedaba en el cielo y les aclaró que en el tiempo que duraran las amonestaciones tenían todavía una oportunidad más de reflexionar.

-Lo hemos pensado bien padre -se adelantó a responder Valenty- y con la bendición de Dios y la suya realizaré mi anhelo... es decir nuestro anhelo.

El cura los despidió y la hermana les recomendó traer los documentos indispensables.

La pareja abandonó el templo. El padre reflexionó y concluyó que Jerzy y Zosca estaban enamorados, aunque la joven hacía esfuerzos por disimularlo, pues se adivinaba su inclinación por el músico. Tadeusz habría deseado conversar con el músico, pero Jerzy había abandonado la iglesia y pisaba cabisbajo un prado donde crecían algunas margaritas pugnando por contener el caudaloso río de las lágrimas. Zoska se iba completamente de su vida y era seguro que no la volvería a ver jamás, entonces pensó que las rosas con toda la condensación de su belleza, bajo sus pétalos esconden las espinas que hieren cruelmente no sólo las yemas de los dedos, sino las fibras más sensibles del corazón.

-23-

El aire primaveral arremolinó las hojas de los árboles y volvió a sentirse el suave sopor del campo, el cielo cual una inmensa bóveda azul iluminó el paisaje y los pájaros cantaron en los muros de la granja de la novia. Todo sonreía, apenas ayer se hubo celebrado la fiesta anticipada de la boda (rospleciny) y los intermediarios (Swaty) que fueron a pedir la mano de la novia a quién han obsequiado vodka, brindaron repetidas veces por la felicidad de la pareja que al siguiente día habría de desposarse en una ceremonia que seguramente se apegaría a una tradición casi medieval. Todo ha sido alegría y optimismo Don Rafflow echó la casa por la ventana y Valenty ha traído de Varsovia el más suntuoso traje de novia que se haya visto.

La ceremonia del matrimonio prometía ser solemne y los festejos inolvidables, pero para Jerzy fue uno de los peores días de su existencia. Por la mañana con pasos medidos y vacilantes se dirigió a San Roque a cumplir con su trabajo. En vano la señora Marysia insistió que su muchacho aceptara algún alimento, el organista rehusó el desayuno y apenas consintió en llevar a su estómago una taza de té. A su llegada al

templo el padre Tadeusz lo instruyó detalladamente del ceremonial, en el que el vicario investido de una capa dorada y ayudado por dos monaguillos que lucían albos sobrepellices sobre las sotanas rojas, procedería a unir a los novios que habrían de formar una cristiana familia..

Jerzy deseó que lo hubieran excluido de participar en tan penoso cometido mediante la participación de un suplente pero ante la imposibilidad de encontrar otro músico en la región debió sujetarse a cumplir el inexorable deber; y apenas recibió las instrucciones del clérigo se dirigió a la escalera del caracol para subir al coro, pero en el camino se topó con Hanka que vestida con lujo y propiedad lo saludó cordialmente y a un par de pasos con la misma Zoska que luciendo como una princesa de cuento de hadas aguardaba en la puerta el momento de penetrar a la iglesia al lado de su padre, la belleza de la joven cegó al infeliz enamorado que con una breve mirada llenó sus ojos y su corazón con aquel rostro que aunque lucía tímido y serio irradiaba una espléndida hermosura,, no obstante en ese breve encuentro en que los dos coincidieron, el organista percibió que en la sonrisa que ella le prodigaba había alojada una partícula de tristeza que no ocultaron las largas pestañas y que no disimulaba su semblante triste impropio de una desposada. Zoska no era una novia feliz y Jerzy sintió en su interior un profundo remordimiento.

-¡Buenos días Jerzy! –lo saludó ella,

-Buenos días y felicidades –le respondió él..

Y Zoska descubrió en la dulzura con que Jerzy la miró el profundo dolor que debía estarle taladrando el alma; ello la tentó para renunciar a última hora a casarse con un hombre que aunque no carecía de guapura, no amaba y lo peor aún, seguramente nunca llegaría a querer, pero se contuvo, pensando que ya era demasiado tarde para echarse atrás, pues ello daría ocasión a un terrible escándalo; entonces vieron llegar al presbítero que custodiado por sus dos acólitos venía en busca del cortejo nupcial para conducirles a los pies del altar de Dios, mientras el infortunado organista ejecutaba con los dedos temblorosos y las lágrimas a punto de reventarle en los ojos la marcha nupcial de Félix Mendelssohn Bartoldi.

La novia tomó el brazo de su padre y caminó al lado de Doña Urzula simulando con trabajos una calma que estaba muy lejos de sentir y que contrastó con la gallarda sonrisa de Valenty que dedicó una leve inclinación a la nutrida concurrencia que le miraba con simpatía y admiración.

Don Rafter y su esposa no cabían de gozo y fueron seguidos por las madrinas a cual más linda y graciosa, portando: velas, libro, rosario, arras y lazo con los que habrían de unir a la pareja apenas el sacerdote los declarara marido (ryszard) y mujer.

Apenas se situaron frente al altar se dispusieron a participar con particular devoción al santo sacrificio de la misa, entonces el organista ejecutó una música que retrataba sus recuerdos y melancolías.

Luego llegó el momento del Evangelio y el cura refirió la asistencia del Divino Maestro a las bodas de Canán, cuando a instancias de su madre realizó su primer milagro: convertir el agua en el vino más delicioso que haya degustado el paladar humano y a continuación procedió a efectuar el rito matrimonial solicitando la asistencia de las madrinas, luego preguntó a los novios si estaban dispuestos a jurar ante Dios guardar amor y fidelidad en la enfermedad o en la tribulación toda la vida y si habían venido voluntariamente a solicitar la bendición de Dios, Valenty contestó con un sí contundente y afirmativo que se oyó por toda la parroquia pero Zoska respondió con un murmullo leve preñado inseguridad y vacilación, Tadeusz los bendijo declarándolos esposos y los novios se dieron los anillos matrimoniales, mientras los lazos los unían y las arras doradas tintineaban. Zoska más pálida que nunca advirtió que lo hecho, hecho

estaba y que ya no había medio de echarse atrás. Tadeusz los previno de los sorprendentes avatares de la vida invitándolos a soportar unidos y con amor las procelosas tormentas, instándolos a ser fieles uno al otro y a recibir gustosos a los hijos que Dios designara, y a continuación prosiguió a continuar con la misa, entonces Jerzy quien sintió en el estómago la profundidad de su tragedia dudando si verdaderamente su sacrificio cumplió cabalmente con su propósito de contribuir a la felicidad de la que amaba, reprimiendo el llanto que le inundaba los ojos tocó el leit-motiv que engarzaba la sonata que escribió para la adorada musa de sus sueños, Zoska al escucharlo se estremeció y por más que pugnó por ocultar la intensa emoción que le recorrió cada centímetro del cuerpo y del alma, dos lágrimas se le escurrieron de los ojos y fueron a parar al pequeño misal blanco que mantenía abierto. Valenty a quien no pasó inadvertida la emoción de su esposa sintió de pronto que el aguijón de los celos atravesaba su pensamiento y cuando estaba casi a punto de recibir la comunión lo distrajerón los más disparatados pensamientos; decididamente aquel rascateclas se interpondría siempre en su felicidad y Zoska continuaría amándolo aunque le hubiera jurado serle fiel; entonces rogó a Dios que lo perdonara y se olvidara de sus agravios y su gran misericordia, borrara las cuentas pendientes, trayéndole la paz y la ventura, tan necesarias en su accidentada vida de aventurero. A la comunión de los recién desposados siguió la bendición y ya declarados esposos desfilaron nuevamente hacia la puerta entre los fuertes acordes del órgano. En el atrio los jóvenes recibieron abrazos, felicitaciones, sonrisas, parabienes, deseos de ventura, de larga vida, de felicidad y de hijos sanos y hermosos como sus padres, por más que en medio de aquel alud de buenos deseos Zoska pensaba que en esos momentos el organista de San Roque más solitario que nunca, debía estar llorando en su rincón, con el alma rota y el corazón transido y se volvió a preguntar qué motivo tuvo para retirarse.

Don Raflow entretanto recordó a los asistentes que eran esperados en su granja para el festejo al que se añadiría baile y juegos artificiales.

Entonces Hanka se escapó de aquella multitud y subió apresuradamente al coro donde el organista guardaba sus partituras más pálido que un muerto.

-Jerzy –le dijo- espero que nos harás el favor de acompañarnos al banquete donde son esperados tú y tu madre.

-Gracias por recordarme tan amable invitación, iré siempre que pueda...

-Hanka lo miró adivinando la tragedia del infeliz muchacho, entonces con voz baja le preguntó:

- ¡Por qué lo hiciste Jerzy?...Dime la razón, a mí que soy tú hermana tal y como lo soy de Zoska.

Jerzy la miró a los ojos y le respondió avergonzado:

-Hay veces que lo único que podemos hacer por el bien del ser que verdaderamente amamos es hacernos a un lado...

-Pero –susurró Hanka- alcanzando a medir el tamaño de su sacrificio aunque todavía sin lograr vislumbrar el motivo.

-¿Qué no ves que soy un miserable? ¡Un pobre músico que apenas tiene un pedazo de pan que llevarse a la boca!

-¡Jerzy! –respondió Hanka mientras un sollozo sintió sacudirle hasta la última fibra del alma y consternada por la nobleza de aquel hombre que empezó a sentir que ya lo amaba, bajó apresuradamente las escaleras de caracol y reteniendo las lágrimas fue a mezclarse con la concurrencia que ya encaminaba sus pasos a la granja donde les aguardaba el más suntuoso banquete de bodas.

Hanka se unió con los novios y madrinas y en coches y a caballo fueron encaminándose a la granja donde los anfitriones y su servidumbre había instalado una mesa larga para cuarenta comensales y otras más pequeñas para acomodar al resto de los invitados, si bien las puertas de la granja se abrieron para acoger a los más pobres de la aldea que fueron calurosamente recibidos y quienes se congratulaban de aprovechar la ocasión de satisfacer sus paladares con los más delicados bocados que muy pocas veces podían disfrutar, rociados generosamente con vodka blanco y rojo, cerveza y refrescos de frutas para los abstemios.

Todos fueron a felicitar a los novios, colmando de elogios a la novia que lucía realmente maravillosa y que sonriente agradecía los cumplidos, aunque en el fondo los presidiera una incontenible tristeza. ¡Ah, si el esposo fuera Jerzy cuan dichosa se sentiría! Pero el destino le había deparado un hombre que amable y comedido procuraba comportarse todo lo gentil que un enamorado puede ser.

Apenas reunidos los padres, parientes y amigos más próximos se iniciaron los brindis y con ellos la repetición de las felicitaciones, los parabienes y hasta algunas bromas inocentes que desataban la alegría; pronto uno de los más animosos comensales solicitó un aplauso para los contrayentes y estos fueron ovacionados con desbordante y estruendoso entusiasmo.

El vodka halagaba los paladares, resbalaba ligero en las gargantas y caía bienhechor en los estómagos. Valenty sabedor de que su esposa no era muy adicta a las bebidas fuertes, brindó con ella con champagne y ambos bebieron en la misma copa acompañados de toda la concurrencia.

Don Raflow que gustaba de la bebida nacional levantó su vaso y dijo en alta voz: ¡Hija por tu felicidad y por qué Dios los bendiga a ambos, y les conceda hijos sanos y fuertes y vivan por muchos años!

-¡Por los nuevos esposos! –corearon todos.

Zoska dio las gracias mientras Valenty estrechaba veinte manos tendidas alargadas al mismo tiempo. Fue entonces cuando Hanka se acercó al oído de su hermana, y aunque sonriente traía pintado en el rostro el encuentro que había tenido con Jerzy cuya tristeza la había contagiado; plenamente identificadas las dos hermanas que jamás guardaban ningún secreto entre ellas, permitió que Zoska adivinara la tragedia del músico en el pesar de su hermana, quién con una elocuente mirada le susurró quedamente:

-¡Por qué Dios te mande su paz!

A poco se presentaron los sirvientes portando fuentes y charolas con arenques ahumados que todos arrebataron con verdadera glotonería pues la bebida les había despertado el apetito y como si aquello fuera una señal convenida, se empezaron a dispersar los olorosos enjambres de las empanadas, fiambres, jamones, quesos y carnes de lechón, conejo, gallina y ternera recién horneada, así como fuentes de buñuelos, de pasteles, de frutas como esmaltadas muy bien escogidas y de dulces a cual más tentador y delicioso, los comentarios no se hicieron esperar y alguien pidió una ovación para la señora de la casa, bajo cuya tutela seguramente se había preparado tan opíparo festín, fue entonces cuando se apareció el padre Tadeusz disculpándose de la tardanza pues había debido atender algunos asuntos de la parroquia, los novios y sus familiares lo recibieron con finas cortesías y Hanka le preparó un platillo con todos los más deliciosos manjares, que el buen clérigo agradeció, Zoska inquieta le preguntó por el organista y el sacerdote obligado a mentir, le presentó las más amplias disculpas de su colaborador, explicando que su madre, la señora Marysia se había sentido repentinamente indispuesta; Valenty comedido y con deseos de agradar a su esposa

preguntó si podían ayudar en algo solicitando al doctor que por cierto se hallaba a dos pasos que visitara a la enferma, pero el clérigo respondió que se trataba de un malestar pasajero y que su hijo ya le había administrado el medicamento necesario, pero sus palabras se perdieron entre los sonidos de la música producida por una orquesta que iniciaba su actuación con una mazurca que se interpretó con violín, acordeón, tambor, bajo y flautín. No faltó quién se interesó más en la danza que en la comida y pidió a los novios que iniciaran el baile, a lo cual accedieron a los acordes de un vals campesino (obertazys) el flamante marido tomó a su compañera por la cintura y empezó a marcar con los pies los compases de tres por cuatro con gracia y gallardía, lo que valió otra tanda de aplausos. La animación aumentó cuando los músicos engolosinados por las felicitaciones y los aplausos tocaron las danzas andadas (cujaunor) que pusieron en movimiento no sólo a los jóvenes sino a todos los asistentes; el baile se animó a tal grado que a las once de la noche todo el mundo continuaba comiendo, bebiendo y bailando. La orquesta solicitó un receso que fue muy bien aprovechado con comida y bebida suficientes para que sus integrantes repusieran las fuerzas; y una vez satisfechos los maestros que sin duda buscaban unas horas extra fuera del tiempo previamente contratado, se volvieron a sentar frente a sus atriles iniciando esa danza vertiginosa y lánguida que se llama oberto, y el baile continuó hasta pasada la media noche, en que los novios seguramente fatigados se escurrieron sigilosamente y como la gente continuara incontenible Don Rafter anunció que todos estaban invitados para el poprawny, que es una comida que se ofrece al día siguiente de la vida, lo que dio lugar a un alud de alegres exclamaciones y otra tanda de vivas y de aplausos.

-25-

Los novios se van de viaje- alcanzó a escuchar Jerzy que comentaba Eliszwieta (Elizabeth) a su prima Kasia (Catalina)

-Imagínate si tendrá dinero el marido, después de esa boda...

-Ella lo merece. ¡Se veía tan guapa!

-Eso es tener buena suerte – convino Kasia.

El músico pasó de largo y entró en San Roque y fue a instalarse en su rincón del coro como de costumbre. Levantó la tapa del órgano pero se quedó pensando en la ausencia de su amada; y al día siguiente muy de mañana se dirigió a la estación para verla partir, aunque el temor de ser visto le hizo permanecer lejos del andén; una tupida arboleda le sirvió de escondite y allí aguardó a que la pareja se presentara, lo que sucedió bastante tarde cuando ya el convoy anunciaba su llegada, los novios llegaron muy de prisa seguidos de un criado que portaba dos maletas. Jerzy clavado en el oculto follaje meditó horrorizado que si ella no regresaba iba a perecer de pena, pues al menos allí en la aldea tenía el consuelo de que el mismo cielo los cobijaba y aunque fuera de lejos y de vez en cuando podía verla pasar o entrar en el templo para oír misa los domingos.

El silbato sonoro del tren coreado por el insistente repicar de las campanas anunciaron la salida, rubricada por el penacho de humo blanco que se esparcía en el cielo, Jerzy sintió en el estómago la más honda tristeza, pero de pronto un canto desafinado y disparejo que coreaba una docena de aldeanos lo distrajo. Era el Cmiel, la melodía de despedida que entonaban los amigos alegremente al pie del vagón, al escucharlo Jerzy puso en su semblante compungido una leve sonrisa que se fue esfumando conforme el tren iniciaba la marcha. ¡Ah! Qué hubiera dado por unirse al coro y gritarle que se divirtiera mucho y retornara feliz con un baúl lleno de golosinas y chucherías, pero ni siquiera a eso podía aspirar y un minuto más tarde el tren era sólo un

ruido lejano que se iba ahogando en el horizonte y la luz roja del último vagón un punto que apagaba la distancia.

Pronto los amables aldeanos se dispersaron y entre voces y risas volvieron a su rutina: el trabajo, el campo, el establo, el gallinero, la conejera, el mercado. Entonces el organista lanzando su última mirada a la estación que se había quedado vacía, sumido en una mansa resignación emprendió sus pasos a su refugio, pensando en que sólo le quedaba Dios y que por ello debía vivirle agradecido, porque vivir sin Él no sólo sería absurdo sino tremendo y tormentoso. En el camino recogió algunas piñas (syski) caídas de los pinos altos, el día se anunciaba claro y tibio pues la naturaleza ignoraba las penas de los hombres. ¿Qué sabían las flores del campo de que aquel montón de fierros rodantes se había llevado entre alharacas de vapor lo que más había llegado a amar en la vida? Cuando llegó a la iglesia la encontró vacía, el padre Tadeusz se había ido al pueblo y la hermana le ofreció una taza de chocolate caliente que el muchacho aceptó, sintiendo que el líquido lo reconfortaba, y le dio las gracias disponiéndose a subir las escaleras.

-Maestro –le dijo la monja- el padre ha rogado mucho por usted y estoy segura de que Dios le devolverá la serenidad.

-Gracias hermana –murmuró Jerzy y fue a instalarse en el coro.

¿Cuántos días trascurrieron? ¡Quién sabe! Zoska regresó y los nuevos esposos fueron a habitar su casa nueva. Hanka solía venir con frecuencia a visitarlo y algunas veces le traía recuerdos de Zoska que él agradecía con el alma. Un día el párroco que lo trataba como a un camarada le confesó:

-La vida suele arrebatar nos nuestras ilusiones, nuestros más caros ideales, y la adversidad nos hace creer que Dios nos ha abandonado, pero cuando estamos a punto de derrumbarnos el amor de Cristo nos salva.

Jerzy no le respondió pero al igual que todas las tardes arrancaba al órgano sus notas suaves, como en sordina, intensamente dulces.

La primavera se fue esfumando y el verano volvió a traer las lluvias y bajo los cielos mugrientos el río se desbordó y las noches se volvieron oscuras alumbradas apenas por la intermitente luz de los relámpagos que alternaban con los rugidos sordos de los truenos como nacidos de un abismo tenebroso. En ocasiones llovía un buen rato, pero luego el cielo se despejaba, salía la luna y todo parecía cambiar, entonces él aprovechaba esas pausas para regresar a su casa en donde la señora Marysia arrodillada con todo su ser imploraba al Cristo de la Misericordia que se apiadara de su hijo, aunque cuando lo veía aparecer en el dintel de la puerta lo recibía con una sonrisa tan amplia que le iluminaba las canas. Jwrzy siempre le traía una bolsa de dulces o alguna fruta de la estación y ella agradecida le echaba los brazos al cuello; una vez encontró a Hanka que había hecho una buena amistad con su madre, y no sabiendo que hacer para agradecerle su compañía repartió entre ella y su amiga, un ramo de flores empapadas de lluvia.

-26-

Por esos meses cuando la época de la siega iba a comenzar y con la ayuda de la hoz se recolectaban de las tierras labrantías los frutos de la espiga, de la alfalfa, de la cebada, la avena y el centeno, una tarde ocurrió lo inesperado. Jerzy y Zoska se encontraron en la tienda de comestibles, a toda hora atestada de clientes que iban a proveerse de cuanto necesitaban.

Zoska fue la primera que divisó al músico y fue hasta él tendiéndole la mano para saludarlo.

-¡Hola Jerzy! ¡Qué gusto encontrarte!

El organista se volvió verdaderamente sorprendido.

-¡El gusto es para mí! –respondió conmovido por la inmensa alegría de poder mirarla.
-Hace tiempo que no nos veíamos –comentó la joven- aunque siempre le pegunto a mi hermana por ti y te envío mis saludos con ella.
-Muchas gracias por recordarme Zoska, yo también le pido que por favor te haga llegar mis recuerdos.
-Qué recibo con mucho agrado... pero cuéntame ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?
-preguntó impaciente aunque el pálido semblante de Jerzy era la más elocuente respuesta.
-Bien, ¡Gracias a Dios! ... ¿Y tú?
-Ya lo ves –respondió apenada- vamos pasando....
Ambos eran sinceros y ninguno era feliz. ¿Pero es que acaso los humanos hemos venido al mundo para ser felices? Jerzy tragó saliva e intentando ser amable y cortés afirmó:
-Te ves muy bien y como siempre muy guapa.
-¿Te parece? –preguntó ella- el embarazo me ha traído muchas dificultades.
Jerzy intentó disimular que percibía la hinchazón de cinco meses en su vientre
-Lo siento en verdad; y debes cuidarte mucho, ojalá y pronto pase todo y tu primer hijo te traigan la merecida recompensa....una niña que se te parezca y llegue a ser tan hermosa como tú.
-Los médicos me han asegurado que será un varón –dijo ella resignada- pero yo sólo desearía que ojalá llegara pronto lo que Dios tenga a bien disponer.
-¡Ojalá! –repitió Jerzy-
-¿Y tú? ¿Cómo va tu música? ¿Has compuesto otras obras?
-No por ahora. Pero espero que tal vez más adelante saldrá alguna otra cosa...
-No alguna cosa, sino algo maravilloso, igual a lo que me hiciste a mí. ¡Me gustaría tanto que lo repitieras y me lo volvieras a dedicar y no lo supiera nadie más que yo!...
-Lo intentaré Zoska... lo intentaré con mucho gusto...
-Y si lo grabas y yo pudiera escucharlo me halagaría saber que todavía te recuerdas de tu antigua compañera de juegos y de travesuras.
-Todavía Zoska, todavía es y será siempre.
-Ahora tengo que dejarte. ¡Cuídate mucho por favor!
-También tú... ¡Y que Dios te bendiga!
-Qué nos bendiga a los dos. –respondió Zoska y se dirigió al mostrador a liquidar la cuenta de las mercancías que un criado había ido acomodando en un canasto grande, luego, mientras abandonaba el local las profundas miradas de ambos volvieron a encontrarse aunque con brevedad, temiendo siempre que la menor indiscreción diera que hablar a la gente que con aparente indiferencia de los demás, parecía ocuparse de sus asuntos. Zoska abordó el auto donde el criado había colocado la compra, y Jerzy al verla partir medio levantó un brazo para decirle adios. ¡Adios Zoska! ¡Adios amor! ¡Adios la más amada de las mujeres! ¡La más deseada! ¡La más imposible!.

Jerzy apretó la bolsa que contenía los modestos encargos de su madre y salió del establecimiento triste, cabisbajo, tratando de retener la imagen adorada, de acaparar los ecos de su voz de entre las sombras, de grabar en su mente y en su corazón las huellas de sus pasos y buscando ansiosamente la soledad para recordar cada una de sus palabras, eligió el camino más largo para volver a casa, y desde el fondo de su corazón dio a Dios gracias por el inmenso bien que le había concedido, como una prueba inequívoca de su bondad, de la divina compasión que conocía de su soledad... por más que en medio de su infortunio, su inmenso amor por ella estaba intacto; y mientras caminaba entre los plantíos y el aire otoñal le refrescaba la mente, se quedó pensando en el pedimento de Zoska: una balada, una sonata, o acaso un vals que titularía: “Dwa serduszka! (Dos corazones)

Un frío polar se adueñó de la aldea. Las nubes convertidas en una bruma terrosa transformaron el firmamento en una inacabable bóveda gris cuyo espesor incalculable suspendido sobre la región, la envolvió en un denso velo.

De vez en cuando el viento aullaba encajonado en las solitarias callejuelas. El aire se quejaba en las ventanas, gemía detrás de las puertas y lanzaba su onda fría como un alud de puñales entre las hendeduras.

En la aldea había un silencio tal si todos los habitantes estuviesen dormidos o hubieran muerto y sólo en algunas granjas iluminadas por amarillentas luces había señales de vida.

Como a las seis de la tarde empezó a caer una llovizna, que era más bien el hielo que se había ido aguando paulatinamente y que convertido en gotas que caían en los canelones provocaban un sonido acompasado como si el cielo llorara y sus lágrimas sucias provinieran de la helada galaxia donde residía la tristeza.

La campana de San Roque había llamado con su reiterada puntualidad al rosario, pero aparte de la media docena de enlutadas viejas rezanderas cuyas plegarias eran el único consuelo de sus vidas miserables, nadie había acudido y las ánimas deben haberse quedado aguardando la plegaria de los vivos. El padre Tadeusz pronunció con voz monótona y cansada las cincuenta ave-marías que alternaron las respuestas gimientes de las menesterosas pedigüeñas, luego dijo la letanía y después de una breve intervención musical dio la bendición con el Santísimo; él clérigo también sentía frío y una vez que se hubo despojado de los ornamentos en la penumbra de la sacristía, fue a refugiarse en su curato donde al menos encontraría algo de calor y si la monja no se había recogido, una taza de té o de chocolate que le habría de acompañar mientras leía la dramática historia que culminaba con el suplico de algún mártir.

Un viejecillo medio jorobado que por una cuantas monedas de cobre y la comida sobrante desempeñaba a veces la tarea de sacristán, apagó las dos velas que chisporroteaban lanzando su luz tuberculosa en cada extremo del altar, así como los cirios de ofrenda que a la mañana siguiente cuando se abrieran las puertas del templo se volverían a encender iluminando el sonriente semblante de la Virgen vestida de blanco y azul pero dejando encendida la lámpara roja a la derecha del tabernáculo.

San Roque se quedó sombrío y el organista mientras abandonaba el templo, iba pensando en lo solo que se quedaban los santos, los infelices curas, víctimas del inhumano decreto de un concilio de ancianos avarientos e impotentes, y los pobres solitarios como él. Una ráfaga helada lo obligó a subirse las solapas del abrigo. En la calle desierta sintió que la humedad le golpeaba el rostro y aceleró los pasos saltando charcos y nieves amontonadas para llegar al refugio de su hogar, sin toparse con ningún transeúnte atrevido que le diera las buenas noches. En su casa ardía un buen fuego y después de cruzar algunas palabras con su madre comentando el mal tiempo, calentó el estómago con una taza de té y fue a refugiarse en su habitación donde lo aguardaba el fiel compañero de los solitarios: un libro de versos del poeta romántico Adán Mickiewicz, cuya lectura lo fue adormeciendo poco a poco, perdiéndolo en el mundo de los sueños que al principio fueron tranquilos, pero que de pronto se tornaron en inquietantes, turbados por la voz de Zoska que le llamaba impaciente: ¡Jerzy! ¡Jerzy!... clamando desde un páramo infinito. Al fin el músico abrió los ojos cuando su madre lo sacudía con desesperación:

-¡Aquí te buscan!... alcanzó a escuchar.

-¿Me buscan?

-Sí. Es el muchacho de la casa de Zoska.

-¡Zoska! Gritó Jerzy incorporándose rápidamente.

-¡Señor: la señora Zoska se está muriendo y pregunta por usted! –explicó el muchacho que jadeaba con la carrera, blanqueados el sombrero y el gabán con la nieve.

-¡Vamos! –urgió el organista en un tono desesperado y salió corriendo con el joven que lo seguía casi espantado de mirar aquel rostro trasfigurado por la desesperación.

No supo cómo llegaron a la casa que se hallaba iluminada y subió nerviosamente las escaleras que conducían al primer piso donde encontró reunidos a la señora Urzula, Don Raflow, Valenty, el doctor Maciej (Matías) y tres o cuatro mujeres que no supo si eran vecinas o compañeras de la comadrona que llevaba un delantal blanco manchado de sangre y las mangas arremangadas. En el lecho de una de las habitaciones yacía Zoska que hacía menos de una hora acababa de entregar su alma al Señor, mientras que al lado de la muerta la señora Urzula arrullaba un niño recién nacido que lloraba insistentemente. Al verle llegar con los ojos casi desorbitados Hanka se adelantó a recibirlo.

-¡Ha muerto al amanecer! –balbució desconsolada, hecha un mar de lágrimas- ¡Fue imposible salvarla! Pero hasta en sus últimos momentos preguntó por ti...

Al escuchar semejante revelación y sin importarle la presencia de Valenty el organista de San Roque se lanzó al lecho donde la adorada muerta yacía tendida.

-¡Zoska! Gritó y su voz fue la de un animal herido.

¡Zoska! ¡Zoska! Repitió sollozando con el rostro anegado de lágrimas, mientras Valenty lo observaba envidiando aquel dolor que él seguramente también compartía, pero que conseguía aplacar mordiéndose los labios. Jerzy de rodillas apenas se atrevió a tocarle una mano que besó respetuoso mojándola con sus lágrimas y luego percatándose que todos los ojos estaban fijos en él se volvió para preguntar al marido.

-¿Cómo ha sido señor Valenty?

El hombre abrió la boca para responder, pero no articuló una sola palabra, entonces el médico explicó:

-Fue el parto... un parto muy difícil, en el que sólo se logró salvar al niño...

-¿Pero ella?... -preguntó el músico entre sollozos mientras le brotaban imparable las lágrimas.

-¡Ella voló con Dios! –respondió con voz quebrantada la señora Urzula-

-Murió con la delicadeza que suelen ajarse las rosas – declaró Hanka- estaba agotada después de sufrir muchas horas en que sudorosa imploraba la misericordia divina.

-Fue necesaria una intervención quirúrgica, que le desató una hemorragia incontenible - aclaró Valenty cuya voz se percibía enronquecida y añadió -¡Se fue vaciando sin parar!

-¡Dios mío! -clamó Jerzy y luego recordando que aquel hombre era el legítimo poseedor de aquella vida, mirándole a los ojos agregó:

-Mi más sentido pésame para usted y para todos... y gracias por permitirme venir a llorar con ustedes.

-Zoska hubiera deseado que estuviera cerca de ella –reconoció Don Raflow- en su dolorosa agonía habló de una música... cierta música que usted compuso para ella.

-¡Oh, Dios mío! –volvió a invocar el organista- y dominado por el dolor no alcanzó a proferir otra palabra, pues cayó desmayado y fue preciso que el doctor lo reanimara desparramando sobre sus labios una copa de vodka.

Jerzy se fue reponiendo lentamente aunque con el rostro demudado y una palidez de cadáver. Avergonzado de su involuntario desmayo trató de hacer pasar desapercibida su presencia, y sólo a la mitad de la mañana debió apartarse de aquel cortejo de sufrientes para ir a informar el triste deceso al padre Tadeusz que acudió de

inmediato para bendecir al cadáver y dar condolencias y consuelos al esposo y a los familiares, a quienes aseguró que el Señor había recibido el alma de Zoska que dejaba en cambio una alma más al mundo.

Entre tanto la señora Uzula moviendo cielo y tierra había conseguido que una mujer que acababa de parir una niña alimentara a los dos bebés.

Hanka organizó el velorio y Valenty y Don Raflow se encargaron de conseguir un féretro. El padre Tadeusz dirigió el rezo y los responsos y en San Roque se escuchó doblar la campana mayor con el toque de difuntos, anunciando a la aldea la pérdida de una de sus hijas, no sólo la más bella de rostro y de cuerpo sino de alma.

La comunidad entera se volcó y no escasearon los ojos que lloraron y las expresiones en las que se recordaba la dulzura y sencillez de la muerta y el cadáver fue rodeado de flores que se confundieron en el ataúd blanco, haciendo que la joven luciera por última vez, aunque rota y tronchada, su hermosura de lirio, cuya impoluta blancura a la hora de la muerte acentuó tal candor y pureza que se aproximaban a lo sublime.

Hanka encontró unos minutos para referir a Jerzy los pormenores de la larga agonía en que la joven madre se debatió con el rostro contraído y los ojos enrojecidos por el llanto, entre un grito desgarrador. Inmersa en su tragedia, cumpliendo así su cruel destino de mujer, padeció lo indecible para poder llamar a ese pedazo de carne que se agitaba en su vientre sin poder alcanzar la luz: ¡Hijo! aunque ella, desafortunadamente, no alcanzó a disfrutar esa dicha.

-Zoska luchó con decisión y valentía por la vida de su hijo y la de ella, -declaró Hanka- y como una flor tronchada, rogó al Altísimo por el hijo que al fin se desprendió de sus entrañas entre dolores inenarrables que anunciaban inequívocos el funesto presagio. No obstante transida y en medio de un charco de sangre clamó por ti pretendiendo despedirse de este mundo escuchando la música que habías creado para ella, pero la muerte no le quiso conceder ese último deseo, luego sobrevino la oscuridad y cerró los ojos que sólo volvió a abrirlos cuando divisó la presencia de la muerte, entonces, haciendo un ademán trágico, hundió en la almohada la sudorosa cabellera y entró en ese mundo impalpable, en ese limbo sin salida del que sólo la piedad de Jesús es capaz de rescatarnos. Cuando murió se escuchó el largo y lastimero aullido de su perro que se asemejó a una sirena lúgubre, más triste que todas las palabras humanas, La lucha había concluido y al morir debe haber sentido que todo se deshacía, que se le desmadejaban los miembros, las entrañas, tal si el cuerpo se desarticulaba y lo que había sido vida, se transformara en un puñado de materia doliente,

Al escuchar tan terrible relato Jerzy sintió que la angustia le oprimía el pecho y la garganta. ¡Era la segunda vez que la perdía y nunca la había ganado! Pero esta ocasión la pérdida era aún más tremenda que la que ya había padecido, pues si antes al menos le quedaba el consuelo de poder verla, así fuera por unos breves instantes alguna vez, ahora sólo encontraría de ella un montón de tierra y una cruz en mitad del camposanto.

-29-

El invierno es la estación del frío, de la soledad y de la muerte; y aquel invierno cruel fue el marco del entierro en el que un cielo entoldado como si se tratara de la grisácea lona de un circo, presidió la mañana, que a pesar que había dejado de llover, lucía tan triste y anémica tal si hubiese sido hecha para llorar a un muerto.

Entre llantos imparables el ataúd fue conducido dentro del vehículo de Valenty que fue siguiendo lentamente al grupo curial que iniciaba el cortejo, encabezado por tres acólitos que portaban rigurosas sotanas negras llevando, uno, el Cristo sangrante, y los otros dos, los cirios cuyas escuálidas luces parpadeaban al soplo del viento gimiente, cuyos clamores, en ratos pavorosos, parecían provenir de las montañas circundantes; el

cortejo era seguido primero por el padre Tadeusz quién llevaba un libro de oraciones abierto e iba flanqueado por el sacristán que portaba el depósito del agua bendita y el hisopo y por el desdichado organista más pálido que la muerta; y en seguida por tres o cuatro docenas de dolientes que con las manos contorsionadas, los ojos ardorosos por la desvelada y los sollozos que agitaban algunos pechos acompañaban al querido cuerpo, avanzando por las lodosas calzadas de la aldea, que nunca antes se había visto más pobre, sucia y desolada.

El frío como si fuera el aliento del otro mundo inundaba el valle. Al llegar a la calle principal, dos hileras de árboles como guardianes balanceaban sus tétricos esqueletos como penitentes fantasmales.

Cerca del medio día llegaron a las orillas del pueblo en donde se alojaba el vetusto cementerio precedido por un taller de marmolería donde tres obreros que pasaban borrachos se afanaban por cortar el mármol hasta obtener de las piedras blancas, grises o negras, figuras de ángeles o de santos, satisfaciendo así el encargo de los deudos que intentaban rescatar la última piltrafa de la vanidad, obstinados en sus recuerdos muchas veces salpicados de remordimientos.

Una hilera de cipreses cubría algunos trechos de los muros leprosos que circundaban aquel territorio de amarguras, en el que se liquidaban todos los sueños y se oscurecía la vida que cobraba hasta por haber concebido alguna esperanza.

Al llegar al recinto el cortejo fúnebre se detuvo; y uno de los sepultureros señaló a Valenty el lugar donde se había cavado previamente el agujero que habría de servir de tumba, entonces el viudo, Don Raflow y cuatro garridos amigos tomaron el féretro y lo llevaron hasta la orilla de la fosa entre el verde y cenagoso terreno que se ennegrecía en el fondo, por más que los bordes blanqueados de nieve, disimulaban la negrura de aquel pantano. Jerzy se aterrorizó al contemplar aquel fondo que parecía más bien una herida de la tierra, e hizo el ademán de impedir que los adorados restos fueran a yacer en semejante cloaca, pero el sacristán le cogió de la manga del saco para calmarlo.

—Asó son las tumbas —declaró el hombre— aunque más tarde seguramente los familiares habrán de levantar un monumento, un altar o al menos una lápida con el nombre de la señora y la fecha de su fallecimiento. Una estatua con la imagen del Señor no quedaría mal, y a sus pies una cruz.

Jerzy no encontró la voz para responderle y se mordió los labios con desesperación.

Se había colocado la caja al pie de la tumba y el padre Tadeusz se adelantó para pronunciar las últimas oraciones y los responsos. El organista sintió que sus firmes creencias, aparentemente imperecederas empezaban a cuartearse y se resquebrajaban, pero en medio de su dolor logró aplacar aquellos perversos pensamientos y recobrando el don maravilloso de la fe, cerró los ojos un momento y se dispuso a elevar a Dios una imploración: ¡Dios mío no nos abandones! Murmuró en la imaginación. La señora Marysia muda y enlutada, adivinando como se sentía su hijo se acercó tomándole del brazo, y al terminar el rezo Hanka lo acercó al féretro. Jerzy aunque mudo agradeció en el fondo aquel gesto, pero no consiguió impedir que las lágrimas le cubrieran como ríos las mejillas.

—Vamos Jerzy —le susurró con voz temblorosa— mi hermana ya está en el cielo y le está implorando a Dios que nos mande el consuelo.

El sacerdote abrió su libro y empezó a rezar, su voz, aunque fuerte para que todos la alcanzaran a escuchar, sonaba compungida y temblorosa. Se trataba de una buena hija de su parroquia, y los fieles respondieron con fervor. Las quejas de la señora Urzula arrancaron la compasión por más que Don Raflow la mantenía abrasada acercándola a su pecho que había mojado con sus copiosas lágrimas. Entonces el

sacerdote, después de un breve silencio dijo una palabras acerca de la muerta, ponderando su devoción, su constancia en el rezo y su fe de católica proclamada desde niña y reafirmada con los sacramentos de la confesión y de la comunión y por último su disposición para acatar la voluntad divina, por ello, aunque ya había expirado, el presbítero la había absuelto de todas sus culpas y le había administrado todos los auxilios espirituales, luego, solicitó a Dios que enviara la conformidad a sus afligidos padres, al esposo que quedaba viudo y a todos las que la habían amado y a no dudarlo la extrañarían, pero que en cambio contarían ahora con un ángel que pediría al Señor por ellos y que desde el cielo habría de protegerlos. Aquellas palabras parecieron ablandar como un bálsamo los corazones afligidos que se dispusieron a pasar la última prueba de aquel día terrible: presenciar el descendimiento del féretro y lanzarle paletadas de tierra, misión que con pena infinita inició Valenty y le siguieron Don Rafflow y aunque al principio se negaba a hacerlo, la señora Urzula.

Media hora después todo había concluido y poco a poco los últimos dolientes envueltos en cuanta prenda podía protegerlos del frío, fueron dispersándose, Jerzy que se obstinaba en retirarse se escondió detrás de una arboleda y sin atender a los ruegos de su madre, se plantó frente al montón de tierra hasta que el hambre, el frío y las sombras de la noche lo impulsaron a regresar a su casa.

-30-

Pasaron los días, las semanas y los meses y el organista de San Roque siguió inmerso en su amargura que expresaba en aquella melodía fúnebre compuesta entre insondables angustias y que ensayaba todos los días en ocasiones con las manos entumecidas. Era el grito de rebeldía del infeliz a quién la vida le había arrebatado todo hasta la esperanza y que en medio de la desesperación de su caída, intentaba asirse a lo único que lo quedaba: la música. En un principio la señora Marysia, el padre Tadeusz y hasta la propia Hanka que lo perseguía con la mirada, trataron por todos los medios de hacerle comprender que la inolvidable muerta estaba cerca de Dios quién la había llamado para sí; Jerzy escuchaba atento y daba las gracias por las buenas intenciones de quienes lo apreciaban y que a su vez deploraban la ausencia de su amada, pero las palabras consoladoras se diluían en su ánimo y en las tardes se volvían a escuchar aquellas romanzas tristes que fluían como un río cuyo final fuera el abismo, y los razonamientos se deshacían como un relámpago que momentáneamente deslumbraba con su luz, pero que al eclipsarse hondaba más en la profundidad de la negrura.

Sin duda el muchacho provenía de una raza triste atropellada continuamente por la fatalidad, lo que le inducía a sentir una irresistible envidia por los suicidas, tendencia que menguaba su fe cristiana y aunque en ocasiones meditaba en el misterio de un Dios indiferente, al que no le importaría demasiado su presencia en la tierra, otras, cuando le inundaba la ternura por su madre, toda comprensión y cariño, asumía que le quedaba un motivo y una responsabilidad para afrontar su existencia: velar por aquella mujer noble y sufrida; entonces con una mezcla de rabia y de conformidad, se disponía a poner las manos sobre el teclado con una desesperada pulsación.

En ocasiones cuando abandonaba San Roque después el rezo vespertino, iba a la tumba a la que Valenty había hecho levantar una cruz bajo la cual descasaban los restos de la dueña de sus sueños y la causa de sus desventuras; y en las noches lúgubres sin luna y sin estrellas los brazos de aquella cruz se le revelaban como dos imploraciones, entonces se hincaba para orar hasta que las rodillas le punzaban, otras veces deambulaba alrededor de aquella lápida blanca dialogando con la querida muerta a quién le contaba cuanto la amaba y como anhelaba unirse a ella en ese mundo en el que

ella estaría ahora y donde seguramente no existirían diferencias sociales o necesidades materiales que les impidieran estar unidos; entonces soñaba que tomándola de la mano, los dos contemplarían por toda la eternidad el dulce rostro de Jesús, vedado para quienes todavía habitaban en la tierra pagando las cuentas pendientes, o bien cansado de reconocer que era incapaz de descifrar el misterio de la muerte que el supremo Creador se había reservado para sí; se quedaba sentado sobre la tumba, oyendo el clamor del viento entre la tibieza del atardecer mientras aguardaba que aparecieran los astros de la noche cuyas luces amortiguaban la oscuridad azul disimulada por las lejanas chispas amarillentas que parpadeantes, delataban a los pequeños poblados, entonces en medio de aquella desolación acariciaba la tumba murmurando la despedida con las frases del más apasionado enamoramiento: ¡Hasta mañana amor! No me separo de ti porque te llevo conmigo y no te digo adiós porque nunca me apartaré de ti y aunque me aleje de tu cuerpo, tu espíritu siempre irá conmigo! luego se daba la vuelta para tornar a su casa, sintiendo que su amor desafiaba lo inexorable, mientras las arboledas que mecía el viento desparramaban un montón de hojas secas que solían caer lentas, como plumas que jugaran a desafiar la gravedad, escuchando el canto del búho que entonaba su oda a la sombras.

Algunas ocasiones las visitas del músico se estacionaban en plena mañana, cuando después de cumplir con su cometido de acompañar la misa diaria se dirigía al camposanto atravesando los campos tapizados de hierba, entonces el cementerio parecía menos severo, como un jardín en el que crecían humildes florecillas azules, simbolizando esa imperturbable paz que sólo podía encontrarse en el elegíaco universo de la muerte.

Una vez se encontró con Hanka quien llevaba un ramo de flores blancas, que Jerzy comedido ayudó a colocar en los floreros de la tumba, otra lo sorprendió Valenty y ambos se dieron cordialmente las manos y el músico elogió la lápida de mármol blanco y la inscripción en letras doradas, Valenty se refirió a la música que había interpretado en la misa fúnebre asegurándole su satisfacción de ver tantas gentes congregadas atestiguando el afecto que sentían por su esposa, Jerzy le juró que ella lo merecía y ambos regresaron al pueblo.

Una tarde decidió entrar a la capilla de la Virgen a la que preguntó si Dios estaría muy ofendido porque en medio de su desolación había consentido pensamientos rebeldes, pero el sonriente rostro de la imagen le respondió que su hijo lo había perdonado, porque Él que tanto había amado, conocía de sobra todos los matices del sentimiento, incluyendo los de la desesperación; entonces celoso de Hanka y de Valenty que visitaban la tumba portando ramos de flores, la dio también por ofrecer sencillos bouquets que colocaba a los pies de la tumba, reservando para ellos el uso de los floreros, mientras escuchaba los cantos de pájaros que revoloteando libres y venturosos alrededor de la lápida, tributaban a su amor la encilla armonía de sus cantos.

Luego, regresaba a su casa y poco a poco, las caminatas le fueron abriendo el apetito que al principio creía haber perdido para siempre, propiciando que su rostro se adelgazara como el de los santos retratados en las vitrales del templo, lentamente se fue volviendo más animoso tranquilizando a la pobre madre que rezaba desesperada temerosa que su hijo pereciera de tristeza.

Una mañana encontró que al pie de la tumba había brotado en el amanecer una hermosa azucena que sin lugar a dudas se había nutrido de los restos adorados, entonces sintió que Dios se apiadaba, no era la flor muerta que se colocaba sobre los altares, sino el símbolo de la paz, Jerzy tocó los pétalos y se extasió en su blancura rociada por la brisa mañanera, luego volvió a su órgano y en lugar de una de sus quejas dolorosas que expresaban su angustia y su desolación, improvisó una de esas melodías

en las que estaba implícito un sentimiento tan puro y elevado que pareció iluminar su espíritu, entonces le pareció escuchar una voz conocida a la que respondía el sacristán ocupado en limpiar los altares. ¡Era Jendrzej!... y después de varios meses, volvió a sentir una inmensa alegría.

-31-

-Hay vino triste y vino alegre pero el de la nostalgia resulta siempre melancólico. Hoy deseo que nuestro encuentro después de un largo tiempo te sea placentero y te ayude a olvidar tus penas –le aseguró su amigo

-Puedes estar seguro de que me ha traído un gran bien el tener el gusto y el honor de verte. – le respondió el organista que visitaba por primera vez la taberna de la aldea.-

-Entonces brindemos –propuso alegremente el joven ingeniero- porque por ningún motivo volvamos a separarnos, porque una amistad de tantos años como la nuestra dure toda la vida, y sobre todo porque en los momentos difíciles que no escasean y nos hacen creer que nos estamos hundiendo, encontremos siempre una voz amiga que nos anime y que nos diga que todo tiene que pasar: lo mismo la felicidad que la desdicha... pues todo acaba, hasta la misma vida amigo mío.

-Yo nunca dejaré de amarla... -murmuró el organista-

-Yo jamás te diría que no la quieras, síguela adorando, como adoras a tu Dios o la Virgen ¡A distancia!... ella debe estar en el cielo, pero mientras tanto tú sigues aquí en el planeta anclado a un ideal irrealizable, porque tu amada Zoska es y ha sido solamente eso ¡Un ideal maravilloso pero imposible!... por más que ese gran amor del que me has hablado pretenda convertirse en una unión espiritual. Un día Zoska empezará a ser para ti solamente un hermoso recuerdo ¡Un recuerdo muy querido pero no más!

-La voy a extrañar el resto de mi vida.

-Jerzy: no se puede extrañar lo que no se ha tenido.

-Pensar en ella es lo único que me sostiene –declaró el joven con amargura.

-La vida, nuestra pobre vida sólo la sostiene Dios ¡Y tú Dios no deseara verte sufrir a todas horas!

-¡Sólo me quedan la soledad, el infortunio, la desesperación! –clamó desesperado mientras las lágrimas le escurrían por las mejillas.

-Amigo mío, todos anhelamos el amor, pero desafortunadamente sólo nos es concedido a unos cuantos, y aún así, esos privilegiados lo gozan un tiempo, unas horas o unos minutos. Lamento en verdad cuánto te ha ocurrido, pues te conozco desde que éramos niños y Zoska y Hanka jugaban con nosotros, y ya entonces veía con preocupación cómo tu carácter impetuoso y apasionado te dominaba, entonces éramos unos chiquillos y las cosas no tenían mayores consecuencias, pero hoy somos unos hombres y debemos reconocer ante todo que hemos nacido para ser valientes y capaces de controlar nuestros sentimientos..

-¡Si nos fuera posible no pensar, no sentir, no amar! ...

-¡No seríamos humanos, pero en cambio podemos ser aptos para dominarnos!... por más que esto en ocasiones resulta muy difícil porque no podemos renunciar a nuestra naturaleza humana; y porque somos a nuestro pesar, la suma de nuestras reencarnaciones anteriores.

-¿Tú crees? –exclamó Jerzy asombrado.

-Que la felicidad llega cuando menos la esperamos, aunque para muchos no llega nunca, pero mientras estemos en la tierra tenemos el derecho y el deber de luchar por alcanzarla.

-Yo no podría... -declaró vencido el músico-

-Eres un mortal igual que todos y podrás si te lo propones. ¡Despierta Jerzy! Debes seguir viviendo y para ello es indispensable que abandones este pueblo, que es como un

rincón mudo y apagado como una lámpara consumida; que mires otras caras y que respire otros aires, que te cures de ese cansancio del alma que es mucho peor que la fatiga del cuerpo y que abras los ojos a otro mundo, que te desprendas del luto que hace ya mucho tiempo que lo llevas y emprendas una vida donde las palabras: amor, esperanza, felicidad borren los vocablos tristes: soledad, infortunio, desolación. ¡Tú Zoska fue un hermoso sueño, pero tú tienes derecho a despertar y hasta a volverte a enamorar.

-¡Eso nunca! –dijo el organista con firmeza -¡Jamás llegaría a querer a nadie!

-Porque no conoces a nadie más.

-La aldea está llena de muchachas...

-¿Pero quién habla de las muchachas de la aldea? ¡El mundo está lleno de mujeres y cada una tiene algo especial, algo que no tienen las demás!

-Eso sería traicionarla y traicionarme. Si te dijera que a veces me ha tentado la vida monacal, donde ahogara los últimos entusiasmos de la carne...

-Te respondería que eso sería como un suicidio y que tú no tienes derecho de quitarte la vida.

Jerzy bajó los ojos abatido por los razonamientos de su amigo.

-Pero es que salir de aquí es imposible... ¿Qué podría hacer en otro lugar? ¿Morirme de hambre? Arrastrar el infortunio, la soledad, abandonar a mi madre por una aventura...

-¡Por la mejor aventura: la de vivir! Jerzy: no te dejaré solo, yo estaré contigo y seguiré siendo tu compañero como lo fui hace muchos años. Dentro de tres días vendrás conmigo a Varsovia. Tengo amigos que te ayudarán si se los pido y si algo te falta por aprender una recomendación de un jerarca del partido te abrirá las puertas de una beca para perfeccionarte en el Conservatorio. Estoy seguro de que tarde o temprano reconocerán tu talento, pero mientras llega ese día te juro que no te faltará un pan para ti ni para tu madre.

-¿Me estás sugiriendo que la abandone?

-No. te estoy proponiendo que no la hagas sufrir más. Y hasta puedo asegurarte que ella estará más contenta sabiéndote lejos pero tranquilo, que teniendo que enfrentar día con día tu cara de sufrimiento, que debe dolerle tanto como te duele a ti.

-Hago cuanto puedo por evitarla.

-Entonces hazme caso. Habla mañana con el padre Tadeusz y aunque apenas lo he visto un par de veces, estoy seguro que sabrá comprenderte. Alista tus pertenencias porque yo te estaré aguardando en la estación con un billete a tu nombre.

Pero voy a convertirme en una carga para ti...

-La amistad no es un peso que se arrastra, sino la certeza de que no estamos solos.

¡Salud Jerzy por un futuro mejor!

Y los viejos amigos chocaron sus copas y se estrecharon las manos con la efusión de aquellos días de su infancia en que sin darse cuenta crecían juntos.

-32-

Jerzy pasó aquellos tres días espantado de su rápida resolución, era como el enfermo que es dado de alta y debe abandonar su cama en el hospital donde padeció; dolores, esperanzas, miedos, soledad y tristezas, pero tras de cuyas ventanas veía nacer los primeros rayos de sol cada mañana, mientras la enfermera sonriente le daba los buenos días y vigilaba su temperatura observando ansiosa el termómetro.

Sentía que al irse de la aldea era como renunciar a un pesar querido que era lo único que lo acercaba a la adorada muerta, pero la convicción de que su amor recluido en el fondo de su corazón habría de resistir todas las pruebas se decidió, primero a comunicar a su madre su determinación, quién para su sorpresa acogió con alegría el

que su hijo fuera en pos del progreso, ayudado por un amigo que estaba segura de que vería por él como si se tratara de un hermano.

-Te voy a extrañar cada día, pero sé que Dios no habrá de abandonarte y que el cambio de aires te traerá paz y esperanza.

-Pero la preocupación de que te quedas sola me remorderá cada día.

-Yo nunca me sentiré sola porque Dios y tú, aunque lejos, estarán siempre conmigo.

-Te escribiré cada semana –ofreció el joven conmovido.

-Y yo te enviaré mi bendición cada minuto –respondió la señora Marysia.

La entrevista con el padre Tadeusz no pudo ser mejor.

-Verdad es que te necesito en la parroquia y que nadie podría suplir tu asistencia y tu dedicación, pero eres un muchacho talentoso y es preciso que disfrutes ese don que es el más envidiable regalo que Dios te ha concedido.

-Me duele perder mi puesto –balbució el músico.

-Tu puesto no lo perderás nunca mientras yo sea el párroco de San Roque, tu lugar te estará aguardando siempre, así regreses sólo para un día o para volver a quedarte, este templo es y será como una prolongación de tu casa.

-¡Padre Tadeusz! –respondió el joven besando la mano del presbítero.

-Siempre llevarás mis plegarias y además te daré una recomendación.

-¿Una recomendación?

-¡Claro! Y será nada menos que para el Cardenal Arzobispo de Polonia que fue mi profesor de Teología en el Seminario y que espero que me recordará, por más que las responsabilidades de su alto cargo lo hicieron olvidarme momentáneamente, pero en cuanto me vuelva recordar hará todo lo que pueda por ti ¡Y será mucho!

-Me conmueve su generosidad... -tartamudeó Jerzy

-Nada de eso -contestó el párroco mirando a su amigo con sus bondadosos ojos a través de sus lentes- ahora mismo voy a escribirle- y se dirigió al despacho donde en menos de media hora redactó una carta en la que ponderaba los buenos oficios y las cualidades del organista, Jerzy se quedó asombrado de lo que hablaba de él.

-No soy merecedor de tantos elogios, sólo soy un humilde músico de pueblo.

Tadeusz no pareció escuchar sus excusas y añadió

-Nunca le he solicitado nada para mí, y ahora que se presenta la ocasión confío que accederá a cuanto le pido. Deberás ir muy bien presentado, aunque como yo lo recuerdo Su Eminencia es un hombre muy sencillo.

El párroco se dirigió luego hacia un cajón de escritorio donde de una caja que parecía estar escondida extrajo hasta el último billete y sin contar el monto lo extendió a su organista con una sonrisa.

-A veces las alas nacen en la caída. Tu dolor no ha pasado desapercibido para mí, pero estoy seguro que mis oraciones han sido escuchadas.

-¡Padre Tadeusz no haga eso por favor!- Rogó Jerzy tratando de rechazar los billetes.

-Tienes que acicalarte –dijo el cura- se trata de un alto magistrado de la iglesia...

-Gracias por prevenirme padre, lo tendré en cuenta... pero esto ¿Cuándo habré de devolvérselo? ¿Cómo podré pagárselo?

-¿Pagarme? ¡Si no me debes nada!

-Pero ni siquiera sé cuando volveremos a vernos...

-No te preocupes por eso, escíbeme siempre que puedas y en cuanto a vernos, acuérdate de las palabras del poeta libanés: ¡Tenemos eternidad!

Luego bendijo al organista y él joven fue a despedirse de la hermana a quién le pidió encomendarlo a Dios en sus oraciones. La monja le aseguró que lo haría y le deseó todo lo mejor.

El muchacho abandonó el templo visiblemente emocionado. Una docena de gorriones lo contemplaban encaramados sobre los alambres de la luz. Tenía aún pendiente la más difícil despedida y se encaminó al cementerio para decir adiós a la bienamada, rememorando en el camino uno por uno de los sitios donde había jugado, conversado, gastado bromas y travesuras inocentes con la más graciosa y encantadora chiquilla cuya belleza, inteligencia y bondad despuntaban tempranamente; recordó sus palabras, sus sonrisas, el flotar de sus cabellos rubios, los chistes inocentes, los rozamientos ingenuos, las miradas cómplices cuando ambos inventaban un juego en el que salían perdedores Hanka y Jendrzrej... y luego cuando menos lo esperaba la transformación de aquella niña en una jovencita cuyas formas despuntaban en armonía con la dulce belleza asentada en un rostro de arcángel; entonces de pronto sintió que lo turbaba una intensa inquietud y le faltaban las fuerzas para partir ¡No! él no debía abandonar esos lugares que atesoraban tan caros recuerdos, no podría vivir en ningún sitio de la tierra por maravilloso que fuera, lejos de aquellas calles, de aquellos campos, de ese valle que testimoniaba que aquellas escenas no pertenecían a la imaginación, y entre un tropel de ansiedades, que eran como un ventarrón que lo remueve todo, convirtiendo los remolinos en polvo, meditó en lo absurdo de su decisión que equivalía a renunciar al recuerdo de aquellos días inolvidables... y volvió a pensar que aunque el destino derrumbó sus ilusiones con el deseo de que ella fuera feliz, seguiría cargando por siempre los despojos de aquella noble pasión y volvió a dudar en marcharse; pero extrañamente cuando llegó al cementerio y se paró frente a la tumba de su Zoska, comprendió que su renuncia a partir era inútil, porque ella le acompañaría a donde él fuera, y su espíritu nunca habría de abandonarle.

-33-

Salió del camposanto cuando la tarde ya declinaba y se hundía la dorada rueda del sol. Le quedaba aún despedirse de Hanka. Con pasos lentos volvió al pueblo y encaminó sus pasos a la granja de su amiga. El muchacho que ya le conocía fue a anunciarle y ella que acababa de dormir a su sobrino, con los ojos chispeantes y una amable sonrisa vino enseguida.

-¡Jerzy qué gusto verte y que hayas venido a visitarnos!

-Vengo a despedirme, voy unos días a Varsovia con Jendrzrej

-¿A Varsovia? ¡Qué dicha! –exclamó ella con entusiasmo- vas a tener unas lindas vacaciones...

-No exactamente Hanka, voy en busca de trabajo y si es posible y soy admitido a estudiar un tiempo en el Conservatorio.

-¡A estudiar? ¿Pero es que tienes todavía algo que aprender? ...¡Si tocas admirablemente bien!

-Gracias Hanka por el favor que tú me dispensas, pero me temo que no hay tal, sólo soy un estudiante que desea superarse un poco, si es posible y me reciben, tú sabes que se debe contar con una edad determinada para poder inscribirse, pero nuestro amigo me ha insistido mucho en que pruebe suerte.

-Y la tendrás seguramente! Eres un excelente músico y estoy seguro que habrán de reconocerte.

-Te escribiré para contarte lo que me digan.

-Voy a aguardar con ansiedad tus noticias y me alegra tu decisión, por más que te vamos a extrañar y que a no dudarlo los oficios en San Roque van a resultar muy insípidos.

Ya encontrarán otro organista, aunque el padre Tadeusz amablemente me ha prometido que cuando regrese conservaré mi puesto.

-Nada más justo después de los años que has dedicado a la iglesia.

-Me ha dado una recomendación para el Arzobispo, ya te puedes suponer el compromiso...

-¡Saldrás adelante! –insistió la joven- pero siéntate por favor, voy en busca de una taza de té.

-No desearía darte molestias.

-No se te ocurra decir eso, a mamá y a mí nos da mucho gusto que nos visites.

-¡Claro que sí! – admitió la señora Urzula saliendo a la estancia- ¡Si es un milagro verte por aquí!

-Señora Urzula –saludó el músico poniéndose de pie y besando respetuosamente la mano de la dama.

-¿Con que nos dejas?... he encontrado a Andrzej y me ha dicho que reconstruye un puente sobre el Vístula y además trabaja en la edificación de nuevos multifamiliares. Es muy joven para ser un ingeniero con tantas responsabilidades.

-Y además muy animoso y optimista –concedió Jerzy-

-Siempre los recuerdo subiéndose a los árboles para desprender los frutos verdes.

-Dábamos mucha guerra ¿Verdad?

-Como todos los chicos, pero ahora me es grato ver que aquel inquieto chiquillo ya es todo un profesionalista con mucha gente a su mando...

-Elegió una profesión que le ha acarreado excelentes oportunidades.

-Tú harás otro tanto –añadió Hanka portando una charola con la tetera tazas y platos- ¡Y llegarás tan lejos como él!

-Agradezco infinitamente tus buenos deseos y él que creas en mí, pero no quisiera defraudarte...

-¿Defraudarme? ¡Jamás Jerzy! Eres un buen muchacho y Dios te ayudará. ¿Cuántas cucharadas de azúcar?

-Dos –pidió el músico- sólo que como ustedes imaginarán, me preocupa dejar sola a mi madre, que aunque todavía tiene buena salud, los años...

-Nunca la abandonaremos –declaró Hanka con determinación- estaré al pendiente de ella y si algo se le ofrece la ayudaremos en cuanto sea posible.

Jerzy sintió que lo inundaba una oleada de gratitud y admiración por aquella buena muchacha y respondió calurosamente

-Gracias Hanka, ¡Dios te lo ha de pagar! Tú sabes que no contamos con parientes, y nuestros únicos amigos son tu mamá y tú.

-Ahora tenemos al niño de Zoska que ya es un miembro más de la familia –comentó la señora Urzula- ¡Qué podría hacer su padre que vive completamente solo en su nueva casa? ... por más que sus papás intentaron hacerse cargo del pequeño.

-Como ves ¡Ya soy mamá! –dijo Hanka con cierta picardía.

-Una mamá muy joven y muy linda .respondió Jerzy asombrándose de haber dicho por primera vez una frase lisonjera a una muchacha después de muchos meses.

-¿Nos harás el honor de cenar con nosotros? –preguntó la señora Urzula.

-De mil amores aceptaría, pero hoy es la última noche que paso con mi madre, pues mañana partiremos a primera hora.

Hanka discreta y sonriente no insistió y guardando un aire reservado hizo honor a su condición de hija de familia.

-Entonces cuando regreses nos concederás el gusto de sentarte en nuestra mesa.

-Será un honor y ruego a ustedes presentar mis respetos al señor Raflow y decirle que le deseo que goce de excelente salud y bienestar.

Luego se despidió de la señora Uzuña y Hanka salió hasta la puerta de la calle a despedirle. Jerzy percibió cierto pesar en su mirada.

-Adios Jerzy que el Señor te acompañe. Cuídate mucho y vuelve pronto. Y si como te lo aseguro llegas a triunfar, recuerda siempre que en tu aldea tienes una amiga que siempre habrá de recordarte.

-Yo también te recordaré y te ruego que me envíes tus noticias.

La noche había caído y el cielo refulgente inspiraba una lozanía de cosa nueva, como si la aldea estuviese recién lavada.

El músico retornó a su casa donde lo aguardaba su madre quién le había preparado una copiosa cena con los platos que él gustaba. El hambre acumulada de todo un día de despedidas dio cuentas de aquel banquete y el organista agradeció repetidas veces el cariño y la bondad de la anciana, rogándole que se abstuviera de ir a la estación a despedirse.

-Si te veo en el andén, no tendré el valor de irme. Anunció.

Luego guardó sus modestas pertenencias y sus partituras en una maleta vieja, dejó una parte del dinero sobre la mesa para su madre y se guardó el resto, y como percibiera que era más de la media noche, decidió dormirse unas pocas horas, lo que al principio consiguió a medias, pues precisamente a causa del cansancio estuvo a punto de quedarse dormido sino lo despiertan los breves silbidos de alguna locomotora de patio que se le figuraron como un grito. Se levantó con rapidez, se lavó, se vistió, cerró su piano y tomando su maleta pidió la bendición a su madre. Salió apresurado y llegó a la estación faltando apenas seis minutos para la salida del tren. Andrzej lo estaba aguardando impaciente y nervioso y lo urgió a treparse en el vagón más próximo, entonces divisó a lo lejos a Hanka que le sonreía haciéndole señas con el brazo en alto y la mano abierta, Jerzy sonrió a su vez y le devolvió el saludo repitiéndole:

-¡Adios Hanka, te escribiré apenas llegue! –pero los ruidos y zumbidos del vapor de la locomotora que iniciaba su marcha apagaron su voz y conforme avanzaba el convoy las conversaciones, las caras y los cuerpos se fueron diluyendo volviéndose cada vez más pequeños e insignificantes, entonces reconoció que en su querida aldea se quedaban también su pasado, y el inmenso dolor de lo irremediable.

-34-

El viaje se le hizo breve, como si se tratara de ver una película en la que los frecuentes cambios de escenario se suceden con excesiva rapidez y apenas se consigue retener en la memoria una confusa masa de nombres de ciudades, poblaciones, ríos, valles, paisajes y estaciones ferroviarias.

Jendrzej le distrajo con su plática amistosa y optimista, hablándole de su trabajo, amistades, amores y proyectos, reiterando a cada momento que la iba a pasar tan estupendamente bien que después ya no iba a desear retornar a la apacible aldea que le había surtido de sinsabores, idea que si bien Jerzy no se atrevió a rebatir por el temor de contrariar a su amigo, le pareció realmente utópica, pues los años vividos, las emociones, los sufrimientos y las pocas ilusiones que le habían formado un carácter no podrían borrarse fácilmente de su vida, por más que con las distracciones pretendiera olvidarlas; y cuando menos lo esperó el tren empezó a avanzar entre los barrios periféricos de la urbe, donde pasaba a toda velocidad entre las viviendas que aún conservaban patiecillos y arboledas campestres, desembocando luego en las barriadas colindantes con la enorme cantidad de factorías que lanzaban bocanadas de humo delatando su incesante actividad y que constituían el cinturón obrero de Varsovia.

Quince minutos después el convoy se detuvo en el andén de la espaciosa estación ferroviaria, donde hileras de vagones de carga y pasajeros alternaban con convoyes prestos a iniciar o a continuar sus recorridos, y otros que arribaban a la capital como destinos finales.

Jendrzej urgió a su amigo de tomar su equipaje y en menos de cinco minutos se encontraban en una calle plétórica de viajeros que iban y venían portando sus maletas, entrando y saliendo de una multitud de hoteles, restaurantes y comercios en los que se vendía de todo y donde además abundaban los puestos de fritangas, bocadillos, pasteles, bebidas, frutas de la estación y dulces.

Un colectivo los trasladó hasta un barrio con apariencia de tranquilo, aunque los altos multifamiliares construidos indudablemente después de la guerra denotaban claramente que dentro de ellos vivían numerosas familias, muchas de las que a no dudarlo serán las propietarias de las hileras de pequeños automóviles de fabricación nacional que se agrupaban a cada lado de las calles. Una puerta de cristales que se abrió al primer empujón los condujo a un hall en el que desembocaban escaleras de granito que seguramente conducirían hasta el último de los catorce o quince pisos del inmueble, aunque a un lado se alojaba la puerta metálica de un flamante elevador, que los subió en cuestión de segundos hasta un quinto piso en el que se ubicaba el departamento del ingeniero.

-Ya estamos en casa –dijo alegremente éste apenas había introducido la llave en la cerradura de una puerta blanca.

-Pero... ¿No sería lo más prudente que yo me hospedara en algún hostel? –preguntó Jerzy.

-¿Estás loco? Eres mi invitado y debes vivir en mi casa que es como la tuya.

-Eso es abusar de tu bondad, porque impediría tu privacidad...

-No digas tonterías. Viviremos juntos y por cierto que nos acomodaremos bien, pues hay bastante sitio para los dos y cada uno tendrá su cuarto, y sólo habremos de compartir el baño y la cocina.

-¡Esto es principesco! –declaró Jerzy cuando dio los primeros pasos en una estancia amplia, bien ventilada y espléndidamente iluminada con una ventana a la calle que daba paso a la luz del día; en la estancia: un sofá, sillones cómodos, radio-tocadiscos, televisor, teléfono, un pequeño bar y un ancho restirador provisto de una moderna lámpara invitaban a relajarse y disfrutar las comodidades. El músico provinciano no pudo menos que asombrarse al contemplar una cocina impecable con azulejos blancos, estufa, horno, fregadero, cacerolas, recipientes de cristal y metal reluciente, un refrigerador que seguramente alojaba abundantes comidas y una alacena donde se acomodaban vajilla, cubiertos, botellas, latas y frascos de conservas. Jendrzej invitó a su amigo a sentarse mientras él destapaba una botella de vodka rojo de la que sirvió abundantes tragos en dos vasos de cristal checoslovaco, uno de los cuales acercó a su huésped.

-Bienvenido seas –dijo chocando su vaso- brindemos porque te sientas cómodo y porque seas feliz –y apuró el licor- ahora mismo te haré entrega de tu llave y conocerás tu habitación donde podrás dormir y descansar a tu gusto todo el tiempo que desees.

La habitación destinada aunque de dimensiones reducidas no podía ser más alegre pues tenía cortinas, y colcha de cama floreadas, así como los visillos impecablemente blancos y un grueso tapete en color azul pastel que le concedían un aire juvenil complementado por un lecho blando, una mesa de noche provista con una lámpara para lectura, y un pequeño escritorio con su respectiva silla color caoba y detrás un librero con un excelente surtido de libros y revistas, todo ello acomodado con esmero y pulcritud; una puerta conducía al baño donde la blancura de los muebles alternaba con el metal cromado de las llaves y la ducha, y Jendrzej aclaró que se disponía afortunadamente de agua fría y caliente las veinticuatro horas del día.

-Vives como un acaudalado burgués- exclamó Jerzy- esta bañera es un lujo...

-Nada de eso, soy simplemente un trabajador que merece después de sus horas de laborar un descanso que me ayude a recuperar las energías gastadas. Y ahora apúrate que ya hace hambre y estamos solamente a unos pasos de distancia de un restaurante griego al que quiero invitarte para celebrar dignamente nuestro primer almuerzo, por cierto que otro trago nos abriría más el apetito. –sugirió volviendo a llenar los vasos.

En el amplio local que ocupaba el restaurante Jerzy se extrañó del amplísimo menú que se ofrecía, y cuyos platos de muestra se exhibían en una larga vitrina, volviendo a los manjares realmente tentadores

-Nunca imaginé que la cocina griega fuera tan variada –comentó Jerzy sin decidirse a solicitar los platos apetecidos.

-Cuando vayas a Atenas y visites Plaka, que es el barrio más populoso de la ciudad encontrarás que en una cena se suelen servir hasta veinticinco platillos diferentes, aunque claro son raciones pequeñas que se degustan entre la música de balalaikas de Zorba el Griego y se combinan con buenos tragos.

-¿Cuándo vaya a Grecia? ¡Eso sería como un sueño!

-Nada de eso, porque un artista como tú debe ir por todo el mundo llevando las primicias de su arte.

-Yo soy apenas un aspirante a ser admitido en el Conservatorio.

-Que un día no muy lejano habrá de convertirse en una celebridad.

-35-

Monseñor recibió al organista con una paternal sonrisa que acentuó al enterarse de la calurosa recomendación de su antiguo discípulo Tadeusz. Al terminar de leer la misiva fijó los ojos en el músico y con una amable sonrisa repuso:

-No se puede hablar mejor de un hijo predilecto de la iglesia.

Jerzy enrojando aclaró:

-La generosidad del padre no conoce límites.

-Le conozco –dijo el prelado- ¿Cómo iba a olvidarlo? Por más que las circunstancias nos han mantenido alejados uno del otro, sirviendo a Dios y a la iglesia de una manera diferente, pero mucho me alegra saber de él y que usted haya estado tantos años colaborando en una misión tan importante; y desde luego que la propuesta de mi alumno será debidamente atendida y por lo tanto me gustaría que nos acompañara un domingo en la misa dominical que celebramos a las doce del día y que congrega cientos de fieles que acuden a la catedral y que no sólo son residentes de la capital sino que vienen de toda Polonia y aún del extranjero, a quienes recibimos con los brazos abiertos.

-Nuestra patria sigue siendo por la gracia de Dios una nación católica, aún después de haber sufrido las calamidades de la guerra y de convivir ahora bajo las limitantes impuestas por un gobierno complaciente con los soviéticos.-

-Usted lo ha dicho- asintió Su Eminencia- y lo va a corroborar cuando visite nuestros numerosos templos a lo largo del territorio, pero antes nos complacería invitar a nuestros hermanos obispos a un concierto privado donde usted con su juventud y el talento que no dudo Dios le ha favorecido, nos deleitara con las partituras religiosas de Bach, Palestrina y de esos magníficos autores de los siglos XVI y XVII.

-Su Eminencia me honra mucho y me pongo a su disposición para ofrecer a los reverendos monseñores una muestra de mi humilde labor, por más que nunca asistí a un curso formal en el Conservatorio y me he concretado a seguir las directrices de mi maestro, el señor Antek, que Dios tengan en su gloria y a quién le debo lo poco que soy.

-Alabo su modestia y aunque un diploma corrobora debidamente que se ha cumplido con el requisito académico, recuerde hijo mío la multitud de músicos y compositores

que nunca pisaron un Conservatorio y que sin embargo dejaron huella de sus obras magistrales y de sus interpretaciones brillantísimas, guiados a veces por algún maestro como en su caso, o todavía mejor por su dedicación, como auto-didactas.

-Confío en no defraudar su confianza.

-No la defraudará y nos complacerá una de estas tardes. Mi secretario lo instruirá en cuanto a los detalles, pero mientras los prepara, lo invito a compartir el pan y la sal; y hablarnos del padre Tadeusz.

-Lo haré con mucho gusto –convino Jerzy y siguió al mitrado hasta su refectorio.

La iglesia le abrió las puertas evitando así en volverse una carga para su amigo y asegurar el pan de su madre quién sin duda estaría pidiendo Dios a todas horas por él. Jerzy contentó a los graves prelados, algunos con los cabellos blancos y otros con la huellas del sufrimiento de aquellos duros años de guerra donde menudeaban las detenciones y persecuciones, los más jóvenes le aseguraron que la música era otra manera de orar.

Quince días después Jerzy tocaba en la misa dominical de la iglesia de la Santa Cruz donde entre ramos de flores se guarda el corazón de Frederyk Chopin, entonces el organista de San Roque tocó además para el espíritu del primer compositor y pianista de Polonia y uno de los más famosos del mundo.

-36-

Jerzy llegó al departamento buscando a su amigo para decirle que sus intervenciones eran bien remuneradas ya que después de cada oficio recibía puntualmente su paga con agradecimientos y felicitaciones. Jendrzej trazaba líneas sobre los planos colocados en el restridor entre un cúmulo de notas, escuadras, compases y lápices.

-Hoy me toca convidarte la cena –anunció el músico con franca satisfacción. Jendrzej se volvió sonriente.

-No tan de prisa compañero. Es el primer dinero que has ganado y pretendes derrocharlo conmigo.

-¿Derrocharlo?... sólo se trata de una cena.

-Lo que me parece muy justo después de lo que he trabajado todo el día, pero la cena correrá de mi cuenta.

-¿Es que no me permites invitarte?

-Jerzy guarda ese dinero, es hora de que empieces a contar con un guardarropa.

-¿Acaso no me presenté adecuadamente con el cardenal?

-Sí y deberás seguirlo haciendo con toda la gente importante con la que pienso presentarte. Para comenzar la semana que entra deberás entrevistarte con el Director del Conservatorio con quién has sido ampliamente recomendado nada menos que por el ministro de cultura, al que después deberás ir a darle las gracias.

-¡Andrzej! ¿Has hecho todo eso por mí?: molestar a tus amistades, mover tus influencias, solicitar el favor...

-Es que no basta el talento para triunfar, es preciso además que te reconozcan y para ello resulta indispensable que crean en ti y que te vean como un joven amante del progreso.

-Agradezco de corazón tus consejos y el que me des ánimos, pero sólo soy un estudiante...

-No insistas con esa cantilena de mini valoraciones al contrario crécete, ten fe en lo que haces, ya lograste que te aceptaran esos religiosos que sin duda son personas cultas.

-La recomendación del padre Tadeusz obró milagros. El cardenal ha decidido apoyarme

-Porque les has demostrado tu talento y tendrás que seguirlo haciendo, si te motivas pensando que eres más brillante cada día.

-Gracias Andrzej nunca podré corresponder a todo lo que haces por mí.
-¡Deja eso! No somos sólo amigos sino hermanos. Así que apúrate y vamos por un par de tragos y un bife bien grueso.
Y fueron a cenar a una taberna donde los buenos platos y largos tragos se combinaban con una alegre bohemia de cantantes y músicos. Andrzej conocía muchos de ellos y le enjaretó a su amigo una de sus más sociables amigas que tenía fama de buena conversadora, pero al tercer trago no sin pesar se despidieron.
-Tengo trabajo esperándome –explicó el ingeniero- y mi amigo enfrenta un examen la semana que sigue y tiene que ponerse a estudiar mucho.
-Lo siento –espetó la muchacha- nos habíamos acoplado para platicar, aunque tu camarada resulta demasiado serio.
-Perdón si la he aburrido –se disculpó el organista.
-Nada de eso –dijo ella- prefiero a los serios, ya continuaremos la plática en otra ocasión.
Y se despidieron.
-Es más de la media noche –comentó Jerzy apenas salieron a la calle- y mañana tienes mucho que estudiar.
-¿Estudiar, pero en qué?... aquí no tengo ni piano ni órgano...
-En casa de una familia con quién llevo una buena amistad te facilitarán el piano.
-¡Andzej, tú piensas en todo!
-No. Sólo preveo tus necesidades imprescindibles, es como si yo no tuviera a mano mi calculadora y mis escuadros ¿Cómo podría presentar los proyectos y planos para la construcción de puentes y edificios?
Y ya en casa después de darse las buenas noches, cada quién se tendió en su cama para dormir, por más que Jerzy hubiera deseado abrazar fuertemente a su benefactor antes de cerrar los ojos.

-37-

Los Kosinski eran una familia que había pertenecido en otros tiempos a la media burguesía, que milagrosamente había logrado conservar parte de su antiguo domicilio arrinconado en un apacible barrio de Varsovia, y que al igual que la mayoría de las residencias, quedó muy averiado después de la guerra y tuvo que ser en buena parte restaurado.

El abogado Leopold Kosinski podía considerarse un hombre de suerte, sobreviviendo ileso, aunque no sin haber pasado por innumerables penalidades, humillaciones y hasta algún arresto en aquella horrible época de la ocupación salvándose entre otras razones porque hablaba correctamente el alemán; su esposa, Kasia, cuatro años menor que él, había sido en su juventud una hermosa muchacha; no obstante el matrimonio no procreó hijos y hubieran terminado los días de su vida solitarios, sino hubieran adoptado a una sobrina suya, cuyo padre, hermano de la señora Kasia, murió después de la conflagración a consecuencia de una larga enfermedad ocasionada por las tremendas contrariedades, sustos y sobresaltos; su esposa no tardó en seguirle y la única hija del matrimonio, apenas había cumplido tres años, vino a vivir con sus tíos a los que llamaba cariñosamente papá y mamá.

Una vez establecida la paz, el abogado, hábil jurisconsulto, obtuvo un importante cargo en la magistratura, lo que le permitió disfrutar de la privacidad de una residencia particular, que no obstante reducida, no compartía con nadie y en la que pese a que fue saqueada por la codicia nazi, había quedado, aunque seguramente desafinado, un piano vertical, al que los cuidados de la señora de la casa habían provisto de una carpeta.

Andrzej y el hombre de leyes habían congeniado y no obstante la diferencia de edades su amistad había ido en aumento, al grado de que cuando el ingeniero le planteó la necesidad de usar su piano para que Jerzy a quién consideraba su hermano, preparara un examen, la petición no sólo le fue concedida con extrema amabilidad, sino que en el día y la hora señalados el organista fue esperado y atendido con amistosas demostraciones de simpatía. El músico que al principio no sabía qué hacer con las manos y con los ojos fue invitado inmediatamente a pasar a la sala donde se hallaba el instrumento y atendiendo al pedido de la señora Kasia, levantó la tapa y palpó las teclas que sólo ocasionalmente habían sido tocadas para mantenerlas limpias.

Jerzy complació gustoso a los que desde entonces llamó sus benefactores y tocó dos estudios de Chopin, prometiendo que si lograba conseguir algunas herramientas indispensables podría afinarlo

La impecable ejecución de un preludio motivó el entusiasmo del matrimonio que aplaudió generosamente al intérprete, entonces se percató de que aparte de sus dos oyentes, una jovencita se había acercado a escucharlo –se llama Mirosława (Mirosława)- aclaró la señora Kasia a título de presentación, ella se adelantó a saludar con una amable sonrisa al recién llegado y sus padres, o más bien sus tíos, le informaron que cursaba la secundaria.

Jerzy por su parte comentó que en esos días debía prepararse para lo que consideraba un examen que determinaría su ingreso al Conservatorio, entonces el abogado pidió a su esposa que dejaran solo al joven estudiar sin interrupción todo el tiempo que necesitara, invitándolo a que viniera cada día a trabajar todas las horas que fueran precisas.

-Ojalá y no los moleste demasiado – anticipó el organista.

Pero ellos le aseguraron que con las puertas cerradas ni siquiera se iban a enterar de los ejercicios que debía repetir una y otra vez y Mirosława cuya blanca tez hacía contraste con la negrura azabache de sus cabellos, prometió que si le permitían permanecer escuchando un rato guardaría absoluto silencio.

Apenas lo dejaron solo, Jerzy abrió una de las partituras que llevaba consigo, y se puso a repasar la hermosa danza húngara número seis de Liszt, comprobando como el bálsamo alentador del arte compensaba las angustias sepultadas en el fondo de su corazón.

-38-

El Maestro Wladyslaw Roman, eminente cellista y director del Conservatorio invitó al visitante a sentarse después de un saludo demasiado convencional. Era un hombre de por lo menos sesenta años, con una frente amplia y un rostro bien rasurado.

-El doctor Alexander Gavorski, se ha dignado recomendarlo, manifestándome que es usted organista y pianista, lo que por cierto no es muy frecuente...

-Señor director, seguramente ninguna de las dos cosas, si bien ejecuto ambos instrumentos, sin haber conseguido seguir una carrera, pues vivía en una aldea y sólo recibí lecciones de un maestro organista, lo que me ha permitido tocar regularmente en los oficios religiosos.

-Sin embargo el señor ministro nos asegura que tiene usted una buena disposición para la música y además de que está deseoso de seguir unos estudios formales, lo que dada su edad resulta improcedente ... no obstante –carraspeó- en obsequio al señalado interés del doctor Gavorski le he ofrecido hacer lo más que sea posible para complacerlo, para lo que es preciso que me oriente con una demostración de lo que es usted capaz,, contando desde luego con que por lo menos, tenga su educación media terminada.

-Sí señor y este es el certificado que acredita mi bachillerato y en cuanto a la ejecución usted me hará favor de indicarme si desearía que tocara en alguno de los dos instrumentos.

-Pues aquí tiene frente a usted el piano. ¿Le parece bien comenzar con el?

-Desde luego señor director, ¿Desea usted que ejecute alguna obra en especial?

-Por esta ocasión lo dejaré a su arbitrio.

-¿Podría tocar una sonata de Scarlati?

-Desde luego –y señaló el brillante piano de cola completa que se asentaba en el lado derecho del escritorio.

Jerzy pálido y sacudido por una emoción donde se anidaba no el miedo sino el pavor, se adelantó al instrumento y acomodándose en el banquillo inició la ejecución de la obra que sabía de memoria y que el señor Antek después de corregírsela cuatro o cinco veces, se la había hecho repetir en varias ocasiones.

Terminada la ejecución el maestro Roman condujo al visitante hasta la sala de conciertos de la institución en cuyo escenario se asentaba un órgano eléctrico de no muy amplias dimensiones.

-Ahora desearía escucharle en el órgano.

-¿Podría ejecutar alguna improvisación?

-Desde luego, ello me dará idea de sus dotes de compositor.

Jerzy más tranquilo, se concentró en alguna de las suaves melodías que ejecutaba en las tardes solitarias en el vetusto órgano de San Roque.

El profesor Roman que al inicio apenas se había dirigido fríamente al estudiante, conforme fue avanzando la ejecución se mostró más interesado, escuchándolo con un concentrado detenimiento, escudriñando como el muchacho colocaba los dedos sobre el teclado y observando minuciosamente: la técnica, la digitación, las pausas y silencios, la limpieza del ejecutante, la calidad del sonido, la compenetración, el estilo, y la exposición del mensaje. Cuando concluyó la interpretación el ceño del cellista se había disipado y en su rostro se dibujaba una inesperada satisfacción.

-¿Quisiera usted ejecutar algo más.

-Con sumo placer señor...

-Adelante. –asintió Roman desosó de corroborar el juicio que se iba formando acerca del ejecutante.

Jerzy mucho más sereno abordó otra obra, poniendo en juego su saber, su emoción y la técnica que su maestro le había heredado. Esta vez el señor Roman no ocultó el gusto que le había causado oír una demostración impecable y se levantó del asiento para aplaudir al talentoso recomendado.

-¡Magnífica ejecución joven amigo!

Esta vez Roman realmente sorprendido fue a abrazar al no menos asombrado organista.

-Es usted poseedor de un talento excepcional, de unas facultades que no son frecuentes entre los músicos contemporáneos... y no puedo menos que felicitarlo calurosamente –añadió estrechándole la mano.

-Señor director... -balbució Jerzy

-Escribiré inmediatamente al doctor Gavorski para expresarle el asombro que me ha ocasionado escucharlo. ¡Es usted un músico profesional de gran mérito, por lo consiguiente ordenaré que se le den todas las facilidades para que asista a las clases de algunas materias que no dudo le serán de suma utilidad en su carrera; y que le permitirán titularse con todos los honores y obtener además una cátedra en nuestro Conservatorio.

-¿Quiere decir que seré admitido?

-Cómo una excepción que nunca hubiera concedido, sino fuera usted poseedor de tan extraordinarias facultades. Polonia continúa siendo todavía el semillero de grandes artistas y me atrevo desde hoy a asegurarle que usted llegará muy lejos, y será una de esas figuras internacionales que hacen lucir nuestra patria en el mundo.

Jerzy no supo que responder. Cohibido y sin poder ocultar su desconcierto salió del despacho del director que lo acompañó hasta la puerta; y sólo cuando estuvo a solas, pensó que nada que nos es dado de Dios es inútil, pues incluso el dolor mismo, es quién desata las más recónditas posibilidades del ser humano; y se puso a escribir a su madre y a Hanka, refiriéndoles los acontecimientos de ese dichoso día.

-39-

A partir de ese momento, la vida del músico dio un giro distinto, compartiendo entre las clases de: armonía, composición, contrapunto, improvisación y repertorio sus frecuentes intervenciones en los diferentes templos de la capital lo que le permitió no sólo atender las necesidades de su madre a quién jamás desamparó, sino hacer algunos ahorros. Cuando concluyó los cursos con calificaciones sobresalientes se recibió con honores y su titulación le valió las reiteradas felicitaciones de maestros, condiscípulos y amigos que su carácter franco y sencillo le habían conquistado. Al año siguiente el profesor Román le asignó una cátedra en el Conservatorio que no solamente le atrajo un notable desahogo económico al disponer de un sueldo decoroso y seguro, sino que le otorgó el respeto y la consideración de sus colegas quienes pese a su juventud lo trataron de maestro.

Un día recibió la propuesta de ofrecer algunos recitales de órgano en las salas de conciertos lo que implicó que adquiriera urgentemente un smoking con el que debió retratarse para los principales diarios, al epígrafe al pie de las fotos seguía una crónica o nota elogiosa firmada por algún prominente crítico musical, ello le valió para ser invitado a tocar en las principales ciudades de Polonia: Cracovia, Katowice, Lódz, Wroclaw y Lublin y como en muchos lugares las salas de concierto carecían del instrumento, los recitales debieron ofrecerse en catedrales y templos que no habían sufrido la destrucción, así pudo disfrutar el honor de actuar con instrumentos antiguos que por fortuna se habían conservado intactos y volvían a inundar con su sonido majestuoso las monumentales cúpulas y bóvedas celosamente resguardadas por autoridades civiles y religiosas; las presentaciones siempre muy concurridas culminaban con la entrega de algún diploma y un cheque que él depositaba en su cuenta bancaria.

A las frecuentes invitaciones para visitar las ciudades polacas se fueron sumando otras mucho más importantes para presentarse en teatros y salas de conciertos de otros países y tal como lo predijera un día Jendrzzej el desconocido aldeano se fue convirtiendo en un artista internacional de sólido prestigio, así visitó las principales capitales europeas tales como: Praga, Bratislava, Budapest, Viena, Berlín, Zurich, Riga, Helsinki, Weimar, Luxemburgo, Paris, Lyon Bruselas, Copenhagen, Roma, Atenas, Oslo y Estocolmo. Las hojas de su pasaporte se cubrieron de sellos y cuando casi se habían agotado los espacios en blanco, fue llamado para presentarse en Moscú y en San Petersburgo. Habían pasado más de diez años desde que había salido de su aldea polaca y su trayectoria publicada en repetidas ocasiones en síntesis biográficas en diarios y revistas consignaba sus apoteósicos triunfos, al grado de que para asistir a sus recitales era forzoso adquirir las entradas con muchos días de anticipación.

No obstante vivir rodeado de músicos, empresarios, periodistas, funcionarios de las instituciones culturales, el músico prominente no olvidó nunca sus deberes de maestro y así formó magníficos organistas y asesoró a estudiantes de piano; no desdeñaba tampoco asistir a las recepciones de muchas embajadas donde era recibido

siempre con extrema deferencia y cordialidad, ni dejó que pasara más de una semana en que no escribiera unas líneas destinadas a su madre y a Hanka, por más que a veces era sólo un breve saludo en una tarjeta postal, un souvenir de alguno de los lugares que visitaba o un ejemplar de algún periódico en el que se publicaba una entrevista o un reportaje y aún así encontraba tiempo para visitar de vez en cuando a los Kosinski.

La señora Marysia y Hanka aunque vivían siempre deseosas de abrazarlo no se atrevían a pedirle que viniera a visitar la aldea donde el tiempo parecía haberse detenido entre una modorra de la nunca despertaba, aunque desde luego sus triunfos eran motivo de comentarios, tampoco se había olvidado del padre Tadeusz a quién enviaba regularmente alguna ayuda para sus pobres y de enviar saludos a Don Ralfow y a la señora Urzula que se sentían muy orgullosos de que aquel discreto muchacho, hoy artista célebre, se recordara de ellos.

Mientras tanto Andrzej se había casado con una muchacha rusa que había conocido cuando ella vacacionaba en Varsovia y que se llamaba Katuska, Jerzy asistió a la boda en calidad de testigo y tuvo que mudarse a un apartamento en un condominio de los que su apreciado amigo había construido cerca de su domicilio,

Mirosława se había convertido en una linda joven con una carrera de pedagogía terminada y una maestría en inglés, la amistad entre ambos había ido creciendo y en ocasiones salían juntos para asistir a alguna función teatral o par tomar un café o una copa en el bar de algún hotel de lujo, dicha convivencia era bien vista por el abogado a quién no disgustaba que el músico se convirtiera en su futuro yerno.

Jerzy había terminado por curarse, por más que pese a su existencia agitada se asomaran frecuentemente los tristes recuerdos que no aplacaba la lectura de algún libro o el estudio de alguna nueva obra que lo mantenía ocupado intentando vencer sus dificultades.

Un día recibió la propuesta de ir a dar un recital en el famoso Teatro del Liceo, de Barcelona, y aunque ello implicaba atravesar media Europa se sintió atraído por conocer la tierra de los españoles por cuyos compositores sentía admiración, y prevenido de que ello implicaba desempeñarse frente a un público conocedor, seleccionó lo mejor de su repertorio y se dispuso a preparar un selecto recital, que como era de esperarse resultó un completo éxito, en el cocktail ofrecido después del concierto uno de los asistentes se lamentó de que el artista no pudiera ofrecerles alguna obra que rubricara los brindis, a lo que Jerzy respondió que tocaría algo en el piano obteniendo una ovación y un silencio absoluto, entonces apenas se sentó frente al instrumento que lucía en el lujoso salón de recepciones se dispuso a tocar la sonata dedicada a Zosca, cuya partitura se le reveló íntegra e impecable y que tocó con los ojos entrecerrados, granjeándose una ovación tan entusiasta que agradeció conmovido entre una avalancha de abrazos y felicitaciones.

Trascurridos tres días debía volar de nuevo, primero a Paris y luego a su patria, en el trayecto con el rostro pegado al ventanillo del avión, meditó que hacía mucho tiempo que no abrazaba a su madre ni a Hanka y que le sería infinitamente grato ver al padre Tadeusz y visitar su querida parroquia, entonces comprendió que era imposible desterrar el pasado, olvidar lo vivido y desconocer lo que había sido, porque todo ello era el fundamento de lo que era hoy y pensó que el destino era semejante a un teatro donde los hombres al igual que los actores debían pensar, sentir, sufrir y representar un papel que les había sido escrito de antemano y que no tenían derecho ni podían modificarlo por más que lo intentaran, o que las circunstancias aparentemente lo permitieran; entonces, sin avisar a nadie, ni siquiera a Jendrzej, apenas pisó el aeropuerto de Varsovia buscó un taxi que lo condujera a la estación ferroviaria para comprar un billete cuyo destino era su querido terruño donde había aprendido a amar, a

vivir, a sufrir, donde las lágrimas, la soledad y el infortunio lo habían forjado artista y lo habían hecho hombre

-40-

En la hora vespertina las nubes cimera se adormecieron en el penacho de las montañas circundantes. Jerzy bajó del convoy y se detuvo para contemplar a lo lejos la aldea donde pasó su juventud amando y sufriendo porque el amor es triste en el fondo.

Luego volvió a tomar su maleta y abandonó la estación que en unos minutos se volvió a quedar solitaria, con su olor inconfundible. Dio unos pasos y se puso a caminar por las calzadas que dividen las parcelas y los trigales.

Allí estaba todavía el banco de piedra donde dos adolescentes se cruzaron sus miradas, donde él bebió el dulcísimo néctar de una sonrisa angelical, y enrojeciendo pronunció las primeras palabras de una ingenua galantería, las cuales proclamaban: afecto, respeto y simpatía, escondiendo la poética declaración de amor que murió en sus labios y que como todas las declaraciones hubiera resultado torpe y ridícula, aunque voluptuosamente santa. Allí estaban los caminos, los árboles con sus mismos troncos donde el estampó con su navaja su nombre, sus ramajes donde se cobijaron de los rayos del sol y bajo cuyas frondas se dieron tímidos apretones de manos, y se produjeron sin buscarlos los roces asexuales, las risotadas frescas y hasta aquellos simulacros de besos que la amada ponía sobre sus mejillas como la promesa de una pasión que desafortunadamente las circunstancias impidieron que madurara, beso que fue comunión, sacramento de una religión donde la mujer fue la diosa y el varón ministro devoto, oficiante de una liturgia de adoración sin límites, eucaristía del alma que ligó para siempre las conciencias. Allí estaba la tarde guardando como un tesoro: sus aromas, su colorido, su misterio tan simple y no obstante tan profundo, testimoniando los más nobles y puros sentimientos, la ternura más recóndita, los pensamientos más elevados... allí estancada en las piedras de una ermita medio derruida se había quedado guardada en una estatua de piedra la imagen de la Virgen abrazando al niño, con su rostro protector.

Jerzy continuó su caminata meditando en ese irreconciliable divorcio entre el espíritu y la carne, entre el ideal y la realidad; y poco a poco se fue acercando al soñoliento y desierto camposanto donde los cipreses refrescan el terreno y cuidan como fieles guardianes el reposo de los muertos. ¡Ay! Cuántas tumbas anónimas bajo los cedros, cuantos recuerdos y añoranzas desprendidas de aquellas lápidas, cuantos montoncillos de piedras señalando el frío lecho en el que reposan los restos de tantos seres que aguardan impacientes el recuerdo afectuoso de los vivos.

Jerzy no tardó en reencontrar la tumba de su adorada Zoska pero apenas la hubo divisado fue a arrodillarse inmediatamente. ¡Carbón que ha sido braza vuelve fácilmente a arder! ¡Once años no habían extinguido ni un ápice su veneración! Y su fidelidad, esa fidelidad que en la época actual suena como una utopía imposible de darse, surgió diáfana y radiante como una ofrenda inapagable. El amor humano es aquel que aunque pequeño y limitado intenta imitar el inmenso amor de Dios. Jerzy se detuvo a rezar porque para él su Zoska era ya como una santa y él su primer devoto. Sabiéndose solo no hizo por evitar que las lágrimas fluyeran libremente por su rostro y los sollozos se escaparon de su pecho como un dulce desahogo, pero absorto en la contemplación de aquella lápida no pudo percatarse de que detrás de él, respetando su silencio y su dolor había alguien, que al volverse descubrió que era un chiquillo de diez años.

-¡Hola! -dijo el pequeño al verse descubierto

-Hola –respondió Jerzy, percatándose de que el niño traía entre sus manos un ramo de flores silvestres que apretaba en su mano derecha, mientras que con la izquierda sujetaba contra su costado un hatillo de cuadernos y un libro.

-¿Tú eres Jerzy? –preguntó-

-Sí, yo soy –le respondió el organista sorprendido de que el pequeño supiera su nombre.

-¿Y tú? ¿Tú quién eres?

-Me llamo Rafflow igual que mi abuelo.

-¡Rafflow! –repite Jerzy- y al instante se percató de que era el hijo de Zoska. –Me da mucho gusto conocerte –le dijo extendiéndole la mano que el pequeño tomó tímidamente.

Y a mí también señor –aseguró el niño agregando- cuando salgo temprano de la escuela vengo a dejarle flores a mi mamá

-Yo acabo de llegar de muy lejos y no he podido conseguir un ramo –se disculpa el organista-

-Yo le daré algunas flores –dijo prontamente el pequeño y al instante se desprendió de la mitad del ramo.

-Gracias –respondió el organista tomándolas con una amable sonrisa- ¡Eres muy gentil!

-¿Usted quería mucho a mi mamá verdad?

Jerzy se ruboriza ligeramente y tarda un poco en contestar.

-Sí. La quería y la sigo queriendo... –y añadió en un tono mucho más informal- con ella jugaba cuando éramos niños... pero tú ¿Cómo sabías quién soy?

-Tía Hanka habla mucho de usted, dice que es un grande hombre, muy famoso y que gana mucho dinero y hasta sale en los periódicos... porque toca muy bien el órgano y el piano. ¿Es verdad?

-Toco el órgano tal vez no tan bien...

-Tía Hanka tiene un alburn grandote donde está usted en todas las páginas.

-¡Qué linda es tomándose tanta molestia!

-Ahora dejemos las flores, porque debemos irnos de prisa...

-Bueno, pero tenemos que decir alguna oración.

-¡Yo te pido madre que me cuides y me bendigas! –murmura el niño

Jerzy rezó un padre nuestro y luego se volvió al niño.

-La señora Marysia y mi tía se alegrarán mucho de verlo.

-Vamos –dijo Jerzy- ¡Voy a abrazar a mi mamá!

-Yo tengo cuatro mamás- aclaró el niño con aire de satisfacción- la que yace aquí, mi tía Hanka y mis abuelas Urzula y Marysia.

-¡Qué bueno! –reafirmó Jerzy

-Pero me gustaría ver a mi mamá Zoska.

-Sí claro, aunque de seguro ella te acompañará siempre aunque no la puedas ver.

Habían salido del cementerio y caminaban juntos.

-¿No quiere que le ayude con su maleta?

-No, muchas gracias.

-¿Pero ahora que ha regresado si me enseñará a tocar?

-¿A tocar? ¿Te gusta la música?

-Mucho señor. Cuando sea grande, quiero ser como usted, famoso y además ganar mucho dinero para salir diario en el periódico.

-¿Y qué instrumento te gustaría tocar?

-El piano. Cuando veo el piano en la casa de mi abuela Marysia me entran muchas ganas de aprender... es mucho más divertido que la escuela.

-Tal vez, pero también tiene sus dificultades.

-Entonces ¿Me enseñará usted? –insistió el chico- si aprendo a tocar me envidiaran mis compañeros de la escuela.

Jerzy que llevaba una mano ocupada cargando su maleta, se la pasó a la otra mano y le respondió poniéndole la mano en el hombro- ya veremos Raflow...

Habían llegado a la aldea y Jerzy que deseaba tomar el camino para su casa intentó despedirse del pequeño.

-Bueno amiguito pues aquí debemos separarnos para ir cada quién a su casa, pero ya nos veremos luego, ahora tú irás a la granja y yo iré a ver a mi madre.

-Yo lo acompañaré.

-No quisiera molestarte, en casa tu tía te estará esperando...

-Mi mamá Hanka pasa el día en la casa de mi abuela Marysia, porque dice que no debe dejarla sola.

-¿Eso dice tu mamá? –preguntó Jerzy conmovido- entonces seguramente la encontraremos allá–añade entusiasmado-

-Me gustaría ver la cara que ponen cuando lo vean –dijo el chico con encantadora malicia.

-Entonces será mejor que tú me anuncies, que les prevengas diciéndoles que tienen visita.

-No me creerán porque no tienen quién las visite, pero para que no se asusten cuando lo vean, les diré que les traigo una sorpresa.

Hombre y niño torcieron el rumbo y antes de media hora estaban frente a la casa, entonces el niño puso el dedo sobre los labios y susurró muy quedo.

Ahora preparo todo, pero no te presentes hasta que yo te diga.

Jerzy se prestó al juego y se quedó fuera de la vivienda que para su sorpresa había sido restaurada.

-Les traigo una sorpresa –anunció el chiquillo con voz aguda- las dos mujeres incrédulas se apresuraron a callar sus voces.

-¿Qué sorpresa? ¿Es que se te ha ocurrido una nueva travesura? –preguntó Hanka

--Les digo la verdad ¡¡Ha llegado Jerzy! Y está igualito de cómo sale en las fotografías.

-Pues claro –apuntó la señora Marysia- a quién salido nuevas canas,- debe estar igual.

-¡Guapo y apuesto! –afirmó Hanka

-Gracias –dijo Jerzy apareciéndose en el umbral.

De pronto las dos mujeres se quedaron estáticas, mudas por la sorpresa y luego a duo se lanzaron para abrazar al muchacho gritando a todo pulmón: ¡Jerzy” ¡Jerzy!... ¿Pero es posible? ¡Tú aquí y sin avisarnos!

-¡Hijo! ¡Hijo querido! –repetía la anciana.

Jerzy la tomó entre sus brazos y le llenó de besos el rostro y las canas, luego se dirigió a Hanka a quién abrazó con alegre ternura, mientras que ella depositaba un beso en su mejilla.

-¡Jerzy que bueno que has venido! ¡Te hemos extrañado tanto! –confesó la joven.

-Y yo a ustedes, ¡A ti madre querida y a ti Hanka que has cumplido cabalmente tu promesa de acompañar a mi madre!

-¡Día y noche! –proclamó la anciana con inmensa gratitud- sin faltar una sola vez.

Jerzy exclamó: ¡Dios te lo habrá de pagar! –y contempló su rostro, que no se había marchitado porque no era una solterona sino una atractiva mujer cuya sonrisa era realmente cautivadora.

-¡Hanka! –exclamó con voz enronquecida.

-Tienes que enseñarme a tocar –insistió Raflow- Me lo has prometido!

-Seguro que lo haré –aceptó el organista con resolución- Mañana empezaremos las lecciones.

-¡Raflow! –protestó Hanka, deja en paz al maestro que vendrá cansado...

-Nada de eso –respondió Jerzy- se lo he prometido y lo cumpliré con mucho gusto.

-¡Dios sea loado! –dijo la señora Marysia con el rostro inundado de lágrimas.

Al escuchar el ruego de su madre Jerzy se sintió de pronto como en el cruce de dos caminos: de un lado sus conciertos, su vida mundana entre amigos y recepciones, la compañía de Mirosława y de la sociedad donde era acogido y admirado, del otro: su madre, Hanka, el padre Tadeusz, el pequeño Raflow y el viejo órgano de San Roque

-Ya no te vuelvas a ir –rogó Hanka-

-¿De veras quieren que me quede para siempre?

-¡Claro! Respondieron los tres a una sola voz.

-Entonces Hanka tendrás que responderme a una pregunta.

Jerzy se adelantó y mirándola a los ojos con voz entrecortada murmuró:

- ¿Tú quisieras ser mi esposa?

-Ella se quedó petrificada, incapaz de emitir una palabra, pero con los ojos llenos de lágrimas se adelantó y se echó en sus brazos murmurando entre sollozos.

-¡Si te he esperado toda mi vida!... sólo te pido que por favor permitas que el niño venga con nosotros, porque su padre se ha ido y no hemos vuelto a saber de él...

-Será como nuestro hijo –respondió Jerzy, mientras alababa la nobleza de aquella mujer y la besó en los labios.

-¡Entonces vamos a darle gracias a Dios! –invitó la anciana

-Vamos –repitieron al unísono Hanka y Jerzy, por más que el hambre le brincaba en el estómago.

A su llegada al templo estaba por iniciarse el rosario y Jerzy subió al coro para despertar las trompetas abolladas del viejo órgano y revivir los fuelles viejos y rechinantes, reviviendo las polvorientas teclas amarillentas que al instante obedecieron mansas al impulso de sus dedos. El padre Tadeusz reconoció al instante la ejecución de su amigo y sintió que se esparcía como un incienso bienhechor, derramando la paz en todos los corazones

